

PATIOS ENREJADOS

PATIOS ENREJADOS

Juan Carlos Restrepo Rivas

PRIMER PUESTO NOVELA
VIII CONCURSO NACIONAL DE NOVELA Y CUENTO
CÁMARA DE COMERCIO DE MEDELLÍN PARA ANTIOQUIA

© Juan Carlos Restrepo Rivas
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
ISBN 000-00-0000-0

Primera edición: Agosto de 2007

Diseño de cubierta: Agustín Vélez Álvarez
Diagramación: Taller de Edición
Fotografía cubierta: Juan David Márquez
Impresión: Litotipo Ltda.
Primer puesto categoría Novela.

JUAN CARLOS RESTREPO RIVAS
PATIOS ENREJADOS

1 ed. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2007.

206 p. ; 21 cm.

Primer puesto. VIII Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

1. NOVELA COLOMBIANA. Título.

Impreso y hecho en Colombia | Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier
medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita
en la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

	PATIOS ENREJADOS	PÁG.
1.	La lengua negra	13
2.	Tu mirada insaciable	19
3.	Ojos tibios	29
4.	Rezo al Corazón	33
5.	Cruz	37
6.	Un demonio necio	43
7.	La carnicería	47
8.	Los idos	53
9.	Claro con leche	59
10.	Se venden cremas	61
11.	La caja blanca	65
12.	Correrías por el Purgatorio	69
13.	El imán de la carne	73
14.	Brea caliente	75
15.	Los recostados	83
16.	Tocayo	89
17.	La noche adentro	95
18.	El charco	99
19.	El afán	103

	PÁG.
20. Detrás de la cortina	109
21. El envoltijo	113
22. Baldosas trapeadas	117
23. Bloque de hielo para morder	121
24. El manco de los estuches	129
25. La recogida	137
26. La cuadra	141
27. El cruce	145
28. Efe	149
29. El encargado	155
30. Semipresencial	161
31. El lanza	163
32. Detente	165
33. Gustos de hombres	173
34. Sueño aporreado	175
35. La sombra azul de Aralia	181
36. El fondo oscuro	189
37. El patio techado	195
38. Tórtolas desgraciadas	201

*“Hui a la sombra, la cerrada sombra
que en su mudez acoge las iras y los vértigos”.*

Acuarimántima VII. Porfirio Barba Jacob

Para Pilar

I.

LA LENGUA NEGRA

NO HUBO FORMA de borrarle lo aprendido a Sol, mi lora verde; ella siguió haciendo escándalos con sus risotadas y sus parloteos como poseída por los ruidos y las voces de los vecinos de encima, que deben estar en los infiernos.

El patio de atrás cerca del solar de la casa del primer piso de la abuela Aralia era un hueco estirado, con rejas y techo por donde entraba, además de la bulla de los vecinos, un poco de luz rectangular por una teja traslúcida y azulosa. En algunas épocas del año y desde lo alto del cuarto piso se colaba un buen brillo, una franja luminosa no muy ancha que arrastrándose, clareaba las baldosas amarillo yema y rojas del pasillo y se estampaba sobre la máquina de coser de la abuela. Allí, la sombra de la vieja era lanzada encima de las costuras y manchaba el espejo. Al fondo, en el solar, arrinconada cerca de la tomatera, los juncos de cebolla y las matas de orégano, Sol con los ojos más vivos que las bifloras aprendió a llorar, a silbar e insultar; repetía y repetía, en son de juego, todo lo que oía mientras se calentaba las plumas. “*Sol, ¿cómo amaneció?*”. Allí la perra Danger comía los sobrados

que dejaba la abuela y se quedaba llorando y rasguñando la puerta cuando la dejaban sola. La colimocha le ladraba a Sol y Sol aprendió a ladrar.

Desde temprano y por las celosías de la ventana interior del segundo piso que daba al vacío del patio techado se colaban los ruidos caseros de los Echeverri. Ellos tiraban cosas, movían materos, taconeaban, corrían, rastrillaban algo. También sonaba el radio encendido con las noticias frescas compitiéndole a la emisora que sintonizaba la abuela; salían gritos, lamentos y el resoplido de la garganta fantasmal de un niño. A los malos vecinos no les importaba nada gritar y poner muy alto el volumen del televisor. A la media mañana también sonaba el silbido de la olla a presión por la ventana que daba al solar y parecía reventarle los nervios a Sol que se agitaba como una veleta de plumas y daba vueltas en el palo que sostenía el alambre del tendedero. El solar donde dormían la lora y Danger era de esos espacios donde se mira hacia arriba y se debe voltear y esforzar más los ejes del cuello para girar la cabeza y poner en equilibrio el cuerpo con la mirada. Mi compañera animal torcía la cabeza, erizaba las plumas del cuello y garría; por más que le enseñé a que se hiciera la sorda, la lora soltaba su rila blanquecina y manchosa por ahí, gritando. “Ah. Cacaíto sí. ¿Ah?”.

A otras horas, no siempre oportunas, se oía cualquier canción que alguien desentonaba siguiendo la pista de un disco de mal gusto. “*La patica, la patica*”.

A la lora le gustaba rayarse con las sombras del patio que se cuadrículan sobre sus plumas.

Sólo reconocía los tonos insolentes, ordinarios y rudos que la estimulaban para volverse tan parlanchina como siempre y gozaba sacudiendo su lengua seca; esto le llenaba el pico de emoción y de groserías alegres. Después se tranquilizaba silbando las tonadas de algunas propagandas que sabía. “*Sol quiere cacao, cacorra*”.

La lora aprendió cada uno de los ruidos como si tuviera una grabadora y un parlante conectados al pescuezo y repetía lo que mejor le sonaba. Aprendió a imitar el sonido de la máquina de coser de Aralia, a tararear porros y merecum-bés, a gritar los goles de las transmisiones de los partidos de fútbol que los Echeverri no se perdían y se reía como ladrando, igual que el hijo mayor de esos vecinos. Pero Sol apenas pudo imitar otros ruidos: el de los niños del piso de arriba cuando arrastraban algo, patinaban o golpeaban no se sabía qué cosas... hasta las quebraciones. Vociferaban insultos, se increpaban a vozarrones... Por eso le enseñé a la lora a gritar “*silencio, a callar*”.

Nosotros no éramos boquisucios, no faltaba más. Efe sí llegaba muy mal hablado. La abuela, tranquila con sus pájaros libres en el solar y papá, ni hablar. Manteníamos buena presencia, no éramos pintiparados. Las camas muy organizadas, bien tendidas porque yo no dejaba ni una arruga, y la almohada sin hundidos, las baldosas trapeadas y brillando

que parecía como si se mantuvieran mojadas y la ropa, no de moda, a veces regalada pero limpia con sus cosidos y los remiendos, eso sí.

No sé cómo hacían para acomodarse, allá arriba, esa docena de hijos que tenía aquella familia; por eso creí que los mayores se iban sin volver, para darles campo a los que seguían llegando. Además, fui reconociendo a los más escandalosos; cuando oía hablar en la calle a alguno de ellos, lo distinguía de lejos por el timbre de la voz. Parecía que estos vecinos tuvieran la boca sucia, en especial Nacho.

A la salida del baño, la lora me esperaba en el tendedero de ropa que había en el solar, sobre un trapo rojo como si se calentara con el color mientras colgaba la toalla, revoloteaba y repetía “*rica el agua, fresca el agua...*”. Esto funcionaba de señal para que el vecino Tulio figoneara por las celosías. El viejo verde sabía que yo me daba cuenta y se escabullía. Pero en el vidrio esmerilado de la ventana quedaba su silueta borrosa, moviéndose con brusquedad como si le rascara algo, y se desesperara... Después Sol se columpiaba en el alambre del tendedero y picoteaba las hilachas de la toalla remojada que le debía saber a mí.

“*¿Niña qué le pasa? ¿Ah?*”.

–¿Quiere cacao Sol? La patica –le decía estirando el dedo–. Hola Sol, hola Sol, hola Sol, hola Sol.

“*¿Ah? La patica, la patica*”.

¿Sería ese olor a chacina y a garra frita que salía por la

ventana del segundo piso hacia el solar y en las tardes, lo que volvía al vecino así de animal? Los movimientos de trastos y aquella fetidez le alborotaban el apetito a la lora: “*Quiero comer comida. Ah, ¿ah? Comida*”.

Cuando los llantos en los escándalos de los de arriba eran dramáticos, la lora hacía el eco y la perra aullaba. Los golpes rabiosos la ponían a aletear de emoción. También las escenas de celos de los vecinos la agitaban:

–¿Con quién estuviste? –gritaba el macho a la mujer–, tenés pegado el olor de otro hombre.

Ella, por zafarse, le discutía –con que... ¿gastándose la plata en trago?...– y él se encolerizaba más y le decía puta a la señora, y la lora repetía “*putaputa*”.

–Sos un bagre...

“*Ahh*”.

–Y vos un borracho, largate –y ¡tas!

“*Silencio, silencio*”.

–A mí no me calla una desplumada, ya verá esta.

“*A callar cacao*”.

Mientras los niños lloraban como ovejas, otros se metían en el embrollo y se armaba la trifulca.

“*Silencio bagre*”.

Para qué contar lo que pasó encima, donde vivían los Echeverri, si fue tan espantoso que hasta salió en la prensa. ¿Para qué hablar de lo terrible? ¿Ah? Tocó oírlo TODO, mientras yo salía para donde mi tía-abuela Cruz por unas

yervas para que la abuela pudiera dormir mejor. Aquello sonó como totes en diciembre y aceleró los ladridos de Danger...

Y no hubo forma de hacerle borrar lo aprendido a mi lora que siguió armando escándalos groseros (...como poseída por los ruidos y las lenguas de los vecinos de encima, que se debieron ir para el infierno).

A Sol le quise enseñar a decir: “Lorita bonita, mi dulce compañía” y ella me respondía, endemoniada: “*silencio, a callar marica*”.

Cuando murió envenenada, la enterré en el solar junto a las plantas de aroma y yerbabuena, esas que usaba la abuela Aralia para el buen aliento.

2.

TU MIRADA INSACIABLE

EL ZURDO SANTA, hijo de Aralia y papá de Blanca y Efe, ya no saluda cuando llega a la casa y no mira al Sagrado Corazón de Jesús en la cocina para que los cuide.

La casa de la vieja tiene lo que tiene una casa de las del barrio: un zaguán que se abre cerca de la sala con muebles muy gastados y sofá rojo con cojines y una ventana para oír a esos seres luminosos (los habladores diarios con sus levedades). En el primer patio enrejado hay materos recostados a una regadera y en los materos, matas con anturios y gardenias que traen abejas mieleras y hormigas flojas. El cielo luminoso y enrejado se cuele al pasillo y no alcanza a entrar la sombra reticulada en la sala, ni en la pieza de la abuela; en las piezas hay ventanas que sueltan las luces de los bombillos hacia el pasillo. Sigue la pieza de Blanca y Efe, la cocina con el radio sintonizado en la emisora Radio Compañía y el Corazón encendido; ¡ah!, muy cerca está el comedor donde se desayuna, se almuerza, se come, y a veces, especialmente cuando va Sara, se toma el algo con parva y chocolate.

Tiene un segundo patio enjaulado y con techo traslúcido que es dañino para las alas de las tórtolas tontas que se cue-
lan y cagan todo. La Singer se recuesta cerca de la entrada
de la pieza que ocupó el Zurdo. Queda allí, dentro del aire
azuloso y cerca del televisor, una mesa vieja forrada con una
cobija gastada donde se remoja y se plancha; y al final, el
solar con matas, la poceta del lavadero y una chaza casi des-
baratada donde vive Danger.

Cada día Aralia enciende sus veladoras a la estatua del
Corazón de Jesús que le alumbró el camino hacia un Dios
paternal que se absorbe sus dudas y se traga sus frustracio-
nes; le pide que la vida no sea tan dura sino una fantasía que
sale en forma de luz desde las manos, conectores metafísi-
cos con la mística que se clava en los ojos como rayos, con
esa fe que muchos aparentan para no sufrir tanto, parecida y
melosa a la que ella ve al final de las telenovelas y le quedan
las anécdotas de paz bobalicona que venden los curas en el
chantaje de un cielo falaz y fútil.

El Zurdo se ha vuelto tardo, con alma tibia y ya no juega
con los niños ni con la perra Danger. Pone esa vista ladina
de ausencia que les sale a los tipos ocultos y descuidados,
y así no era él. Se ha vuelto un hombre rutinario, toma su
puesto en un rincón, en una esquina, dándole la espalda al
mundo que se acosa. El trabajo no lo salva. Como el miedo
lo va cegando, dicen que con amenazas, teme a la furia; se
nota en la mirada que se le ha puesto dura mientras se expo-

ne por ahí vendiendo cigarrillos de marihuana, sin remedio, para ganarse el arroz de cada día, el desayuno del otro día y la plata que no alcanza para vivir y para sostener a su mamá y a sus dos muchachos.

Esa noche vuelve evasivo, con hambre y sueño, y no quiere molestar a nadie; llega pálido como si estuviera en blanco y negro. Se ha vuelto una máquina para vender con el disimulo farsante del que hace algo ilegal y cuando se cansa, fuma un *bareto* y se convierte en mueble, puesto ahí hasta perder el uso; así llega a la casa y se mete entre las sombras. El tipo camina en puntillas para no despertar a los niños ni alertar a la chandosa, oye apenas el eco simultáneo de los televisores de los Echeverri y el de Aralia con la telenovela. Llega hasta la sala oscura (la abuela, desde las siete había cerrado la ventana que da a la calle), descarga su caja y voltea su cuerpo, cae en los cojines del sofá como si estuviera más que enfermo para quedarse tendido boca abajo, descalzo, volado, en silencio y perdido detrás del cansancio.

En la primera pieza estaba la cama doble de la abuela, el chifonier de comino crespo y una mesita de noche como si se tratara de un escenario diminuto o un altar que armó la abuela Aralia cuando nos fuimos a vivir con ella. El cajón estaba muy ordenado con pomadas para magulladuras musculares y calambres, la cédula de San no sé quién, tornillos de gafas, pita, olor a alcanfor, cigarrillos, una candela

desechable y más papeles que papá tenía guardados junto a los de la abuela.

La edad le tiñó de bronce los hombros y las pantorrillas a la abuela, y el aire de soledad le saló más el sudor que percutía las sábanas.

Pareciera que no hubiese nadie en casa, sólo se mueven los pabilos de las veladoras. Pero en el fondo, después de la oscuridad del corredor, está Aralia iluminada, cosiendo, disimulando, viendo la telenovela para que la acompañe la voz de los actores y la de las propagandas y así no sentirse sola, cortando bases y fileteando mientras espera preocupada que su hijo llegue con algo para el sustento. Ya Blanca y Efe duermen apretados en las camas, en la pieza al lado de la abuela. La perra Danger huele que alguien conocido llegó y se va a saludar.

El Zurdo: “Yo no puedo alzar la vista hacia el Señor... No puedo o no quiero. Por eso, después de cada cruce, para que no me pase nada, aprieto los ojos como si quisiera purificarlos o como si los hubiera perdido y ya no tuviera nada alrededor, como si este mundo se hubiera acabado y sólo existiera una luz lechosa y en el interior de esa luz mía brotan los perdones que necesito”.

La vieja canosa tenía un temor menguado de tanto oír que el viento azota los cerros y fumaba sus cigarrillos Pielroja para calmarse. Dicen que tuvo el color de la hena, castaño azafranado; recuerdos y resignación. Con los años se había vuelto una vieja rutinaria que siempre hacía lo mismo, una

mujer predecible hasta en sus actuaciones más inconscientes: iba o venía de allá para acá, siempre igual y a la misma hora, usaba la misma ropa interior durante varios días, se volvió una dependiente de las telenovelas y sus días claros se los fueron llevando esos pájaros oscuros que venían al solar y a veces se entraban y que ella alimentaba con plátanos mejores que los que ella comía asados. Por eso, muchas veces, para que el viento o las tórtolas no le dieran un susto, cerraba la puerta del solar con aldaba.

El Zurdo se intimida con la urgencia, la mentira; contradice su labor trabajando para que otros les den la espalda a sus trabajos: un anarquista en potencia dándose las de disimulado. Quiere meterse en lo sombrío del corredor, quiere apagar todas las luces, tragarse las palabras, bajar las cortinas de la realidad, no mirar a los ojos; quiere enceguecer. Ya sin ganas se duele de tanto malestar. Se avergüenza.

El Zurdo: “Cuando llego a la casa con los ojos como plomo y entro en la cocina, veo que los párpados del Señor son como los de un muñeco de plástico, que caen y se suben solos, me miran, me cuestionan; ¿que en dónde he estado, con quién me he ligado, qué he hecho...? Su mirada es duradera. Ya eso ni me importa porque ando perdido, Señor. Pero cumplo, por ellos, por mi familia y eso hace que vuelva a encontrarme. Pero haz algo por mí, ¿Sí?: baja las manos vacías y ataja la furia y dame de nuevo tu ley, que así Vos y yo podemos quedar en paz”.

Aralia cuida su salud a punta de tomarse pastillas que mastica y cuando iba a visitar al Señor caído se vaciaba perfumes baratos de una esencia y de otra, mientras los nietos fueron creciendo. La vieja aprendió a zurcir telas ajenas y recitar oraciones en silencios iluminados con espermatozoides que olían a dulce. Ella fue decreciendo en brillo y no siempre fue capaz de aguantar la embestida del tiempo. A veces la corneaba y ya herida, no se reponía, o simplemente quedaba mortificada para seguir toreando la vida, puyada, con sus kilos aplastantes, viniéndose de frente, sin rodeos, bufando. Se acicalaba como una perra, ¿para qué si salía tan poco de la casa? Si sale algunas veces a la semana es para rezarle en misa al Ecce Homo vencido y amoratado, para limpiarse los supuestos pecados que la herían por dentro, purgar las más livianas nostalgias domésticas que le quedan y comprar cigarrillos y víveres para el sustento.

Aralia está bien instalada con su máquina de coser cerca del patio techado, entre la cocina y el solar, recostada en el pasillo, frente al televisor. Desde allí fuma sus cigarrillos Pielroja y casi nunca siente cuando el hijo entra o sale, como si fuera uno de esos pájaros que ingresan al pasillo sin permiso. Con tal de que llegue y con algo, aunque sea perdido. Se angustia.

La mujer se siente sola, no sabe que Danger va de saludo hasta que oye caer una moneda al piso. Aralia quiere saber de ese sonido, llega a la sala, lo ve tirado de espaldas en el

sofá rojo mientras la perra está vigilante, sacudiendo el mocho de cola. Ella no le dice nada, no vale que le diga mucho; se tropieza con la sinrazón silenciosa de un terco que guarda su lógica y ella queda ahí ante un bloque, impotente. La cantaleta le entra por el agujero negro al perdido Zurdo y multiplica los reproches que le hacen morder las palabras. Ella esculca en los bolsillos del pantalón de su hijo, saca un billete que él ganó antes que rodara la moneda inservible; no lleva lo suficiente para estar en temporada de diciembre. Parece que seguirá ahí sin moverse. Le trae una cobija por si le da frío. Lo ve amoratado. Conmueve ver al tipo así, enfrentando la falta de inmunidad que da cubrirse con el silencio. Aralia llora, se seca, cree que se le va a estallar la cabeza, que se le perforan los párpados con la oscuridad y que los sonidos de afuera pueden ser de la policía detrás de él que huele a ilegalidad, que le arde el aire...

Ella sale, no hay nadie desde allí hasta la esquina, va a la tienda de Cancio y compra galletas saladas, medio salchichón, una libra de panela, una cajetilla de cigarrillos y no alcanza para más. Vuelve a su desdicha. Él sigue dando la espalda al mundo (su protesta) y prefiere no hacer ningún cambio, ni un movimiento y no decir nada. Callarse puede ser un acto de oración.

Cuando abre la puerta de la calle, la temperatura del aire se quiebra por un quemón detonante. La luna es fuego que rompe la inmensidad de la noche y explota en las estrellas.

Suena seco, como una bala. El Zurdo no despierta o se hace el dormido. (*¡Déjalo dormir!*).

–Todavía estamos vivos –dice ella que habla poco o nada con la boca y se expresa con las manos y los gestos de la cara. Cierra y pone la tranca. El Zurdo no responde. (*¡Déjalo que sueñe su vida, mientras pueda!*).

La sala de su casa se mantiene oscura; los brillos de adentro y de afuera no alcanzan hasta los muebles. Ella se consuela a sí misma y fuma un cigarrillo Pielroja:

–Siquiera ese ruido no fue de un disparo a la carne sino de pólvora.

La difusa Aralia deja que su hijo siga haciéndose el dormido. Esa corriente intermedia que aspira el Zurdo entre estar y evadirse le reemplaza el esfuerzo de cada pensamiento para descansar en las ilusas ficciones, en el vacío o en la pérdida inútil de tiempo, y le borra las ganas de sentirse mal.

Ella entra derecho hasta el fondo de la cocina para hacer un café retinto en agua de panela, llega al mesón, prende el fogón de gas; un filo cortante de luz azul la recibe como el abandono.

Mientras espera que hierva el agua, prepara el altar sagrado con su adoración; mira el pabilo nervioso de la veladora eléctrica y revisa que la esperma de la vela bendita al Corazón de Jesús no ensucie la despensa, le pide a esa luz de verdad que aplaque el desasosiego que carga el Zurdo perdido en el vicio e implora su infinita misericordia para

que él siga viendo por ella y los niños, mientras pueda, ya que los otros no aportan mucho.

La casa queda pasada al olor del aguadulce. Aralia echa migas de galletas saladas a cuatro tazas llenas porque cree que alimentan. Dentro de la casa se siente el gusano del hambre que no duerme ni deja dormir en paz y muerde la pulpa de la carne, que infecta, que pudre... Los niños hablan dormidos; tienen lombrices, se los va a mandar a Cruz para que los alivie con yerbas.

“El Zurdo tendrá su ración de comida para llenarse cuando se levante”, se dice Aralia mientras lleva las migas a los niños y los despierta. Ellos tragan el masato con un par de rodajas de salchichón y así puede que pasen una noche sin retortijones.

3.

OJOS TIBIOS

ENCIMA DE LA REPISA donde se mantiene el radio, está Jesús de cemento y yeso, de unos 45 centímetros, con el pecho abierto y deslumbrante, y las velas encendidas iluminan dos tazas calientes, dos pares de galletas de soda y dos tazas vacías con las cucharas adentro. Parece que el Señor con sus ojos verdes mira fijo lo que pasa por los ojos cansados de ella que fuma y busca el fulgor entre su sombra que enfría la comida. La taza del Zurdo carga un plato boca abajo para que no le entren hormigas ni moscas. Esta vez, la mano del Zurdo no llegará a la taza porque es sabido que existen cosas que vienen hacia uno, con su imán propio, como la luz.

Aralia acostumbra tomarse su mezcla de comida entre seca y remojada, esas galletas flotando como si fueran de trapo caqui. Lo hace sola. Mastica palabras y salchichón contándole de su vida a la presencia de Jesús, más que encogido, de manto azul, de luces que se atraviesan en las cosas, porque siendo de luz Él es intocable y puede tocar todo a la vez y estar sin tiempo preciso, sin afanes, Él que mira para todos lados. Aralia fuma, come de su taza, se persigna y reza

frente al ídolo, bebe la luz que no es poción amarga y afloran letanías que guarda bajo la lengua... no se oyen y están en la boca, se traga la voz y el deseo con una emoción grande:

“Con mis ojos atravieso toda la luz de tu cuerpo y tu magia toda, y tu alma toda, que brillan”.

Aralia fija su voluntad, su imaginación y su mirada en la imagen de Jesús. Ella quiere encontrar alivio en el brillo de los ojos de la imagen que siempre los nota radiantes, en su corazón dolido con corona de púas, en su llama mística que enciende la cruz e ilumina como alimento sano. También se vuelve atenta y sumisa, y hasta atemorizada con Él o con su cuerpo de hombre resucitado, sin dolerse de los estigmas de las manos. Lo mira a los ojos, los ojos que no duermen. El color de los ojos pintados parece más fuerte que unos ojos verdaderos que contemplan el mundo, con esa mirada que todo lo ve, con ese largo y ancho vistazo desde lo alto... y sale llama como respuesta, no de la candela que quema, por el contrario, de la que ilumina y alivia. Le dice los secretos y las confesiones al aura que se desprende de aquel cuerpo de yeso y se une al Corazón de modo que así puede sentir como si del centro de la figura ese fuego vivo la refrescara de un modo extraño.

Los destellos de la figura que se ponen encima de la vida misma son rayos que se suman al corazón, llameando. Esos ojos benditos ven a los hombres recostados en la Tierra, proyectados en la imagen del cosmos entero (es una visión carbonosa esa de aquí afuera), apenas somos algo, casi nada

mientras el destino pesca a cualquiera con algún truco; cada uno ha de estar viviendo lo que hay que vivir con ceguera o lucidez, pero el destino no toca a la puerta y se entra sin permiso.

El Corazón siempre mira de frente; puede estar desatada la ira del Señor o que ocurra lo imprevisible y siempre está de frente. La magia de los ojos del Corazón de Jesús es así, sale el encanto desde aquellos puntos por donde ella ve a Dios y Aralia lo ama con las mismas fuerzas con las que se contempla y se quiere a sí misma.

Esta noche están todos juntos y vivos, y en silencio parecen sin problemas.

El Zurdo le viene huyendo hace días a los ojos de la figura sagrada, a todos los ojos, los de luz, los de fuego, los de la justicia, los misteriosos ojos que miran todo y a todos desde algún sitio. Él ya no ve el resplandor de aquella mirada en la escultura porque dice que lo culpan, que lo persiguen. Y esa negación la ha convertido en mudez, aislamiento y abandono. A él le da temor bañarse con tanta luz y oculta la mirada para que la figura no pueda alumbrarle los golpes recibidos ni los ojos brotados y vidriosos de pecador consumado en el vicio. Teme al temor. Prefiere confiar en su escapulario de la Auxiliadora y a oscuras. Sólo cargarla le sirve para su penitencia.

Él maneja un poco de violencia y dejadez, y es arriesgado. Vende marihuana por necesidad y se fuma la mitad de la ganancia, aunque no deba. Se enfrenta a una batalla entre

sus razones y las negaciones y el Zurdo hace dar lástima, disgusto, pena.

El Zurdo mueve la cabeza, fija la mirada casi perdida en los ojos zarcos de Aralia, su mamá que acabó las migas y despega, así no más:

–Entonces... –aspira el humo de su Pielroja y lo cuestiona.

–¿Qué?

–Entonces, ¿lo mismo y lo mismo?

–Toca.

–¿Seguís con tus humos?

–Toca.

–¿Con ese Manco?

–Hum.

El Zurdo dijo que le dolía parecerse a su papá, a los bravucones de su sagrada familia y a la tía de la calle de atrás, la sobadora. Le ha dicho a María Auxiliadora que no se quiere arder con el fuego que quema en la figura de Jesús, y fuma de su humo sagrado para aspirar, según él, su rezo y su salvación. No puede dejar el vicio que lo lleva a tener acción relajada, sin sustos, a dar vueltas sucias y a conseguir fácilmente las cosas sin pensar mucho. Una obligación para perder su cobardía. Se desdibuja llenándose la cabeza de humo, cenizas y luchas ineficaces a costa de otros. Da las gracias al escapulario por protegerlo y seguir vivo, y también por tener viva a su mamá para que le cuide a sus dos niños. Con eso quedas tranquilo para olvidarse de todo lo que está haciendo para sobrevivir y no hacer nada, pero... hay que llevar plata.

4.

REZO AL CORAZÓN

ARALIA VA A LA COCINA y mira encima de la repisa a su Jesús de cemento y yeso. Quiere habitar el Corazón de Jesús con la fuerza de una complicidad tal que pueda deslizarse en su presencia como la gota de esperma del cabo de vela. Baja el volumen del televisor, espanta un pájaro metido, cierra los párpados para atajar el disimulo de un llanto y se limpia la cara como si se santiguara para seguir masticando su alimento de fe.

–Me encanta la lumbre de tus ojos que dan tibieza.

La taza del Zurdo sigue sin que nadie la pruebe.

Aralia se persigna frente al Corazón de Jesús para que la ayude con su hijo, para que la perdone y pedirle que le conceda algunas de las cosas que siempre hacen falta para vivir. Para hacer una fusión con su Salvador, ella enciende un cigarrillo y cree ser una luz más potente, como si al unirse se hicieran invisibles y no hubiera nada que mortificara, mientras aspira y lanza bocanadas de humo. Ella mantiene los ojos abiertos pero encandilados, doblemente impalpables, e imagina que Jesús se expande hasta lo largo y con la anchura del

mundo creado como un arco iris disuelto sobre ella, cuidándola, protegiéndola con su manto azul, y así le da más alivio. Imagina una luz que entra abriendo el corazón y abriendo los brazos y abriendo el cuerpo al Señor. Pasa sus ratos hablando mentalmente con el Nazareno, recordando el precio que como hijo pagó por la redención de todos. Además, le pide perdón por proteger al Zurdo, este hijo perseguido y da las gracias por no dejarla desolada en la vida trayéndole los nietos. Al menos tiene a alguien que la mantenga con algo y no está sola.

Se suelta la moña, pide limpiar sus culpas y ora:

–Perdona mis pecados y los del Zurdo... y los de Cruz. Protege a Efe y a Blanca y sávanos del fuego del Infierno, y lleva al Cielo nuestros espíritus. Corazón de Jesús: En Vos confío.

Esa noche cuando Aralia se va a acostar, llueve a torrentes y caen temibles latigazos mojados como un castigo divino para descender al inframundo. Aralia asoma la cabeza al solar, se lava la cara para ser ella misma dentro de otra, se moja los ojos escampano el cuerpo de la lluvia, se moja la cara mientras cepilla los dientes con los golpes de agua y la espuma de la boca, como jabón, cae por el cuello, se resbala sobre el escote, la empapa, y el pelo también se escurre de lluvia por entre sus senos ya colgados y brillantes. No llevaba puesto sostén para despejar sus movimientos y quedar tranquila con el clima que sube al medio día y llora por sus

deseos inconclusos. Recibe el golpeteo del agua en la piel, en el rostro, le salpican lágrimas en los hombros, el azote de los hilos mojados se deslizan sobre el cuerpo; llora y llueve. La fuerza húmeda explota y se riega por la sensación tibia que transmiten tristeza y un placer a los poros que relajan el sistema nervioso y acaricia. Son golpes mojados que aflojan el dolor, lanzamientos naturales sobre el cuerpo entregado a la humedad.

Sale oliendo a espuma mentolada y escurre el agua que da cosquillas.

Se va a acostar y antes se despide de Danger que no quiere salir al solar y con los ojos de súplica, casi como si hablara, indica que se queda en la sala con el Zurdo; Aralia va al baño, se seca y arma un turbante en su cabeza, enciende el último Pirolroja, apaga el televisor, cierra con aldaba la puerta del solar, pasa por la máquina de coser y sopla la llama de la esperma mientras se persigna. No vuelve donde el Zurdo que sigue en la sala. A ella le da una sensación desconcertante, queda perpleja, se exaspera y no hace nada por él más que verlo cómo arrolla cada día cigarrillos para vender. Le da lástima.

El Corazón de Jesús mira la oscuridad del pasillo y de la sala.

El Zurdo y la perra duermen secos en la sala mientras ella tose cerca a los niños que patalean dormidos. Las hormigas se trepan rodeando las tazas frías sobre la mesa recostada a la pared.

“Hasta mañana, Señor. Dame alivio”, dice Aralia sin abrir la boca y bota la colilla.

Mientras cada cual sueña lo suyo, queda la luz móvil y artificial del pabito eléctrico del bombillo que parece fuego vivo, de verdad.

En la otra pieza después del baño dormían Efe y Blanca; dormían en las camas medio atravesadas. Había que encaramarse por una cama y andar arrodillados pero blando, como jugando, para ir a la otra o para abrir el clóset y sacar la ropa del día; no había desorden y tampoco salían a la calle con cualquier trapo o desgredados. Acaso la pobreza tiene que ver con la suciedad. Esos pobres sucios y desordenados son doblemente pobres porque así lo quieren, porque les da la gana de estar mugrosos. Uno puede ser pobre pero limpio. Esa gente llena de mugre tiene una pobreza vergonzante y espiritual que se les ve por fuera, como si tuvieran manchas de tierra regadas por el cuerpo. Y a esos mugrosos hasta se les ensucia la lengua y no hablan sino con groserías, como los Echeverri, que gracias a Dios están silenciosos o no están.

Ella tiene un sueño que le aclara su mirada y sus culpas: sueña que la perra tiene piel de piedra-lumbre y tiene hambre de luz, que Danger no para de ladrar a los relámpagos, hasta que un rayo le hace tragar la lengua y el cielo se cae a pedazos.

5.

CRUZ

SU TÍA-ABUELA CRUZ les enseñó a trabajar al escondido y a guardar sus secretos haciéndose los mudos y taponándose los oídos. Así fue como Blanca y Efe aprendieron a no oír cochinas y a cerrar la boca. Cruz les decía que si se quedaban callados, esa mudez mejoraba al enfermo más que aquel curetaje que pudieran hacerle. También aprendieron sobre los fuetazos de ortiga que le pueden reanimar el chorizo caído a cualquier viejo que pagara con carne o con un mercado para llenar los buchecos. Si daban plata, su tía-abuela les compraba un tarrito de leche condensada, llevaba carne y comida y no sé qué más cosas del sustento. Los yerbateros no sólo comen ramas y raíces.

Cruz, la hermana mayor de la abuela Aralia, fue la sobadora del barrio y tuvo todo tipo de preparados, yerbas y aceites para curar los achaques de los demás, porque los suyos los ocultaba entre los sudores, hasta que medio jugando y medio en serio le enseñó a Efe la urticación para despertar las carnes a quienes las tuvieran dormidas. El muchacho aprendió a dar alivio a esos señores que le decían cosas

a Blanca como si ella tuviera carne de fruta en cosecha, pero la niña era biche y esos clientes tenían que dejarse hacer la soba. Asuntos del aguante y de la fe.

En el barrio contaron que esa hermana de Aralia hacía brujería y en los ritos mezclaba los humores de sus sobrinos; decían que por eso a Efe le hacían mal esas compañías de la cuadra donde vivía con su abuela y andar con muchachos más grandes que él. Eso de estar revolviéndose con ellos que se las daban de más vividores y oyéndoles lo que hablaban era como salir a buscar en la calle lo que no se le había perdido. Era mejor entonces mantenerlo conforme por estos lados de la tía “bruja”, claro que a veces aguantándolo, para así poder ver si se estaba manejando bien, y saber si alguna vez, aunque fuera una, se quedaba más tranquilo.

También decían que la Cruz manejaba secretos y tenía el remedio preciso para que los hombres mayores recuperaran el ánimo entre las piernas y así pudieran volver donde sus mujeres o se fueran para donde otras a darse sus sacudidas. Pero como todos los oficios con el cuerpo traen tantos comentarios flojos, al principio se diluyeron los rumores sin hacer más daño que perder unos cuantos saludos en la calle y después fue como si hasta le tuvieran respeto o temor. Los que la conocieron de antes también dijeron que ella fustigaba a los viejos para robarles los espíritus y hablaron de esos niños tan callados. Se vio gente hasta de otros lados entrando en esa casa por allá detrás de la casa

de Aralia, donde el viento azota los cerros. Acreditado el negocio de Cruz.

A Cruz no se le veía la cara cuando se paraba en el fondo del corredor, por lo brillante del piso de cemento, cuando desde allí jalaba una pita sujetada a la pared y movía el pestillo de la puerta; el ala derecha se abría a distancia. Adentro olía a verde cebolla junca, boñiga fresca y mentol. A la sobadora le resplandecían las manos con venas azules y una falda fea, y ese gesto dominante que decía: –Sígase lo atiando y ciérreme la puerta.

En aquella casa de la loma, la tía-abuela bruja, de semblante masculino y cara fría, que había quedado viuda y utilizaba para el trabajo a esos dos críos hijos del descuidado hijo de Aralia, supo hacer los preparados más excitantes y curadores.

El cliente seguía por el roto de la sombra del pasillo hasta que llegaba al cuarto con un reclinatorio y una mesa, donde Blanca, bella, de cabellera con trenzas pardas y con ojos profundos, se mostraba dulcemente sin mucha ropa encima. Después llegaba Cruz diciéndole a Efe que la ayudara, cobraba la consulta por anticipado y el niño asumía su papel en la curación como si fuera un juego, pero con el deber de hacerlo bien, como cualquier otro oficio de los que hacía también a la abuela Aralia en su casa. Él servía para los curetajes por tener manos calientes y esos dedos pequeños y firmes.

Con un taburete viejo al que le serrucharon las patas a media caña y el brazo de un sofá encima del espaldar, Cancio, el vecino ventero, le armó un reclinatorio como los que usan las rezanderas en la iglesia, y sobre el mueble, Efe propinaba a los clientes su medicina.

Blanca encaramada en la mesa de planchar frente al reclinatorio, componía su postura de ángel. Otras veces, mientras Efe le ayudaba a su tía-abuela en el trabajo, la mocosa zarandeaba la muñeca sin ojos, columpiaba los pies, armaba una cocinita o se untaba coloretos para que la carne le pareciera como el plástico rosado de los juguetes. Jugaba sola a ser mamacita de mentiras.

Curaban a los enfermos arrodillados con una soba que parecía más bien una paliza. Cuando les daban los fuetazos, se les quitaban los males abrazando las rodillas de palo del reclinatorio, sacudiéndose. La tía yerbatera decía que así se aferraban las almas de los muertos para que les dieran la salvación en el Purgatorio, el mismo que ardía en llamaradas en esa lámina de la bonita *Ánima Sola*. Cualquier viejo con el paquete en desuso volvía a recuperar ese primitivo vigor, y el animal que antes se estiraba flojo dentro de la carne, se ponía duro, porque se despertaba cuando el niño Efe sabía tratarlo con el hisopo. En silencio y con mirada tranquila, los flagelaba y la tía-abuela se agazapaba para ver la azotaina y darse cuenta de que este Efe –por flaco y por llamarse Fernando– iba a ser tan buen sobador como ella. La vieja

permanecía detrás de los menurjes y remedios mientras los vigilaba para que los clientes no llegaran a excesos con ellos, con placeres inaguantables, envolviendo la debilidad de sus cuerpos en pasiones bajas. Siempre hay por ahí manilargos y aprovechados y más, cuando la ortiga comienza a reponer las debilidades. Estos tipos se veían necesitados, y las necesidades siempre ablandan y hasta tuercen a la gente.

Para la cura, el niño fustigaba con un hisopo de hojas verdes de ortiga que cogía con un trapo impregnado de mentol. Pegando ligeramente, golpeaba y golpeaba la región posterior e inferior del torso. Azotaba desde el surco espinal, seguía por el límite inferior de las nalgas, alrededor de los muslos, por una línea hacia atrás, hacia abajo y un poco hacia dentro, golpeaba los tendones que exhibían las corvas y hacía llegar la sensación punzante hasta las pantorrillas. A las personas más gruesas los acariciaba al pie de la espalda y descendía por los surcos de la piel desde la cintura hasta la flacidez de sus nalgas colgantes. De este modo hacía las curaciones y los rostros macilentos de los pacientes se volvían rojizos de lujuria. Con aquel tratamiento natural, la parte desfallecida volvía, de repente, a recobrar su vigor primitivo y el cliente podía sentir el ardor de sus facultades viriles. Muchos disfrutaban con las irritaciones saludables como si jugaran a los martirios dulces de los vivos. Aunque se creía que el tema lo habían vuelto un secreto entre los tres, no por lo que les dijera alguien (que no es un secreto para nadie),

sino porque era un error haber mostrado ese tipo de intimidades. Doña Cruz también utilizó las propiedades excitantes de una bebida hecha con cuatro botones de pino en cocimiento durante tres minutos en un litro de agua. Algunos hasta volvían por esa costumbre que hacían fastidiosos los goces de los amores comunes.

6.

UN DEMONIO NECIO

CRUZ, MUJER FRÍA y dominante, de inalterable temperamento, más y más se enredó con los viejos para sacarles plata y descuidó a esos muchachos, los hijos del Zurdo que crecían como arbustos silenciosos entre los manojos de yerbas y malezas.

Efe se manejó bien durante la semana en la que el primo Tocayo le trajo un paquete de chokolatinas, pero apenas las acabó como un cucaracho, él siguió yendo curioso donde la tía-abuela Cruz con ese tema de conocer el cuerpo. ¿O era malicia? Quería saber más, y aunque no quisiera reconocerlo, el sobadorcito se volvió medio ausente y medio ansioso, como si con esos pocos años que cargaba encima supiera lo que podía hacer y lo que no debía hacer.

Aralia: –De qué le valía mi cantaleta a Efe cuando volvía de no-se-sabe-dónde, si cualquier cosa que le dijera eran palabras perdidas, como las que le digo a su papá. Adentro de la casa, vivimos juntos esperando a que el Zurdo regresara de por ahí, y eso me aburría y me daba dolores de

cabeza que ni fumando se me calmaban y hasta Blanca se ponía igual como si los dolores de cabeza fueran contagiosos. Para esos dolores tampoco sirvieron las rodajas de papa cruda en la frente, y a las dos se nos volvieron inaguantables, sobre todo cuando me contaron el chisme que la mamá de los chiquitos no iba a volver, asunto que me negaba a creer, porque había prometido esto y lo de más allá-. Fue desde entonces que Cruz se puso de contempladora con ellos.

Blanca y Efe, y por supuesto la vieja sobadora le siguieron tapando a la abuela Aralia lo del rebusque con las yerbas, un desespero que ya no se le atajó ni dándole una chocolatina ni un bombón ni mojicón ni nada dulce. Al niño había empezado a gustarle la carne fresca y se le asomó ese otro Efe grosero, ya no tan niño sino un aprendiz de lo que tenía la vida para ofrecer, porque decía que la vida le tenía (¡sí!, tenía) que ofrecer grandes cosas y abría los brazos como si esas cosas no le cupieran en ellos.

Pasando los días Blanca desconfió más de él en cada cosa que decía o hacía, y cuando después se puso como raro con ella, hasta creyó que había dicho el secreto de la tía yerbatera a otros. Para saber que a la chiquita Blanca le tocó cuidarlo cuando su mamá faltó, y bien sobreprotegido que lo mantenía la abuela de tanto contemplarlo. Esa sobadera fue lo que más lo jodió. Casi se echa a perder madurando a los trancazos sabiendo que todavía era muy niño. El que moles-

taba era Efe yéndose a hacer no sé qué a la esquina, sabiendo que unos escuadrones estaban masacrando muchachos sin preguntarles la edad.

Así empezó ese demonio chiquito a despegarse de la casa y a crecer. Por eso Blanca dejó de confiar en él aunque estuvieran viviendo debajo del mismo techo y durmiendo en las camas medio atravesadas. Eso no les aseguraba nada más que la misma sombra de la abuela que los cubría y la misma luz que entraba cuadriculada por los dos patios enrejados, como si la casa fuera una jaula y ellos las presas. Hasta un día en que Blanca amaneció con el rostro apretado, el muchacho dejó ese trabajo áspero con su tía-abuela y quiso hacer otra cosa, mientras se terminaban las vacaciones.

7.

LA CARNICERÍA

EL TÍO DIEGO SACÓ a Efe de la casa de Cruz, la sobadora, y lo puso a trabajar en la carnicería Santa Fe, donde le tocaba mostrar unos gestos mentirosos a los clientes. –Así es en todo negocio, Flaco –le decía. Efe se estaba volviendo un cero a la izquierda: salía y no volvía hasta la noche con los ojos cansados a pedir comida y a dormir. No se sabía en qué huecos se había metido o se iría a meter (con el ejemplo del Zurdo, ¡qué más se podía esperar!). Y ese ofrecimiento de trabajo le sirvió.

Efe creció atendiendo entre baldosines como hielo y en esa retícula veía una y muchas veces los reflejos fragmentados de su pasado. Recordaba la mirada de la tía-abuela Cruz que daba órdenes y le resplandecían las manos con venas azules y ese gesto dominante que decía: “Sígase lo atiendo y ciérreme la puerta”. Recordaba los cuerpos arrugados de los hombres en el negocio del reclinatorio, la mesa donde Blanca, bella y de cabellera con trenzas pardas y con ojos profundos, se mostraba dulcemente sin mucha ropa encima, y el despertar de los órganos ajenos.

En la carnicería Santa Fe aprendió a tasajear su rutina en congelación; con rabia disimulada quebrantó, como un verdugo, su memoria sobre un tronco gastado a punta de crujidos de huesos y hacha, exhibiendo a los clientes un gesto amable en cada corte, en cada venta.

A las diez de la mañana, cuando ya era permitido estacionar los carros de carga, llegó el furgón del matadero lleno de carnes escurriendo aguasangre. Efe, que dejó de ser niño flaco y tomó apariencia de toro membrudo, se vistió con una capa impermeable amarilla, calzó unas botas negras de caucho que había guardado debajo del mostrador donde colgaban las carnes de res y cerdo, y recibió el envío. Se cargó en el hombro izquierdo el espinazo de una res abierta, sin extremidades y despellejada; era una canal de costillas que agarró entre los dedos enjaulando un vacío de entrañas y le escurrió líquido por la espalda. Luego recorrió pesadamente una corta distancia, con silbos y gritos, y apresuró entre los que iban o venían por la acera para que le dieran paso y no se untaran. Como una contradicción, la cola pelada de la res le indicó el camino para andar de frente, mientras que atrás quedó una señal de muerte en forma de línea chorreada que nadie se atrevía a pisotear; una hilera de puntos encarnados y suspensivos.

Llegó don Noé, amigo de Tulio Echeverri, el que se había habituado a los curetajos de Cruz, caído en la disipación y con la cara arañada, vestido anticuadamente de gris cenizo.

Se apareció donde Efe con la camisa de cuello acartonado por fuera del pantalón y abierta en su pecho pálido y lampiño. Llegó cabizbajo a la carnicería y se detuvo con cuidado para que no lo embadurnara. Don Noé movió la cabeza con ese gesto de saludo malicioso de los que llegan a un recuerdo y quería repetir el tratamiento, mereciéndolo. Efe se metió en la cava que bostezaba frío congelado sobre péndulos de carne color llamarada y pateando partes desgajadas de reses, las arrumó en el suelo. Hizo una y otra vez el recorrido descargando, también, las cabezas, vísceras y patas que venían en los depósitos laterales del carro.

Cuando salió por más carne, la tía-abuela llegó al sitio y se quedó estorbando mientras él le hizo el quite familiar con su carga.

Blanca con ojos apretados, trenzas pardas, ojos profundos, se había quedado en la esquina cercana, como un tronco, de tenis, quieta, cubriéndose en un abrazo propio, viéndoles las espaldas, repasando que esas letras rojas encima de la puerta del negocio decían “carnicería” y decían también “Santa Fe”, viendo el reguero en el piso al que la gente le sacaba el cuerpo. Cuando pasó Cruz con sus gestos sucios detrás del viejo don Noé, restregó la línea roja con sus chanclas. (Hay que mirar dónde se pisa y dónde se dejan huellas, doña tía-abuela sobadora).

Cuando Efe terminó esa tarea de mula, Cruz entró en la carnicería detrás del revenido don Noé, persiguiéndolo,

acosándolo por una paga. El muchacho la miró con la misma distancia que había aprendido a mirar a su madre desde hacía tiempos, cuando vivió con ellos.

El hombre cenizo le ordenó que cortara unas libras de carne para fritar en la sartén; luego Efe molió media libra de huevo de aldana, empacó una punta de anca, metió todo en una bolsa negra de plástico e hizo un nudo. El viejo pagó el servicio de la sobadora con carne fresca, más unas cinco costillas de cerdo y parte de un espinazo que el muchacho había quebrado con el hacha.

Efe dio a su tía-abuela, esta vez sin mirarla a los ojos, los dos paquetes negros y pesados que había pedido don Noé.

La vieja untada con la luz fluorescente del negocio cogió los paquetes con los que el vigorizado don Noé le pagaba, miró al muchacho que no había vuelto donde ella a darle una mano en las sobas, él siguió sin mirarla a los ojos, ella le dio la espalda y salió sin dar las gracias caminando como un suspiro sobre la hebra roja del tiempo regado en el andén. Bajó la acera, cruzó la calle, subió a la del frente y entregó la carne y el costillar a Blanca que se protegía el estómago con los brazos.

El viejo gris fue a pagar el pedido y el muchacho carnicero levantó la cabeza, y al moverla hacia un lado le hizo un gesto de invitación solapada señalando un espacio dentro de la carnicería. Se fueron para un depósito atrás, donde se molía y se hacían embutidos, el muchacho se quitó las

botas, desvistió su apariencia de Parca iluminada con esa capa amarilla y en una cruenta redención se frotó los dedos, pero no salió ese olor impregnado.

Don Noé hizo lo suyo. Recordó lo caído de las carnes desnudas en las curaciones de antes con ortiga y los agujones naturales del sentido genital..

Y Efe se transmutó: estiró los brazos casi desfallecido y al abrir su anatomía crispándose junto a los baldosines que aún lo observaban, sació su torsión tocándose la musculatura sudada, duplicada, multiplicada. Algunos recuerdos pueden envolver a los seres que tienen memorias fijas en una llama vivificante que los acalora y ofusca y les hace palpar su cobardía bajo el aguijón del deseo hasta que se los carcoma.

Dio fuetazos al viejo, ya no con ortiga sino con un trapo que empapó en una olla con coágulos de sangre reservada para hacer morcillas, infligió latigazos mojados, azotó con huesos y tendones en la espalda, pegó con el hacha en ese cuerpo blando.

Después de propinar tantos golpes como para que don Noé no se levantara en vida, el muchacho carnicero se restregó las manos en las medias grises del viejo, vistió un delantal blanco sin salpicaduras de sangre y quedó como un ánima. Efe soltó por la boca contraída, más fría que el hielo, su voz de muchacho crecido:

–Viejo, no te volvás a meter con mi Blanca.

Afuera, el día siguió tan veloz como un guerrero.

8.

LOS IDOS

BLANCA:

CUANDO YO ESTUDIABA, tenía que ayudarle a mamá en la casa. Y era allí sobre el tendido de mi cama o en la doble de mamá (que después ocupó la abuela) donde hacía las tareas del colegio y jugaba a la lotería con Chiquita, la amiga mía, hija de Sara, que vivía cerca de la casa de la tía-abuela Cruz. También jugábamos Escalera y ella llevaba un Hágase rico o armábamos con mamá un rompecabezas de mil piezas con la estampa de alguna montaña muy lejos, con esas casitas bonitas que les dicen chalet. Incluso una vez armamos un rompecabezas con una ciudad de hierro grande en Disneylandia, con castillo. A mí me provocaba tanto conocer a Disneylandia, pero nunca había plata para pasear y esa ida era para gente pudiente, porque quedaba en el extranjero, no para nosotros que apenas teníamos con qué mantenernos aquí.

Así no fuimos menos que nadie, ni me fue mal en el estudio, aunque no tenía mucho tiempo para mí cuando comenzó a faltar papá. Salíamos a jugar sin prejuicios, éramos sin

penas y hasta inventaba travesuras. Ahí aprendimos a vivir un tiempo y no fue tan dura la vida cuando nos fuimos a vivir de arrimados donde la abuela Aralia que siempre olía a cigarrillo y tampoco me amilané cuando quedé sola con la disciplina y con Efe, y me acomodaron a la abuela con zoncera.

Casi todo lo que se necesitaba saber para que el mundo del hogar no se nos viniera encima, se lo aprendí a mamá antes de que se fuera. Cuando dejé de volver donde la tía-abuela Cruz, yo apenas tenía los senos pequeños y ya me tocaba sacudir, barrer, trapear con un trapeo especial que fabricó papá y que no se acababa nunca. Yo lavaba la loza al almuerzo y la comida, y cuando papá se iba a trabajar me tocaba hacer comida para todos y para que le quedara a él cuando volviera rendido, siempre tarde y quejándose. El agua de panela y el café siempre los hizo la abuela porque a mí no me quedaban de buen sabor.

Ponía a remojar la mugre de la ropa de Efe que ensuciaba como si fuera de gusto y esos delantales salpicados de sangre, tendía camas con la abuela, ayúdeme a alzar almuerzo que tengo que hacer unos dobladillos, y venga hágame los rollos de las medias, ¿que si ya había planchado?... Se notaba un desaliento raro en ella, que ya hasta los regaños sonaban aburridos, porque ni fuerzas tenía para que le diera mal genio, y daba órdenes: –Hágame este mandado, no se deje meter yuca palúdica, métale la uña, no ponga cuidado

a las promociones puerta a puerta, y no deje salir a ese animal, yo sé cómo es eso, tape bien la olla a presión que si no, explota, no pele plátanos sin que les caiga agua que le mancha las manos... -Y yo ni barniz podía usar porque mantenía las uñas descascaradas de tanto trajín-, y no corte los trozos del verde con cuchillo que así da dificultad que calen los fríjoles que acompañaba con las tajadas de plátano hartón fritas: se corta el plátano maduro en tajadas oblicuas, el plátano no puede estar pintón porque da patacones, las tajadas se ponen a fritar en aceite hirviendo y no se puede dejar que se peguen en la sartén, por maduras o por poco caliente el aceite; cuando se comienzan a dorar es que están listas para sacarlas; hay que escurrirles el aceite y quedan brillantes y dulzonas. Además, dentro de la sartén hay que dejar un pedacito para que el aceite no se queme con el calor. Bien maduras las tajadas fritas saben rico.

Fue mucho el trabajo y yo sentí que la abuela venía descargándome las responsabilidades. También hasta aprendí a hacer quesito poniéndole a la leche una pizca de polvo para cuajar y escurriendo el suero, haciendo presión con una taza y salando, y por otro lado, la abuela me salía con que le comprara un hilo para zurcir y -tráigame de la plaza unas hojas de bijao para unos tamales que me encargaron, y remiéndele ese descosido a la camiseta de Efe que va para la carnicería (tan mal enseñado) y tráigame Pielroja, un paquete que me fumo... ¿ya sacudió?, vea que le va a dar el asma al niño (le

siguió diciendo niño y era un muchachote), ¿y ya trapeó? Mire que el niño esto y lo otro –y el bendito Efe andando en esos pasos, atravesado con los amigotes en la esquina–... y seque el baño que alguno se puede resbalar (tal vez ella por cansada o el “niño” de siempre por descuidado...) y ahí me podía gastar todo el día con los oficios de esta profesión de ama de casa (y yo tan niña), profesión malagradecida y mal pagada que interrumpió mis estudios. ¡Cómo me gustaba la geografía y de pronto leer algún libro de los que había en el anaquel en la pieza de papá!

Y llegó el día que no pude estudiar más. Por tanta preocupación, me empezó a ir mal hasta en las materias más simples, y ya no me gustó, entonces me salí del colegio y archivé el uniforme de cuadros.

Yo vivía rendida con tanto quehacer y ahí fue cuando como un aguacero, también nos cayó la mala suerte de quedarnos solos, sin papá.

Fue de repente.

–Vas a hacer lo que yo digo que hagás –me decía ella con sus ojos zarcos y de malas pulgas, boqueando humo como si tuviera un montón de condiciones sólo para mí, porque a Efe no lo molestaba; él era el hombrecito de la casa y yo debía y tenía que guardar mucho silencio con su mando. Así eran las cosas y no valía que yo intentara cambiar sus reglas.

–Quién la mandó a ser mujercita –me decía y a mí me daban ganas de decirle que entonces para qué vivía conmigo.

En esos momentos me acordaba de mamá, tanto que cuando veía por ahí a alguna mayor jugando con un niño, creía que esa era la mamá de él y me daba una envidia ver cómo se desvelaba por ese hijo y yo hasta lloraba. Pero me mordía la lengua y terminé por dejarla decir lo que quisiera, y como a los borrachos, a todo le decía sí esto, sí lo otro y se calmaba cuando le agachaba la cabeza y así dejó sus regaños. Por eso, más bien me volví silenciosa y no me gustaba ni hablar ni que pusiera ese radio con tanta bulla sobre la repisa, y encima estuviera Jesús mirándonos.

El demonio necio de Efe, en el fondo, pura grosería y malas mañas era lo que estaba aprendiendo allá afuera vendiendo carne y con los otros grandulones y sucios, y hasta se llevaba la perra a callejear.

En cambio yo me fui volviendo una muda dentro de la casa. Y no podía hacer mucho para no ganarme a alguien de enemigo. Sobre todo a un familiar enemigo. La ralea no se pierde.

9.

CLARO CON LECHE

LA PLATA QUE MANDABAN los tíos para la comida consistía en un par de miserables billetes de veinte dólares que según decían por ahí, eran sucios. Enviaban algo de algo, pero antes había que llamarlos y armarles un sartal de súplicas. Y cambiar esos billetes por plata de verdad se volvía un enredo. No alcanzaba para casi nada y Efe llevaba poco de la paga en la carnicería. La carne para la comida, la que enviaba Cruz o el tío Diego, ni se volvió a ver, apenas uno que otro hueso. Más que alimentarnos, lo que hacíamos era llenarnos para no sentir el desánimo que daba el hambre y que no dejaba hacer nada bien. Ni Aspirina le podíamos dar a la abuela Aralia, ¿con qué?

Y como no era suficiente la plata, se me ocurrió la venta de cremas. Se me ocurrió, porque la abuela, entre los recuerdos que le quedaban sin derretirse, como si con la edad, las rabetas y al dormir se le vaciaran, sabía hacer cremas de claro con leche y un bocadillo de guayaba en la base, para darnos vitaminas, según ella, con el sabor familiar del agua de maza-morra con leche. Así le aprendí y combiné otros sabores.

Una tarde, el inquieto Efe lamió un vaso de aluminio antes de meterlo en el agua para despegar la crema y se le pegó la lengua, entonces del susto jalonó, rasgó las papilas y le salió sangre. Con eso tuvo para no volver a chuparse ninguna crema que se pareciera a las de la abuela; yo le decía, por molestarlo y para que dejara todas las cremas para mí sola y para negociar, que el bocadillo colorado era el pedazo arrancado de su lengua.

Cuando papá Zurdo vivía con nosotros y mamá no era tan furiosa, él nos ponía en el congelador de la nevera trozos de banano o de murrapos, sin cáscara, a los que les clavaba un palito para cogerlos después y chuparlos como un helado natural. Desde ahí empezó el gusto por chupar helado y cuando llegaba visita (gente rara era lo que llegaba a la casa a preguntar que dónde estaba el Zurdo), la atendía ofreciéndole cremas hechas por mí y salían sin sed y sin saber, como nosotros, dónde estaba papá. Pero eso ya pasó hace años.

SE VENDEN CREMAS

ASÍ DECÍAN LOS DOS primeros letreros que puse, uno en la reja del negocio de Cancio recostado al aviso del estanco porque él era como una sucursal, y el otro en la puerta de la casa para comenzar a acreditar mis productos: “Se venden cremas”.

No era difícil hacer las cremas; se hacían casi solas y dejaban, al menos, un poco más para sostenernos y comer mejor. Efe a veces, cuando le daba la gana, me ayudaba a partir a los golpes y con un cuchillo de cocina, los palos sacados de un cañuto de guadua, pero ni se me podía ocurrir decirle que lavara unas frutas para el jugo de las cremas o enjuagara el vaso de la licuadora porque decía que eso era oficio de mujercitas, y no seguía ni cortando los palos de pura rebeldía.

–Prefiero partir huesos –decía.

Las cremas de fruta las vaciaba en moldes y cubetas de aluminio con aquellas astillas de guadua y las metía ordenadas en el congelador. La nevera se mantenía vacía pero eso sí, el congelador me daba dificultad cerrarlo porque después se fue creciendo la demanda de las cremas de Blanca.

Para vender hice las afamadas cremas de lulo, de mora en agua y mora en leche, sin pepitas y de motas de guanábana, de leche endulzada con un pedazo de bocadillo de guayaba en el fondo (las que más le gustaban al Primo y a Danger), de tomate de árbol y de otras frutas en cosecha. Después vendí las cremosas de chocolate, los mantecados y los *bolis*, y también los mejores turrone de coco en leche del barrio que fueron los más solicitados por los fulanos que le enseñaban groserías a Efe. Había buena demanda de las cremas, especialmente los sábados después del picadito de fútbol en la calle de la tía-abuela Cruz. Los jugadores bajaban hasta mi casa porque negocio era negocio. ¿Cómo me iba a poner a enfrentar a los de arriba, a decirles que no les vendía porque tenían a Efe muy resabiado? Ahí mismo se me hubiera acabado el negocio que se sostenía fácil. También ensayé con vender obleas donde Cancio pero la plancha redonda para hacerlas era prestada y se fundió. Ese negocio de las hostias se acabó sin nacer; además, no dejaba casi nada de ganancias.

Las cremas se vendían solas, sin mucho anuncio ni desgaste. Fue distinto de como le tocó a mamá cuando estuvo con nosotros, con el asunto de los mandados. Para mí, mientras más helados chupara la gente, más crecería el sustento, gracias a Dios; según la abuela, gracias al Corazón de Jesús.

Algunas veces llegaba gente nueva a comprar cremas, preguntaban por alguno de la cuadra de más allá y cuando

lo conocía, me daban la devuelta de propina, entonces imaginaba que esos eran ángeles sedientos que mandaba mamá desde donde estuviera para darnos una bendición.

Cuando alguien tocaba a la puerta para comprar las cremas, me sentía a gusto. Atajaba a la perra y salía, les miraba a los ojos y veía los dientes a los clientes, –¿A la orden?– pedían tantas cremas de tal sabor, iba por ellas, porque casi nadie se antojaba solo o se compraba una, sino varias, las metía en una bolsa de plástico y se les veía la cara de satisfacción. Pero no había que esperar siempre que la sed acosara a alguien para que me buscaran. A veces venían por puro antojo. Por eso se me ocurrió salir a ofrecer las cremas por el barrio y así no esperar que llegaran los clientes como caídos del cielo. Salí a buscarlos en los lugares más calientes, como la cancha, el parque y por la avenida, y comencé a atravesármelo a la gente, sin estorbar, para que comprara y hasta hacerles dar más sed.

II.

LA CAJA BLANCA

PARA SALIR A TRABAJAR, doña Aurora, muy querida, que le daba lástima de mí cargando con la abuela cada vez más congelada, se prestaba para cuidarla desde su propia casa, como si supiera verla por entre las paredes frente al televisor y doblada en la Singer fumando sus Pielroja. Una vez llegué y el televisor estaba con ese ruido rastrillado de los puntos, y la abuela como dormida con los ojos abiertos no se dio cuenta de que estaba orinada. Danger dormía. Ahí fue cuando empezó el suplicio para mí. Los tíos de los dólares cuando supieron que se venía un Infierno, se alejaron más, como si ellos estuvieran empollando la enfermedad del olvido que también decían que sufría la tía-abuela Cruz. Aunque algunos dicen que la tía yerbatera sufrió de un embrujo que le hicieron por venganza y ella no supo hacer la triaca, porque, ¿cómo era posible que ella tan sana que se veía y de repente se quedó como lela o se escapaba de su casa mostrando el torso desnudo y oliendo a diablo desamarrado mientras repetía a todo pulmón con ese gesto dominante que decía: –Sígase lo atiando y ciérreme la puerta.

El tío Diego, el de la carnicería Santa Fe –por el lado de mamá– cuando de pronto nos llevaba una sobrebarriga o un mercado, decía que esa vieja tía bruja estaba más ida que mi mamá, y que todo iría a pasar rápido también con Aralia. Él, de vez en cuando nos daba vuelta a ver cómo seguíamos con la muñeca de trapo, así le decía, y ponía quejas de Efe que a veces le incumplía en el trabajo. Me daba risa pero tristeza a la vez. De todos modos yo tenía que trabajar y no podía hacerme cargo de la abuela ni de Efe ni de la tía-abuela Cruz; todos. Allá en la casa quedaba la perra y el Corazón de Jesús y al frente doña Aurora si los quería vigilar. Yo no podía; mi destino no era si yo quería trabajar, sino que *tenía* que trabajar. Así son las cosas desiguales de la vida, que le toca enfrentar a unos y a otros no. Entonces quedamos con el tío carnicero que Cruz era mejor que pasara sus días de olvido con la abuela Aralia, la única hermana que le quedaba y que él ayudaba un poco con ese tejemaneje que me tocó.

Cada mañana saco las cremas del congelador de la nevera cuando están duras y las almaceno en el congelador portátil, una caja de *icopor* que monto en el todoterreno, al que ya se le ve el uso cerca del letrero de “Cremas, el fruto del Paraíso”, con un salpicón de letras pintadas de colores. Es un coche de los que alguna vez funcionó para sacar a dar una vuelta y asolear a un bebé de familia acomodada y ahora me sirve para cargar la caja con las cremas. Blanca la caja como

un bebé blanco. Ahora es un coche adaptado para cargar las cremas y buscar compradores en esta ciudad. Yo misma le pinté la carcasa de aluminio con laca blanca que me prestó Cancio para que diera la apariencia de más aseo, y competir a los paleteros que venden productos más caros como conos y galletas congeladas. Le engrasé los ejes de acero y plástico que le chirreaban junto a las ruedas y me fui empujando el carrito sin mucho esfuerzo, como si rodara sobre las nubes.

Todavía se ven como nuevas las llantas de caucho azul aunque se ensucian por la mugre de las calles, pero las limpio para no perder la apariencia de buena higiene en todas mis cosas. Por eso, también llevo un trapo para los chorreados, una jarra con agua donde despego la crema de los moldes de aluminio y una bolsa negra donde voy echando los recipientes que dejo de usar, para lavarlos cuando vuelva a la casa y hacer más y más cremas.

CORRERÍAS POR EL PURGATORIO

ME DESPIDO DE DANGER, Cruz se hace la dormida y la abuela reza –Con mis ojos atravieso toda la luz de tu cuerpo y tu magia toda, y tu alma toda, que brillan. Señor, perdona mis pecados y los del Zurdo... y los de Cruz. Protege a Efe y a Blanca y sálvanos del fuego del Infierno, y lleva al Cielo nuestros espíritus. Corazón de Jesús: En Vos confío.

Salgo todos los días a caminar por ahí con mi congelador rodante lleno de cremas entre hielos secos, en toda la variedad de sabores, y pongo siempre en la boca un tronco para fumar humo frío. Me prendo del manubrio forrado con cinta de la que usan los ciclistas para el manillar, para no ir a oxidarlo o a tallarme, empujo y salgo a mis correrías para vender los deliciosos frutos del Paraíso, y a veces digo: Llevando la crema que quita la sed; llevo la de coco, la limonada, la de mora y leche, ¿cuántas va a llevar?

Cuando alguien se acerca para comprar, lo primero que hago es mirarlo e inventarle un nombre que no le digo. Hay caras en las que reconozco que sus nombres comienzan con la erre, la Be, la efe de Ferchos, la O de Olivas y demás.

Me agacho, abro la tapa, sugiero pero dejo que el cliente diga el sabor, saco la crema, cierro para guardar el frío, le despego el vaso, sirvo, cobro, devuelvo, camino y empujo el coche y así gano... A la orden, a la orden, ¿cuántas más va a llevar?

El tipo canoso que me vende, cuando no es que me regala un buen trozo de hielo seco para conservar la mercancía fría, dijo que si forraba mi congelador móvil –la caja blanca– con espejos por dentro, eso haría conservar más el frío del producto. Además, decía que se veía un congelador enorme cuando se buscaba la crema que algún antojado fuera a comprar.

No me gusta que se vean los regueros, las fugas o las filtraciones ni las huellas de manos sucias o manchadas, porque así todo mi negocio parecería viejo, y la mugre acumulada espanta al cliente aseado. Es sabido que los sedientos no buscan los mugreros. Eso, el aseo y el calor atraen más que cualquier grito o frases de ofrecimiento para vender, aunque las palabras también ayudan para hacer dar sed o recordar que el fruto del Paraíso tiene buen sabor.

La gente pide la crema por placer, por la necesidad de calmar la sed o el hambre. Otros compran la crema por acompañar un cigarrillo o de puro antojo. Yo me guardo las ganas, me las he guardado congeladas, como esas ganas por conocer a los ángeles, a los que les rezo para que nadie me haga daño en las calles que se han vuelto muy peligrosas.

Para la correría hago muchas cremas de muchos sabores para que los clientes compren cuando se les sequen las lenguas. Eso deseo con todas mis fuerzas, que los compradores tengan lenguas de piedra pómez. Calzo sandalias que me hacen sentir más descansada y fresca para caminar la calle muy caliente y me pongo pantalón para no tentar al viento con una falda. Mantengo las uñas aseadas, pintadas con barniz rojo que me hacen ver con más edad, llevo gorra que ya está desteñida del agua y el sol, camisa blanca y chaleco de flores alegres con un bolsillo en el vientre para las monedas.

Saludo a Cancio que ya ha abierto su tienda, hago cuentas con él, paso por el atrio de la iglesia, me persigno y cuando tengo la primera venta, le agradezco a mi Dios por acordarse de mí. Me ubico por los alrededores del parque donde hay parejas o niños. Son los que más compran y a la salida de otro colegio, no el que era el mío.

Muchos quieren conversarme, como si el carro de las cremas fuera el lugar de encuentro de la soledad. Algo les digo sin enredarme con los clientes mientras paro para vender, también para curiosear cerca de algún tumulto o para descansar.

Saludo a los de la carnicería y miro si está Efe. Me expongo a la lluvia, al polvo, a los charcos y los pantanos, a la gente que viene y va, al tropezón de los elevados y los afanosos que van por la avenida y a los que hay que abrirles

campo o me llevan por delante, con coche. La estrategia de atravesarse en el camino es buena para enganchar clientes, pero ofusca mucho. Los compradores no siempre andan en esos tropes.

Hay que ponerle empuje y empeño a la labor, y un poco de fe y cuidado; el rebusque en las calles no es nada fácil. Como una tarde, que después de un desafío de fútbol, otra vez el Nacho, amigote de Efe y que le daba también sus miradas a Chiquita, me compró una crema de mora en leche y me salió con que “mamita una chupadita”. Con el antojado de crema, o de otra cosa, venía Efe y se puso a reír y se rió de mí con esa risa fastidiosa que ya conocía. Esa risa no era heredada de la familia de mamá, sería del otro lado del Zurdo, de mi papá. En el fondo, esas actitudes lo desenmascaraban, y desde ese día, porque me enojé mucho y les grité como lo hubiera hecho mamá, los de la cuadra no han vuelto a molestarme, aunque siguen siendo buenos clientes de mis cremas. Una cosa es que hagan charlas de doble sentido y otra muy seria, la venta de cremas. Y los vecinos se manejaron bien después. Me cogieron respeto. Mi Dios sabrá nuestro destino.

13.

EL IMÁN DE LA CARNE

ANTES DEL ÚLTIMO DICIEMBRE que estuvimos con mamá, yo todavía era virgen. No era por nada pero estaba guardando mi virginidad para cuando llegara ese novio que me quisiera mucho y ahí sí, pensaba yo, hasta delicioso aflojar conversadito, y conversadito iba a probar el asunto. Aunque en el fondo esperaba que un ángel, pero con dientes bien blancos, quisiera meterse conmigo. Buena prole sacaríamos.

Hasta entonces yo era muy elevada o tenía un Ángel de la Guarda o era el Corazón de Jesús de la abuela Aralia el que me protegía de los hombres que según me había dicho mamá cuando niña, de diez, nueve están pensando en sexo mientras se ponen a disimular con labia y coquetería. Tan ingenuas somos que siempre les corremos como si fueran *midiositos*. Me decían cosas pero aprendí a no hacer caso a tantas babas.

–Para saber lo que quieren los hombres –me decía mamá–, aprenda a leer las intenciones en los ojos que por ahí se asoman.

A mí me daba curiosidad por conocer mejor a ese muchacho que llegaba todos los viernes por la noche, arreglado y con una loción mentolada, y se compraba cuatro, siempre cuatro cremas y todas del mismo sabor a mandarina, un nuevo sabor que le recomendé. Era de apellido Gil. Después le encimaba un helado de lulo. Se las empacaba en una bolsa de plástico y no lo volvía a ver hasta el otro viernes. Supe que se llamaba Alejo. Pero el cariño y la gana me salían porque estaba en la edad en la que me crecían los senos y él miraba el escote y me gustaba que se quedara callado y más me encantaba así. Y yo seguía protegida. Eso era crecer, como había dicho mamá, y yo traía en la carne un imán y un peligro que podían ser problemáticos si no me sabía manejar.

Mi amiga Chiquita ya no era tan chiquita y tenía su gusto por el bruto de Nacho. Pero yo me sentía como una mandarina y no en crema, y soñaba, era mi secreto conmigo misma, que aquel Alejo me mordisqueara bien rico, casco por casco, me consolara, me defendiera...

Mamá nos comparaba a nosotras con las perras, que en celo no hay perra que se resista, por naturaleza, como a Danger que en celo la huelen los machos. A mí esas comparaciones me parecían ofensivas y sonaban chandosas, pero así hablaba ella cuando se ofuscaba.

BREA CALIENTE

A NACHO, EL AMIGO DE EFE e hijo menor de don Tulio Echeverri, el que a veces me perseguía diciendo cosas, le quemé la pierna con brea hirviente, por jugar.

Me empezó a molestar con Gil. La piromanía era un placer inigualable; eso fue antes de conocer otros placeres mejores con el hielo y con mi cuerpo.

Entré a la casa temblando y fui a llorar encima de un atado de ropa sucia que había en el baño en desuso, el de atrás donde dormía papá y después Cruz, pasando el patio techado. Sudaba frío nervioso y Danger me ladró hasta que le pegué para que no me delatara. Cerré los ojos y quedé en la oscuridad detrás de los párpados para esconderme como si apretándolos se acabara esa película terrible de afuera. Estaba agitada y oí aleteos (los pájaros de mi temor), oí mi corazón palpitando a mucha velocidad y como una mala pesadilla en el sueño de la realidad sonó el ruido afanado del timbre de la puerta y no era para comprar cremas; oí el eco de carcajadas de un programa de televisión que veía la abuela. También tapé mis oídos como si el escándalo me aturdiere

y los destapé porque de nada servía mi sordera mentirosa para un timbre ofuscado.

–¡Ábrame, por dios, señora Aralia! –gritó la que se pegó del timbre–. ¡Su nieto quemó a mi hermano!

Más que esa voz temblorosa y bullosa, sentí que entraron pasos afanados preguntando:

–¿Dónde está... que Tulio lo va a acabar? –y salía esa voz medio perdida de Cruz: –Sígase la atiando y ciérreme la puerta.

–¿Qué pasó Luisa?

–Su nieto dejó tostada la pierna de Nacho. –Le contó que su papá Echeverri había llevado a Nacho para la policlínica con la pierna quemada y envuelta en un cascarón de brea seca.

Cuando el desespero del tono de la voz apabulló los sonidos caseros, sudé más frío y me ardían la cara y los ojos.

–Lo va a acabar...

“Lo marqué de por vida” pensé y vino la imagen desbalanceada y arrastrada de la cojera de Patecumbia, el rengu que a veces le ayuda a Cancio y vende las cremas allá en el negocio. ¿Cómo sería la marca que dejaría el furioso de don Tulio Echeverri en mi cuerpo tímido (más visible que el quemón), la golpiza del pecoso hermano mayor de Nacho, la del propio Nacho cuando se aliviara y hasta Efe, y la cara de ira de Chiquita, los gestos gritados de Luisa...? Hasta oí los garridos de la lora en el asco del Infierno: “*La patica, la*

patica” y sus palabrotas endemoniadas: “*Silencio, a callar marica*”.

Ofuscada y confundida, la abuela Aralia le cerró la puerta en las narices a la vecina sudorosa y se fue derecho a darse una bendición donde su Jesús, encendió un cigarrillo y fue cerca de la Singer, donde rebotaban las malditas risas del televisor.

–Hágame el favor muchachito, venga para acá y me dice, ¿qué hizo?

Cogió al necio de Efe y sin creer lo que él decía: –Yo no hice nada –lo zarandé y le dio palmadas como si fuera todavía un mocoso: una, dos, tres... muchas-. ¡Acaso fui yo! –Ella no creyó y lo siguió zurrando... catorce, quince, ya eran correazos... muchos.

–Cuando venga el Zurdo, el día que sea, le digo para que él también le dé su merecido –y fumó.

Escondida, oí el sonido de la furia y más me confundí.

Las risas del televisor seguían el ritmo de los golpes... muchos golpes. Ella los daba, Efe ponía el cuerpo y yo oculta en el baño en desuso de la pieza de atrás tenía el valor magullado y ni se me pasaba por la cabeza salir y decir que todo era un error, que había sido yo y no Efe. El sonido me laceraba el doble como si aquellos golpes los hubiera recibido en mi espalda desnuda, en los muslos... muchos. Mi cuerpo ardía temblando del pánico, pero me quedé escondida, acolorada y acobardada.

Temblé, me tapé los oídos para no oír los golpes y apreté los ojos como si cada golpe que le daban a Efe yo lo sintiera con más dolor. Efe era un malcriado que por orgullo nunca lloraba mientras lo golpeaban, y eso más ofuscaba a mi abuela y más duro le daba, pero él no mostraba ni un gesto de dolor.

Después del escarmiento, Efe fue a buscarme debajo de la cama de la abuela azotando las paredes con un trapo rojo y allí no estaba; Danger lo acompañaba; pasaron el patio enrejado y me buscó en la pieza de nosotros y tampoco estaba allí; oí que se acercaron los golpes del trapo contra las paredes hasta la última pieza, el escondrijo de la ropa sucia en el baño en desuso donde yo temblaba y abrió la cortina de plástico... y la perra ladró. Fue la maliciosa de Cruz que seguía viendo la televisión la que sopló en dónde estaba yo. Él no dijo nada cuando me encontró. Asomó esa risa jodida, se pasó a ras un dedo sobre su garganta como si fuera un filo cortante, se metió el trapo rojo por el cuello de la camiseta como si el color fuera el de un chorreado de sangre y mirándome fijamente con tono de amenaza, asomó la lengua de lado como si estuviera desprendida y Danger se asustó. Él no dijo nada.

Le lloré, me cerró la cortina, la perra se quedó conmigo y estuve ahí mientras él se ató el trapo como un turbante en la cabeza y volvió a la sala a ver televisión un rato antes de salir a preguntar cómo había quedado su amigo.

Esa noche me dio fiebre y me salieron fuegos en el labio.

Después inventé que todo fue un accidente, lo hice sin mirar a los ojos, para no caer. Lo cierto fue que Nacho me había dicho porquerías y no sé qué de Gil y me ruboricé con la amenaza que hizo. Nacho me forzó a prenderle su pierna porque con su postura desafiante casi tropiezo con una hoguera que derretía brea dentro de una caneca metálica, brea burbujeando calor, brea ardiendo, brea con olor dulce y fundiéndose para impermeabilizar la madera del techo de una casa en construcción.

Como jugando unté un palo con esa brea, y como jugando salí a perseguir al burletero de Nacho que hacía groserías con las manos, yo chorreaba hilos negros y puntos que brillaban como ojos en la tierra, rocío oscuro e hirviendo en la hierba, jugando a que no me caía nada a mí, como un cocinero que va a probar el punto de cocción de un chocolate espeso, goteando, caliente... Cayeron parches retintos en su ropa y en su piel, lunares que quemaban... Y lo alcancé para ponerle ese palo untado con brea en la pantorrilla derecha y desnuda. Se lo restregué.

Me aterroricé cuando lo vi ardido y doliéndose con gritos de animal herido, sin poder tocarse para no quemarse los dedos, con esa pierna ennegrecida como un carbón, apretándose desde el muslo para que no le trepara más el dolor por el cuerpo como si el fuego lo abrasara, mientras gritaba groserías del pánico y del ardor, y que se iba a desquitar.

Me impresionó ver la pierna derecha con una costra ardiente que se fue secando, una concha oscura y brillante en la pantorrilla de Nacho quemándole la carne. Recuerdo aquel olor.

Al otro día la abuela Aralia me obligó a ir, sola, después de pasar donde Cancio y comprarle cigarrillos, para pedir disculpas a don Tulio, que estaría como un tití león y ni le dijo perdóname a Efe.

Abrió el pecoso, un tipo pacífico hermano de Nacho: –¿Usted fue la del quemón? –y me dio un manotazo en la espalda; la marca del golpe que enrojeció la piel me duró el día entero. La quemadura de Nacho ardería más. No dijo nada del quemado. No había nadie más en la casa. Y yo de pena no volví a acercarme a Chiquita que de seguro me empezó a odiar por lo que le hice al muchacho que a ella le gustaba. En cada salida a vender cremas temí encontrarlo.

Al mes y medio vi a Nacho que abrazaba a su nueva novia: Chiquita. Me ruboricé, entonces se rieron de mi cara colorada como si la risa se multiplicara, parecida al tono de las fastidiosas risas de los programas de televisión que se repetían hasta el cansancio.

–Mirá Blanca cremosa esta huella que me dejaste marcada el otro día por ese Alejo Gil.

Creí que lo había dejado cojo, que tendría la piel de esa pierna templada y brillante como una tela sintética o mojada, o como la cicatriz del vivaracho que finge y pide limosna

en el parque. Entonces Nacho se subió la bota del pantalón hasta la rodilla, volteó la pierna derecha sobre la otra y apoyándose en el hombro de Chiquita mostró una cicatriz en la pantorrilla, no mayor que la lúnula de la uña del pulgar; un rasguñito de casi nada.

Y Chiquita que abrazó con firmeza a Nacho en equilibrio, se rió de mí...

Y yo me reí nerviosamente de mí.

Y Nacho se rió de mí y de Gil, y se rió de él mismo imitando al cojo que trabaja con Cancio.

Y ella se rió de él: –¡Tan payaso este rengo patecumbia –como una risa salida del televisor.

Y también recordé la risa con tono de ladrido de la lora Sol.

–Y yo me reí de él hasta que se fueron y no oí más las risas burleteras cuando voltearon la esquina.

Con aquellas risas sudé el perdón que dio alivio a mi vergüenza.

15.

LOS RECOSTADOS

MI MAMÁ (mi Dios la bendiga) se hizo perder el respeto por Efe. No ve que lo contempló más de la cuenta antes de perderse. Cuando era un bebé gordito le dio el alimento del seno mucho tiempo y después le hacía comidas aparte y le daba un dulce y le decía mi Efecito tan lindo para acá y él ahí y ¿quién es el amor mío?, y él como una pegadilla y también lo bañó y lo enjuagó hasta muy grandecito.

Él antes de lo de la carnicería no hacía otra cosa que asolearse en el patio enrejado o en el solar con los pájaros cebados, no ayudaba en nada y para él todo era como la frase que no sé a quién se la aprendió, “esto me lo merezco”, como esperando que del cielo le lloviera la comida, que la casa se trapeara sola y las camas se tendieran con sólo levantarse y para qué digo más. Siquiera que papá no estaba por aquí porque lo hubiera acabado a correazos (que mi Dios me perdone), o hasta así, de pronto lo hubiera compuesto.

Yo dejé que la vida lo fuera moldeando y no me di cuenta de que la abuela lo estaba resabiando más, y peor, se volvió malcriado, hasta el punto de que cuando llegaba el primo

Tocayo, Efe se ponía a estorbar y Tocayo, muy querido, se ponía a jugar conmigo, desde muy niña, hasta que fuimos madurando.

Sin ser todavía una mujer grande, me tocó el papel de mamá y cuidadora a la vez, con la fiera sin domar de mi hermanito. Era como si me tocara hacer el mandado de adoptarlo, y sin pedírselo al cielo. Desde ahí me aferré al Señor que lo conocí a través de Primo, no de la figura de la abuela, ese Corazón era de ella, y seguí con el negocio de las cremas, que me salvó.

Los otros tíos ¡descarados! mandaban a decir que no tenían con qué sostener a las viejas: –Tranquilos –decían–, que Cruz no va a ser difícil cuidarla, se cuida sola; y Aralia se les va a poner tan calmada como un pajarito.

Era por cubrirse los pellejos, que si daban la cara podían salir desnarigados. Además, nos mandaron a decir esos endemoniados, sin dar más razones, sabiendo que andaban en motos grandes y podían subir a la cuadra, que así la vieja nos hacía compañía. Pero éramos nosotros los que le hacíamos compañía a ella, que ya refunfuñaba sola y con la inútil de Cruz que seguía escapándose de la casa mostrando el torso desnudo y oliendo mal, resplandeciéndole las manos con venas azules y una falda fea. A veces Aralia hasta olvidaba apagar el televisor y se la pasaba esperando que los hijos calaveras no salieran en un noticiero, por sus malos pasos.

–Perdona mis pecados y los del Zurdo... y los de Cruz.

Protege a Efe y a Blanca y sálvanos del fuego del Infierno, y lleva al Cielo nuestros espíritus. Corazón de Jesús: En Vos confío –repetía entre dientes mientras fumaba. Por eso creo que ya no tenía lágrimas y apenas le quedaban unos corotos y su máquina de coser, la religión de las estampitas, las veladoras, los cigarrillos y esa repetición de “bendito sea el Señor” como si se aliviara por la boca.

–Con mis ojos atravieso toda la luz de tu cuerpo y tu magia toda, y tu alma toda, que brillan.

Yo no quiero recordar nada de lo malo con el primo Tocayo.

–No tenés que decirle nada a la abuela de cuando jugamos ni lo que jugamos, ni a nadie contarle de esto. –Me decía que era como un secreto de callados, eso que no queríamos que nos vieran haciendo– porque es sólo de los dos, tuyo y mío, de nosotros dos solos y de nadie más. Nadie tiene por qué saber de lo de nosotros. –Y me hacía prometerle que no se lo iba a decir a la abuela Aralia, y una vez me hizo jurar y le juré, porque era entre los dos y dos es uno más uno.

El primo me hablaba de los sucios y de las palabras del Señor que limpian las culpas. Y Efe hacía repulsa porque decía que ese Tocayo no sé qué conmigo, entonces el noble del primo Tocayo le daba un mandado del tío Diego para la carnicería, y Efe salía maldiciendo como un diablo chiquito (ese Gil sí que sabrá...), pero así nos dejaba en paz. Tocayo me advertía sobre el daño que me podían hacer los asquerosos

si les abría campo en mi vida. Se esmeraba cuidándome, jugando, acompañándome y a nosotros más nos gustaba quedarnos solos. Además fue a Tocayo a quien le aprendí lo de los secretos, que todos llevamos alguno y que se dejan ahí en reposo por dentro como un silencio para los otros. Antes rezaba con la abuela enfrente del Corazón de Jesús y por los de mi casa. Prendía una veladora, le hablaba cosas a la imagen, más bien a la llama, soplaba y pedía que esas cosas clave que nos hacían falta se dieran mientras el pabilo se ponía negro en la oscuridad. Y mientras el pabilo se extinguía quedaba en él un punto rojo quemado, una pequeña cabeza roja que se apagaba hasta quedar negro. Pedía vivir bien, triunfar con mis cremas, mucha salud y que no nos pasara nada (y otras cosas que si las cuento, de pronto no se me cumplen).

Efe se escapaba de la abuela Aralia como una tórtola del solar; no le gustaba que estuviera afuera con sus amigos, esos muchachos grandes que lo podían duplicar en años y en estatura, en especial Nacho, pero allá él; se suponía que ya estaba más que crecido el carnicero, ese era el decir de la abuela para justificarle todo. Acaso crecer suponía callejear. Pero quién le decía algo a ese par cuando se juntaban. La abuela fue la uña y Efe la mugre cuando nos dejó la mamá. Además que yo no quería verle su enojo, porque, no sé si a raíz de los dolores de cabeza o de herencia, resultó con la misma bravura de mamá y hasta encogía la cara igual que ella y se afeaban así con ese genio. Y más que hacerme dar

susto con las rabetas, sabía que esa brusquedad no siempre era conmigo sino que en el fondo se trataba de pura debilidad y eso más bien los ponía bravos con ellos mismos. No sabían cómo hacer para controlar el humor, en vez de aprenderle a la silenciosa Cruz que se pegaba del televisor como un mueble. Yo no sé por qué no se les avinagraba el bocado de la comida. Además, Efe por contemplado de mamá y ahora sobreprotegido de la abuela nunca aprendió ni a servirse un vaso de leche. Se encendía de rabia hasta cuando le cambiaba fundas a las almohadas y le decía que jalara las puntas. Se estaba volviendo un inútil ese muchacho y la abuela no hizo nada por eso más que alargar las contemplaciones hasta el punto de que tarde o temprano se iba a reventar ese caucho de tipo.

A veces pienso que si yo hubiera nacido macho, aunque mamá se hubiera ido, me iría mejor, y no tendría que vender las cremas que hago, ni tendría tantas responsabilidades.

Ya mi hermanito era un joven y sabía cuidarse solo, afuera, aunque aquí adentro de la casa no movía ni un dedo. Si lo movía, era con ese vicio aprendido de papá, indicando que le pasara la salsa de tomate, porque abusaba de la salsa de tomate hasta el punto de que se le volvió un vicio.

Yo tenía que mantener la botella en el clóset, detrás de las mejores camisas con las que salía a vender cremas e ir sacando salsa de a poco para cargar el tarro plástico, a ver si así se le quitaba el antojo. Lo que sí me dio dificultad fue quitarle

el otro vicio, ese de comerse las uñas. Lo que aprendí con Cruz fue que untándole ají o pintándoselas hasta la madre con un barniz especial, servía... y no valió; se las comía casi hasta la cutícula y la contra lo estimuló más porque terminó comiéndose las uñas de los pies también. Yo le decía, por hacerle dar susto, que si seguía comiéndose las uñas se iba a volver mocho como don Vladimir y él muy grosero me contestaba que ojalá, para que diera lástima y así trabajar menos. Ya dejo que se alivie solo si quiere, desde que me dijeron que eso y lo de la salsa de tomates era de nervios. El día que se tranquilice se va a curar solo, o pienso que el día que le coja la mano a una mujer, porque le dará pena tener los dedos trompones y cambia o lo cambian.

Pero lo que pasaba en esos momentos después de lo de mamá era que Efe se estaba perdiendo, ya no iba casi a la carnicería Santa Fe y se las daba de echado conmigo. Recostado como la Cruz enferma. Y exigía como si yo tuviera la obligación de cumplirle; cuando no lo hacía, porque no, se ponía furioso con una furia grosera aprendida a los vagos esos de sus amigos, y sumada al geniecito que le heredó a mamá. Yo al menos le heredé fue el lunarcito, y los ojos y veía que la herencia día tras día me estaba inflando el busto; bendito el apellido de mamá.

16.

TOCAYO

EL PRIMO TOCAYO se consiguió mi teléfono y él me dio el suyo en un papelito. Vi que escribía con la zurda, y las letras y los números aprendió a trazarlos al revés, es decir, con la base de las letras hacia arriba y el punto de la i para adentro, señalándose el ombligo. Así que ese nombre de pila que tenía (ni lo digo por feo) se lo cambié y desde ese momento le dije Tocayo como le decía todo el que lo conocía (este con ese nombre raro no tendría otro homónimo o tocayo). El tío Diego, su papá, me dijo, era también zurdo como mi papá. Tocayo me dijo que saliéramos y yo no pude, y otra vez que saliéramos y estaba muy ocupada haciendo las cremas, partiendo los palitos... y yo, que después y el Tocayo insistió y por fin salimos por ahí cerca del parque, al escondido de la abuela.

Tocayo después de saludar soltaba unos silencios raros y despegaba a conversar hasta por los codos. Nos cogimos confianza pero yo no avancé más por algún tiempo. Todo se puso tan simple. Cuando iba, hablaba mucho por ratos y se quedaba mudo también por ratos, como ido. Sería mejor

que se quedara callado para poder entrar en él con mis palabras. Entonces cuando nos despedíamos por teléfono o si estuviera en el zaguán, me decía:

–Espere... espere –como si tuviera más cosas para decirme, algo importante y soltaba de golpe–: ¿Te gustó?

Sin dejarme responder, después me hacía siempre la misma pregunta –¿Cierto que vos no me odiás?– Como no dejaba que le respondiera, se desencajaba y me decía que lo perdonara una y otra vez, y yo, ¿por qué? Y él decía siempre algo distinto, que no fuera a pensar que él era un perezoso, no, no, que no pensarán eso de él.

–¿Que piensen qué?

–Que me odian, no me gusta que me odien.

–¿Y quién te odia?

...Y él repetía asustado –Vos no me odiás, ¿cierto? –Al fin no decía nada más que lo mismo–: pero no me odiás, ¿cierto? –y yo no sé de dónde sacaba eso, entonces me daba una ofuscación como la que le daba a mamá y yo le colgaba el teléfono antes que él pidiera perdón y que se quedara esperando con la bocina hasta que yo le perdonara, por qué sé yo.

Algunas veces le tiré el teléfono y me dejaba rabiosa y mal, siempre con lo mismo. Yo creía que se trataba de algo que no sabía decirme y volvía a llamar y era calcada la llamada: –¿Cierto que no me odiás?... Perdoname, perdoname –y yo me quedaba en silencio sin entender... y como no había

más palabras para decir que un simple no (¿O sí?), él colgaba antes que yo y así quedaba tranquilo. Yo no sabía qué hacer con esos silencios tan raros.

No valía ir de afán con él, me gustaba más Gil que veía cada semana al venderle cremas, por eso al principio me frenaba tanto. Cuando me llamaba y la abuela o Efe le contestaban, él colgaba y yo sabía que era él cuando decían: –¡Ahí volvió a llamar el mudo!– Pero el mudo no era Gil sino el primo. Y volvía a sonar y era Tocayo –que es que... es que... –y no decía nada más mientras el silencio se acomodaba entre los dos como cuando parloteaba y no dejaba hablar, como si el silencio tuviera algo en el fondo que me dijera lo no contado a nadie, entonces le ponía cuidado a la respiración y a veces soltaba un moqueo. Me daba lástima de él y le decía que tranquilo –y como si no me oyera, pero no me atrevía a colgarle hasta que no aguantaba y adiós, pero ahí mismo repetía–: ¿Cierto que no me odiás? –...No–.

–Perdóname, perdóname –y le decía que sí y colgaba más tranquilo, lo sentía en la respiración.

Él era un acosón y con él, a veces sentía que desperdiciaba el tiempo. Si la tierra sólo da una vuelta en un día, ¿para qué se mantenía de afán como si no le fuera a alcanzar el tiempo?

Nunca fuimos al zoológico, nada familiar, aunque fuera el hijo del tío Diego. Ni montamos juntos en un bus, nunca traía una palabra nueva, un regalo para mí, ni fuimos a una

heladería, ni a una novena, ni a una comida, ni entramos en una tienda, no supe cómo mascaba, no vimos juntos un atardecer, ni la lluvia, ni fuimos a un cine. Yo no podía hacer algún plan con él para un programa porque siempre me salía con algo que no podía, que no debía, que era muy difícil, que otro día, que tal vez, que no podía ser, ni una carta, ni un detalle. Jamás vimos la luna juntos, ni una estrella, ni tan siquiera una avioneta. Apenas estuvimos caminando, sin sentarnos en la hierba del parque. Nunca me acompañaba ni a comprar la leche para los turrónes con coco o los Pielroja de la abuela, ni siquiera a ver un atardecer o sentarnos por ahí distinto del zaguán.

Durante unos meses este enredo con Tocayo estuvo escondido sin salir ni a asolearse, metido en un rincón como si fuera un pecado que había que esconder, como a Cruz o una enfermedad contagiosa.

Había muchas palabras que sobraban.

Me fui bloqueando para soltarle más mi afecto y me puse más recia para decirle que lo comprendía pero que él era muy raro conmigo, con esos silencios y aflojaba ahí mismo la lengua como si diciendo cosas se borrara su comportamiento. Pero sola me daba cuenta de que eso de los dos no funcionaba y no valía contárselo, para que me repitiera “¿cierto que no me odiás, y lo demás...?”. ¡Qué cansancio con ese cuento del tire y afloje y adiós y lo del perdón y él que no le cuelgue porque...!, nada y lo mismo, lo mismo.

Ring, llamó el mudo. Y era el Tocayo con sus hermosos dientes blancos. ¡Ah!, digamos que aquí somos sordos y no volvía a contestar y ese ring era desesperante... descolgaba y lo dejaba ahí tirado en la bocina sin ponerle cuidado, me entraba, y al rato iba y colgaba el aparato que Danger olfateaba como olía a Cruz y sanseacabó.

Una vez me ofuscó tanto que le grité: ¿qué es lo que quieres conmigo?, solté el rollo de una vez, decí con palabras claras lo que tengás para decir y no molestés más, y él moqueó; dijo que quería salir conmigo para decirme algo importante y eso fue el día que Alejo Gil me invitó a salir, entonces le dije que listo, que otro día, estaba cansada con el primo, pedí permiso a la abuela para ir con Gil a comprar frutas (y era de verdad al parque), y ella me dijo, entre humo parloteado, que llevara a alguien más conmigo.

17.

LA NOCHE ADENTRO

CUANDO SALÍ DEL BAÑO, la abuela dijo que el maldito mudo había estado llamando hasta el cansancio, timbre y timbre y timbre el teléfono y nunca era alguien, hasta que no aguantó ese ring de nadie y desconectó el aparato. Primo escondido.

El tiempo era un resorte y el viento soplaba desde el cerro. Lo conecté y ahí mismo timbró el teléfono y creí que se trataba del mudo, iba a empezar, no, otra vez, entonces le dije que no más por favor, que no empezara otra vez con lo mismo, y el del otro lado se intimidó. Dijo que estaba bien, que ya iba por mí y me iba a decir algo. Esa llamada la hizo de un teléfono público por la bulla que se oía al fondo de buses y de más gente y de un vendedor de lotería. Y llegó como un tiro, parecía que hubiera llamado de la tienda de Cancio o del parque y estaba sudando en la frente. Le regalé una crema de leche con bocado de guayaba para disculparme por la equivocación (era Alejo Gil) mientras terminaba de peinar las trenzas y nos fuimos. Pasamos por Chiquita.

Ahora ese parque me recuerda la época de Alejo y no se me olvida el primer día que estuve con él, ¿cómo voy a olvidar al primer hombre que tuve?

Cuando dejamos a Chiquita (el candelero) y volvimos a la casa, pasamos donde Aurora por Cruz que la abuela la había prestado, y era lo mismo si estuviera dormida o despierta que dormida bien dormida, y entonces comimos algo debajo de la mirada del Corazón de la abuela y la llamita eléctrica. Me puse a ver televisión con Gil y la abuela, hasta que ella cerró los ojos, la acostamos y empezamos a querernos.

Él me desvistió y me hizo lo que decía Efe que quería hacerme; sí, me dejé orientar y ya no fui más virgen.

Y Efe no sé cómo se dio cuenta de si los ojos de la abuela y en especial los de Cruz estaban en el quinto sueño y él no estaba por allí. Me chantajeó cada vez que pudo con lo que pasó esa noche, y otras. Que lo iba a contar a los amigos, a los tíos, a la cuadra, a la abuela, a papá, al primo, a todos cuando fueran a comprar cremas y se acabaría el negocio. Le dije a Gil que Efe me estaba amenazando y más le valió no haberle dicho nada a él porque dejó de darle plata por su silencio y le dijo que la próxima vez lo iba a cascar. Nunca lo había visto con las orejas rojas de la furia.

—Es mi palabra de adulto contra la suya, cuñadito —y yo oí que le recaló que nadie le iba a creer lo que dijera, así que era mejor no meterse más con nosotros. Pronto se desencadenó el chisme y Gil cumplió lo que dijo.

Fue por amor que le pegó una paliza a Efe, se lo merecía, y este le reviró; ellos tenían una cosa que arreglar y era entre varones, y lo arreglaron. Después Gil me contó que Efe le salió con un chuzo de carnicero cuando le mencionó lo de las sobas, y que lo amenazó de no sé qué cosas.

Así, cómo no iba a cambiar mi relación con Gil. Yo era de él porque él fue realmente a quien quise primero. Desde entonces cargo algo que vive en mi interior y siento que hasta por fuera voy cambiando igual que si tuviera piel de culebra, con la diferencia de que esta piel arrancada me sirve para proteger la niña que todavía llevo conmigo. Así me camuflé para conocer a los otros, que es tan difícil. Eso lo aprendí en la práctica y dándome tropezones.

Yo no le dije nada a la abuela de Tocayo ni de lo mío con Gil, para que no me dijera nada y nos cuidamos de que Efe no se diera cuenta de nada más. Qué se iba a enterar ese de lo que hacíamos si vivía como un parche en la esquina de la otra cuadra y no había quién entrara a ese rebelde a la casa. Y es que Efe le tenía respeto al primo por ser el hijo del tío carnicero y a Gil...

Tal vez mamá, si estuviera con nosotros, sería la única en torear a ese Efe.

EL CHARCO

¡VOLVIÓ A LLAMAR EL MUDO...!

Esta vez le colgué el teléfono y se enfureció.

Volvió a llamar para reclamarme y decirme que yo lo había descolgado y que ya venía para donde mí, que con quién andaba (celoso el Tocayo), entonces le dije que no más y desconecté.

Ese día yo estaba con Chiquita hablando de gustos y se apareció a tocar desesperadamente el timbre, ni que fuera a comprar todas las cremas, ese toque tan brusco pasaba el límite de la decencia. Yo me hice como la que no oía y él se pegó del timbre (yo no podía salir donde él) y me escondí en la pieza de la abuela que estaba en misa. Pero el Tocayo sospechaba que me le estaba escondiendo, lo supe porque gritaba:

–Blanca salí que soy yo, Blanca, sé que estás ahí. –Y yo me hice la que había salido y le dije a Chiquita que silencio.

Y fue hasta que del patio de atrás, por las celosías, comenzó a gritar don Tulio Echeverri que si no íbamos a abrir la puerta, con un grito más alto que la bulla del timbre, y más

alto Chiquita salió a defenderme porque ya no le gustaban los Echeverri y gritó que dejara de ser metido, que eso era cuestión mía; yo no me asomaba y él decía que eso era cuestión de él también porque la bulla del timbre le llegaba a toda su familia –y a mí qué me importa –le decía Chiquita, “Ah. Cacaíto sí. ¿Ah?”, como el eco de la lora.

–¿Con que no?

Entonces supuse que algo le iba a hacer y grité duro –¡ya, ya, déjenos en paz que el asunto es sólo conmigo! –pero el vecino ya le había vaciado un balde de agua al Tocayo que seguía como un chicle pegado del timbre.

–Dejen esa bulla –decían de otros lados con más bulla que el gastado ruido del timbre. “Silencio, a callar”. Y cuando supe, por el sonido del chorro de agua, que ese viejo de arriba lo empapó, me dio pesar del Tocayo y le dije que ya iba a abrirle pero que se soltara del timbre, que ya había oído. Pero no soltó el botón hasta que abrí la puerta y le dije que dejara la torpeza.

Ni viendo a Chiquita se cortó: –¿Usted me odia? –fue lo primero que dijo, temblando, mojado hasta los zapatos, indefenso, y me dio pesar gritarle que a qué venía donde mí, que se largara, y me conmovió verlo aturdido. No valía enojarme más porque esos ojos del Tocayo transmitían un odio raro que le desencajaba la mirada como a una fiera al acecho.

¿A qué viniste? Y él no dijo nada y siguió mirándome fijo con esos ojos que ni espabilaban y de reojo miraba a mi

amiga. Otro silencio que me mordía de la ira. Él siguió callado, escurriendo agua. Y me provocó decirle que me dejara en paz pero no sé si por instinto de defensa lo cogí a golpes en el pecho, le di puños varias veces en el pecho y él se dejaba y no quitaba su mirada ni un segundo sobre mí y le vi esos ojos encharcados, no por el agua del balde, ojos que me perforaron con una tristeza rara que lo quise abrazar, sin temerle y se quedó tieso y no se dejó; lo vi temblando, entonces sin permiso me le lancé a abrazarlo, ya no hizo repulsa y se puso a llorar como un niño. Él parecía de trapo y se descargó entonces que si lo odiaba, y le dije no más, que me estaba volviendo loca, que si seguía con eso de veras lo iba a terminar odiando y lo solté pero él ya no me quería soltar y miró para todos lados y no sé si se puso bravo o se hizo el bravo y me apretó pero me le despegué y cambió la bravura por una confusión, no dijo nada más, le dije que le iba a traer una crema para que se calmara. Chiquita pasó el patio enrejado, entró hasta la cocina, se persignó viendo al Señor iluminado, le trajo una crema de mora en leche y él me pidió una foto, me pidió un vaso de agua, se quiso entrar, que si le prestaba el baño y no lo dejé. Le cerré la puerta para que no se entrara, fui a la cocina, abrí la nevera, remoqué la cubeta con los turrone de coco, me metí uno a la boca y le llevé otra crema a Chiquita y cuando abrí la puerta de la calle, ya no estaba. Se había ido. Quedó el charco y la crema en el charco. Entonces me devolví para la pieza a armar el

rompecabezas con Chiquita, no le di muchas explicaciones porque no las había.

Oí un estruendo de vidrios rotos afuera, salí y don Tulio mentaba madres y escupía sobre el charco, y que tenía la culpa como si yo hubiera sido la de la pedrada, y que si lo veía por ahí rondando, se las pagaría todas, como si fueran más, y volvió a escupir mientras recogía los trozos de vidrio roto y no paró de maldecir hasta que cerré la puerta, y con Chiquita, no aguantamos la risa que taponamos para no ofender a esa fiera de señor.

EL AFÁN

DECÍAN QUE TOCAYO tenía una colección de santos con otra de mujeres pegada a las paredes de su pieza y que le había enseñado malos pasos al necio de Efe, dándoselas de conocer el buen camino y otras yerbas. En el barrio lo conocían por esa marca que alguien le había dejado en el brazo, aunque se le tapara por velludo. También decían que él hacía hervir los ojos con su mirada alargada, que hacía explotar el centro de gravedad a quien mirara y cuando le venía en gana. En sus veintitantos años de balde, Tocayo había aprendido a meterse con sus ojos hasta ese foso interno y jugoso que todas tienen, para pestañarles que eran suyas, sin amarlas. Le brotaba un talento felino para joder a las mujeres y hacerlas arder. El resto de su tiempo se la pasaba plácidamente echado y mantenido.

Eran tiempos difíciles. Un día llovía cuando el primo Tocayo se apareció con la camisa remangada debajo del impermeable naranja y una canasta con carne para dársela a la abuela que andaba afuera o donde Aurora. El tío Diego a veces enviaba algo para comer de su carnicería Santa Fe.

Blanca: –Éramos gente con dignidad, no zarrapastrosos y gritones y violentos como los de arriba, los Echeverri, sino resignados, aceptando el destino y yo luchaba con el negocio de helados para salir adelante. Ese era el único trabajo, y la abuela hablaba bien del primo para que hiciera algunas tareas de fuerza, y seguía encartada a veces con su hermana Cruz, ausente de la realidad.

Blanca siempre esperaba que él saliera con algo nuevo y no con la mudez extrema que le conocía y con su coquetería de primo que había cambiado, sin acosar más. Esta vez era distinto. Cuando despegaba por fin la lengua, él le daba ánimo con el negocio de las cremas, comiéndose un turrón de coco en leche y la exaltaba contándole asuntos místicos de la religión a la que pertenecía, de la maldita moral de roca que labraron las anteriores generaciones a punta de moji-gatería solapada, torpezas, orgullos y palabrerío a media lengua y le recalca que no era pecado ser pobre. En el fondo, él sabía que su prima tenía la carne madura que lo seguía antojando.

A él se le notaba en el gesto ansioso que tenía algo nuevo para decir pero no lo decía y algo nuevo para hacer pero no lo hacía y eso lo notaba hasta Danger que no se le separaba, como protegiéndola. Y aunque estuviera remangado, se quería remangar más y luego se desabotonó la camisa.

–Esto es entre los dos. Apagá los ojos, sólo entre los dos –y ella confiando en el cambio de actitud y con los ojos

cerrados rezaba la oración a las ánimas: "...Y si mis buenas obras no bastaren para satisfacer por lo que deban, quiero pagar en la otra vida lo que faltare a la satisfacción".

Él le decía –no hagás bulla. ¿Los has visto? –y le preguntaba mucho eso buscando a nadie mientras que ella no los veía por ahí, no sabía si eran de verdad o jugando, no entendía por qué se sentía de nuevo acosada, entonces el primo decía groserías para que *ellos* se fueran, como si amedrentara insectos o pavesas, y salió la perra medio espantada; un tormento para los demonios de humo.

–Cuando le daban esos impulsos, muchas veces, tuve miedo de que nos pasara algo como a la tía-abuela Cruz, pero ¿tan joven y ya con eso?

El último cuarto de la casa de la abuela además de ser la pieza vacía de papá, con láminas pegadas en las paredes y un anaquel con libros, sirvió para guardar cosas. La pieza de san Alejo, cerca del último patio tenía un inodoro inservible detrás de una cortina de plástico y en el baño un tubo sin ducha salido de los baldosines, por donde nunca corrió una gota de agua, ni para aliviar la sed del perdón.

A veces, Blanca se metía sola detrás de la cortina plástica del baño o entre las cosas que la abuela guardaba con algunas reliquias inútiles, un arrume de retazos y rollos de papel y entre los corotos estrujados, ollas con alguna abolladura y bastantes cachivaches, Aralia acumulaba la ropa sucia de la semana en un talego para cuando fuera lunes. Esas mismas

cosas siempre estaban en sus sitios: sobre el inodoro malo. Allí Blanca se ponía a pensar en sus cosas y en los suyos. En ese cuarto también estaban arrinconados varios traperos que, nudo a nudo, con tiras de hilaza sobre una cabuya que enrollaba en un palo, había hecho el Zurdo antes de irse para otro lado, y en cajas de cartón se ordenaban algunos recuerdos. ¿Dónde estarían las bombillitas azules y rojas y verdes de los alumbrados de diciembre? ¿Dónde estaban los muñecos del pesebre, las revistas de historietas, los álbumes donde Blanca se veía creciendo y abrazando a quienes ya no estaban? También había enrollada una hamaca, los manteles de una mesa grande de comedor que tuvieron, esa muñeca de trapo que hizo la abuela, las macetas sin ninguna planta y tantas cosas más.

—Con el primo Tocayo no vi una cometa afuera, el aguacero nunca nos cogió juntos ni nos mojó, como si entre él y yo no hubiera nada. Nunca estuvimos horas enteras juntos sino horas partidas por el afán.

Los dos se fueron un poco acosados para que no los encontraran allí detrás de la cortina de plástico, ni la lluvia, un afancito, decía él, que era como estar en un escondijo acompañados, sin que nadie se metiera con ellos, sin que la abuela Aralia ni la televidente de Cruz, ni siquiera la perra Danger que encerraron en el solar se enteraran... No le haría daño en algo que hacían al escondido y ya que venía confiando en él.

En el fondo, Tocayo era bueno porque una vez que estaba más hablador que de costumbre le dijo, casi arrepentido, que eso que hacía a veces con ella era sin querer, que ella lo iba enloqueciendo y los sucios lo mandaban y que no podía atajarse.

–Yo no entiendo que él tan grande y tan fuerte que se veía, se dejara dominar así. Es que a veces no parecía él, cuando me cogía duro del brazo y me asustaba un poco y sudaba mucho. Otras veces era otro porque me decía que lo tocara y lo abrazara, como si se hubiera arrepentido de lo que hacíamos, y yo lo apretaba contra mí como si abrazara un niño y decía:

–Si ellos se van sería más fácil.

–¿Quiénes?

–Los sucios –repetía como si en las ropas se hubieran quedado las energías de muchos, todos mugrosos.

Guardaron el secreto de lo que hacían como una obligación familiar. No se avergonzaban al dejar desprendido ese pecado de calentarse los dorsos en cada apretón con ese fuego cercano.

DETRÁS DE LA CORTINA

NO SABÍAMOS QUE la abuela había llegado tan pronto de estar donde la vecina Aurora, no le habíamos oído golpes en las ollas ni los pasos. No oímos a la abuela que después de tomarse el tinto y encender un cigarrillo cruzó por la máquina de coser. No nos dimos cuenta cuando abrió la puerta a Danger y preguntó que quién la había encerrado dejándola mojar, ni cuando vio a Cruz que veía televisión sin sonido y con los ojos cerrados, o entró en la misma pieza donde estábamos nosotros, la que fue de papá, con el ritmo de la lluvia que era un vaivén.

Fue a quitarse la ropa algo mojada y entró sin blusa, con el sostén, a ponerse una camisa vieja que lavaba cuando ya cogía su olor, que antes fue del Zurdo y ella la siguió usando por fresca.

Esta vez no sentí ningún ruido de las alacenas, como si la cortina de plástico que nos tapaba en la última pieza atajara la presencia de la abuela Aralia en la cocina. El sonido de las gotas sobre el techo que cubre el patio enrejado se derrumbaba como pedrejonas a un abismo. Teníamos la

cortina cerrada y nos movíamos, él respiraba duro y olía a madera vieja de palo santo, pero no tan dulzón. Y cuando la sentimos, supimos que era demasiado tarde. Vimos que una silueta venía vacilante... a husmear donde nadie la había llamado.

Y la abuela Aralia se lanzó en la cama de papá que estaba lejos y olió la almohada y lloró.

El primo hizo algún ruido, la perra se dio cuenta y la abuela preguntó:

-¿Quién...?

Me quería ocultar más y él me estaba haciendo daño tapándome la boca, escondidos detrás de la cortina, desarropada, y no sé por qué Tocayo no se asomó ni medio asomado y entonces dejó de arrinconarme. Le vi las espaldas anchas y rosadas así como aparecen los hombres en las revistas con mujeres desnudas y vi los pelos que tenía en los hombros y los lunares, pero la abuela agarró con sus tenazas corporales el bulto que se armó con la cortina, y en el impulso quiso pegar con la camisa de papá un fuetazo y pegar duro y lo hizo contra el plástico que no era transparente sino con peces estampados y oí su voz partida:

-¿Qué estás haciendo ahí?, ¿volviste Zurdo? (fumaba).
¿Te estás trabando ahí?

Esa tarde lluviosa, por arte del aburrimiento y la rutina, a la abuela Aralia se le levantó el genio glacial de vieja posesiva. Ella quería arrancar la cortina y Tocayo recibió la mar-

ca del flagelo en la espalda con los botones de esa camisa.

–Y no, no aquí. –Entonces con rabia y sin abrir la boca, él se le impuso a la abuela que decía que no. Y la perra se metió en el embrollo. Tocayo reaccionó rápidamente en la lucha, mandándole con fuerza una manotada a la masa de la mujer detrás de la cortina, cuando ella quiso asomarse: nada tenía que buscar en ese escondite. Fue un impulso de defensa, tal vez como un instinto de animal perseguido, atrapado. Le descargó un golpe detrás de la cortina, la quiso envolver con ese plástico que se arrancó de las pinzas y del tubo, le envió palmadas al bulto borroso que se movía y le dio un estrujón también a la perra que gañía. Quedaron los trozos cortantes de los prejuicios de la abuela Aralia vueltos añicos al lado del cigarrillo en las baldosas amarillas yema y rojas.

EL ENVOLTIJO

LA CARA CON GESTO evadido de Aralia yacía entre el desorden.

Vi a la abuela en ese envoltijo como si estuviera desvanecida o dormida. ¿No me notaría que estaba ahí aunque ya no era tan niña? Yo sabía que los oídos pueden quedarse despiertos aunque estén los ojos cerrados o perdidos. Hubiera dicho –Soy yo, abuela, yo estaba aquí escondida con el primo Tocayo–, o la hubiera sacudido para que se despertara. O la hubiera protegido del golpe del ancho y pesado Tocayo. Pero me quedé inmóvil esperando, ocultándome, otra vez, como cuando quemé a Nacho con brea, escurriéndome como la gartija entre la ropa sucia que allí guardábamos.

Vi a Tocayo descompuesto, sentando a la abuela que seguía ida y dándole patadas a Danger que se asustó y se fue. ¿Se le fue la mano...? Tenía una parte del sostén caído y un seno se le colgaba por fuera. Las cosas estaban regadas por el suelo y la abuela Aralia tenía rota la camisa de papá. Me provocó gritarle la verdad para ver si se despertaba, pero ese no era el remedio. Tocayo no quiso mirarla mucho. Yo le

acomodé los interiores y cuando empecé a vestirla, él dijo:

–Ni se te ocurra contar nada o tiramos para la mierda este bendito encuentro y digo que es pura mentira.

Yo le repetía que había que despertarla y él que cuando se fuera y que no diría nada –y no le diré nada a nadie, nunca, te lo juro– y él, que dejara de jurar. Se fue para la cocina y se azoró con la mirada del Corazón de Jesús.

Me fui hasta el primer patio, me mojé un poco para disimular, así lo hacía a veces la abuela; para calmarme, para tomar aire, para ser otra.

Entré a la última pieza y Tocayo se había puesto su impermeable naranja para irse. Cuando vi a la abuela en el suelo comencé a actuar como si acabara de llegar de un refugio tibio y no supiera nada de esa gruta llena de alimañas.

Los impulsos de la carne la acecharon. Después ella le vació a la abuela un poco de agua fría que trajo en una taza. Aralia por fin emergió de su desmayo, se escurrió el pesar y se recuperó cuando abrió los ojos fríos para ver la chancla de Blanca que se le quedó ahí, tirada afuera del baño malo. Un indicio que la hizo retorcer en su nuevo afán por descubrir lo oculto.

Cuando la abuela Aralia despertó, yo venía disimulando, entrando a las piezas, revisando si Cruz seguía dormida con algún programa de televisión y porque la oí diciendo un NO muy brusco y yo no sabía, de lo confundida que estaba, si meterme al baño o salir de la pieza, le dije en voz baja al pri-

mo que se fuera, rápido, ¡rápido!, y entré al baño cerca de mi pieza para secarme las manos. El agua parecía lodo.

–Con la niña no, que todavía es una chiquita –decía Aralia mirando la chancla, como hablando sola, pero ella no era tan niña porque en esa época Blanca ya sabía qué era eso de estar creciendo y gustar a los hombres.

Cogiéndome la trenza para ocultar un poco la cara, pregunté ¿qué pasó? mientras la abuela Aralia se acomodaba la blusa. La perra había vuelto donde la abuela apenas la oyó y sintió que su enemigo se iba. Entré y le dije con voz de disculpa que estaba equivocada, que era yo la que estaba ahí, y que yo no fumaba, que era un mal recuerdo, que me perdonara y le decía que ese golpe había sido por instinto, por la confusión de la lluvia, que no calculé, que eran reflejos de los nervios, que...

Y la abuela tenía mi chancla y no sé por qué el susto se me volvió rabia.

BALDOSAS TRAPEADAS

LLOREÉ NO POR EL GOLPE sino del susto y le agarré la mano a la abuela Aralia para que no se diera cuenta que el primo Tocayo salía:

–A ver, yo era la que estaba ahí sola y no pasaba nada más. –Después le pedí disculpas y la abuela Aralia dijo que no entendió lo que pasó, que cómo se le ocurría hacer eso ahí. Cogí su camisa o la de papá algo mojada, se terminó de vestir porque no me dejó ayudarla, vio que se descosió y se remangó. Estrujé la puerta de la pieza y repetí que me disculpara, no más.

Fui a la cocina para salirme de ese caos y vi a Cruz con los ojos abiertos que volteó mirándome desde su realidad perdida y temí que supiera algo.

Detrás de una parrilla que tiene la nevera por detrás saqué los tenis blancos que se secaban, tan blancos que parecían nuevos. Me los puse sin medias y estaban calientes para andar con cautela. La abuela volvió a encender otro Pielroja para recuperar la calma y aspiró su desconcierto.

Me quedó el consuelo de saber que no habíamos roto

nuestro pacto, nuestro secreto. Tenía la sensación de hundimiento del suelo y agarré el trapero con más fuerza que nunca cuando ella salía de la pieza. Danger se fue para donde Cruz y se echó a sus pies. Caminé como si cada paso caliente lo diera entre nubes frías, así se debe sentir andando en el Cielo, con mucho cuidado. Ya no me importó el combinado amarillo yema y rojo de las baldosas de la casa. Deslicé el trapero hasta el reguero en la pieza de atrás. Trapeé nubes caídas. Por fin había escampado y pasé por las baldosas hasta la cocina y por donde caminaba trapeando, dándole la espalda a la abuela Aralia, pasaba, repasaba.

Cuando la abuela creyó entender lo que pasó, gritó:

–Maldita sea, ¿quién dejó la puerta del solar abierta? ¿No ven que se entran esas tórtolas desgraciadas a escamparse?

–Usted abuela la acabó de abrir para sacar a Danger.

–Ah... –dijo disgustada.

Tocayo ya debía ir lejos; ella la cerró de golpe y me gritó confundida que no me volviera inútil como mi hermano, que hacía un infierno de frío y fui arrastrando la mirada mentirosa con el pasar y repasar del trapero por todo el pasillo borrando las huellas de Tocayo.

Yo creo que al fin nadie se enteró del secreto que tuvimos Primo y yo; sólo fue un rato juntos y nos acompañábamos con la presencia del Señor.

Este primo desde entonces se hizo invisible como fue

papá: (recuerdo) que no se sentía el Zurdo cuando llegaba sino era porque la abuela le ponía más volumen a las canciones de la radio o Danger salía a lamerle la mano.

BLOQUE DE HIELO PARA MORDER

LA SED ES UNA ENFERMEDAD que da en cualquier domicilio y a todo el mundo se le pega. Cuando calienta el clima o la bulla reseca el aire, llego a tumbarles esa peste con mi negocio de las cremas y los raspados. Mi amiga Tragedia, una chandosa recogida que al principio no se podía ver con la Danger de la abuela Aralia, siempre me acompaña en las correrías por entre los talleres de los mecánicos. Cuando la perra se siente tostada me pide hielo con sus ojos habladores; fue que desde niña le aprendí a la tía-abuela Cruz lo que dicen los ojos de los hombres y los de los animales. Yo la contemplo cuando le pongo en el retazo rojo de su lengua un tronco de hielo, agradece con el mocho de la cola y se mete debajo de mi sombra con el chupa-chupa; a los perros también les pica la sed que llega con su molestia.

El negocio había evolucionado desde el cajón rodante del cochecito a una venta de cremas y otros helados montado en un triciclo grande. Pusimos un depósito con mostrador, molino, la torre del tornillo con los agarres, la bandeja y un soporte para los tres frascos con hidromiel. Y el cajón de

icopor dentro del acero inoxidable para las cremas. No me siento a esperar clientela sino que salgo a buscarla. El manubrio es una barra forrada al mismo estilo de la bicicleta cachona de Gil y de esa barra cuelgan las campanillas. No se necesita pedalear mucho porque la zona de los talleres es plana. Y a la casa me lleva Gil. Ya cuando vienen por nosotras, todo queda guardado y las tapas de las melazas muy apretadas para que no vayan a chorrearse en el camino. La comida no se bota.

Sin gastar mucho afán me persigno, saco mi repertorio y digo a los clientes que para romper la calentura, buenos son los hielos que raspo: Ábrase la boca y póngase bien adentro mi copito, le ha de gustar su sabor. Mis hielos complacientes se venden barato, refrescan, gustan y hasta envician.

Los mecánicos de esos talleres en Barrio Triste por donde cruzo son parecidos a los médicos; a veces quitan las cicatrices que van quedando en las latas como si los carros fueran seres vivos. Ellos dicen que mi voz camina sola y se queda rebotando en los repuestos, que Blanca llega como un buen anuncio, porque los anuncios malos siempre surgen de sorpresa, como la sed.

Cuando voy con el negocio rodante por esas calles, salen los ruidos de las crucetas contra el piso, los martillazos repetidos en las latas y ese crujir de la luz de los soldadores, por eso toco la hilera de las campanillas, llamándolos, haciéndoles más escándalo y anuncio: Sepa que lo vivo, como la sed,

crece igual que todo lo vivo y que el hielo lo sana. Mójese la sequedad, remójese. Déjese le quito la resequedad con mi bloque de hielo para morder. Llegó la contra para la sed. Otros menos bullosos lijan huesoduro y hacen otros ajustes.

Los mejores clientes que se pegan son los más desplataados. Llegan porque tienen tiempo para descansar la columna vertebral por estar curvos o agachados y untados de grasa, tanta grasa que la sed los mantiene fritos. No sólo es mi sonido el que llama a los que están metidos en las bocas abiertas de esos leones de metal; ellos ahí, domándoles las entrañas o tirados debajo de los intestinos de un carro varado y ajeno, me han dicho que mis ojos acaloran. Y es que me fui volviendo mujercita porque si me quedaba niña con esa carga familiar, ni el Corazón de Jesús de la abuela me salvaba. Ahora soy buena vitrina parlante y si me luzco, caigo bien. Aprovecho estos ojos zarcos que le heredé a mi mamá y también el escote, que se lo debo a la abuela; un día me dijo que ella era gustadora por eso. A las mujeres que les da sed las atiende sin tanta maroma, no necesito más que ser amable con ellas, amigable y punto.

Reconozco la sed cuando da por ejercicio, enfermedad de principios, antojo o picazón y la quieren reemplazar comiendo hielos: mi medicina raspada. La tía sobadora me enseñó tantos trucos y cuándo se les nota a los hombres el acaloramiento en la mirada, por susto o excitación. Una se va volviendo hasta clínica: la sed ataca con más fuerza por

envidias y deseos de venganza. Yo veo eso en los ojos que brillan mucho y se ponen oscuros y les digo que se frenen, que eso tumba el ánimo. Así que me buscan para que les dé calma y siento que doy una bendición fría, no de las calientes; la que me da mi Virgen azul.

Muchos se han enterado de mis servicios, aunque de este alivio no hablan los periódicos ni las revistas. Mi medicina produce un choque refrescante en las mentes y por eso no tengo enemigos que me combatan, aunque por ahí a alguien se le atranque una envidia por mis dones y dicen que con agua molida los voy embrujando.

Con la voz palmoteo a mis clientes en el hombro y los hago sobresaltar en sus ocupaciones. Efe, no sé cómo hizo para ayudar y un domingo le pintó un letrero amarillo pollo a mi carro, un aviso que dice ICEBERG, en letras grandes, que eso atrapa a la gente para la compra, me dijo Cancio quien no deja de ser negociante y también puso una lista para que todos entendieran el producto que vendo: “cono de hielo, raspado, triturado de hielo, paleta en bola, copito de nieve”.

Miro, hablo y me vuelvo palabras y golpeo mis dedos con las campanillas para llamarles la sed: Si está sediento, venga le cuento. Lo primero que debe hacer es chuparse esto con fruición. Segundo, se le calmará la ansiedad y le dará un estremecimiento. Tercero, cuando le venga el sereno, me paga las dos monedas que se gastaría en una ociosidad

que ni lo alimenta, y vuelva que lo atiendo las veces que quiera. Aprendí a viajar con el sonido entre la agitación, a una velocidad lenta para aplicarles a los doctores del transporte este canto: Les vendo la nieve que sabe a naranjapiña, a mora colorada y a limón. Lamiendo el copito de nieve, chupando el raspado, llevando a la boca el bloque de hielo para morder. También llevo la crema. Después espero que el milagro se dé y vendo a chorros.

El mocho Vladimir dice que mi canto de venta se sale por la garganta como si me quitara una media velada: ¡Oiga!, compre el mejor de los raspados que hay por este sector. Puede que esté trasnochado, amanecido, de malgenio, que lo haya picado una secadera. Tómese un sorbo antes de quedar como un bagazo. Puede que esté seco por esa tan común irritación que le dicen estrés. Puede ser que tenga la calentura en la cabeza y se le riegue por el cuerpo entero. Puede que el monito calentón del sol que anda hoy encendido, lo quiera tostar. Es por eso por lo que llegué con la salvación.

Mi trabajo se puede volver pesado y me congelo si no le meto alegría y así paso bueno ganando. Soy la gerente de mi negocio, las cuentas me las rindo a mí, el horario es sin marcar tarjeta, soy dueña de mi tiempo, de mi correría, además no tengo castigos porque soy legal, no me rechazan sino que ahí voy tongoneada y no me acosa ningún jefecito. No tengo uniforme y aprovecho el escote que gusta por estos lados. Donde me surten el bloque de hielo, ahí donde

Vladimir también consigue los plásticos para el forro del control remoto para el televisor, les caigo bien, por buena paga y por lo otro, lo de mis ojos atigrados que se parecen a los de la perra Tragedia. Eso dicen ellos que no me han visto de malas pulgas, como cuando Efe me esculca, cuando compra Tulio o alguno de los vecinos Echeverri.

Quien más se arrima al Iceberg es Tragedia la pedigüeña, a velar en la sombra. Es un poco coja la chandosa, pero no se le nota mucho. Tendría alguna pelea o un accidente porque también le falta un pedacito de oreja.

¿Quiere probar esto que eleva el ánimo y lo cura de malestares? Tenga muy presente que lo voy a aliviar de la pesadez que le duele, que lo hincha y le pica, que lo seca. Por eso le traigo su bebida, digo eso mirando a los ojos de mi perra como a un espejo y ella bolea el rabo mocho creyendo todo como si entendiera mientras que la viva aprovecha para pedirme un sorbo nuevo. Así me gané esta celadora ambulante.

No dejo que se acerquen mucho los invasores o los tocónes como Nacho Echeverri, el amigote de Efe, que mira más sucio que su ropa de trabajo y le provoca chupar más que el hielo. Se le nota otra sed en la oscuridad de los ojos, como a un perro bravucón. ¡Con permiso!, y saco distancia; pongo el límite. Es distinto al final del trayecto del hielo, cuando Gil en su moto llega por nosotras: mi perra y yo; así se hace querer mi flaco que tiene paciencia y espera mientras termino

o me arreglo. Además, él me ayuda con lo de la plata por si algún atravesado quiere dárselas de cortante. ¡Que la Virgen me acompañe!

Sé que mi voz y el hielo los puede alborotar sin permiso y poner a vibrar la carne desamparada. ¿Cuántas veces les habré dicho lo mismo? Repito una y muchas veces que no permito que se sequen; yo los hidrato o si no, nadie se arrimaría a la fuente.

EL MANCO DE LOS ESTUCHES

CUANDO SE TRATA de interés, Mocho, ¿cuánto valés?

Sara, la mamá de Chiquita que me acompañaba a comprar el hielo seco, se interesaba por el manco don Vladimir... bueno... como le calentaba el oído y... No se me olvida el nombre porque me di cuenta de que ese mocho don Vladimir resultó ser el papá de Vladimiro, el del baile del viernes, amigo de mi flaco Gil, y además ese mocho dijo que conocía a mi papá y conoció al abuelo Santa. El Mocho bautizó a su hijo con un nombre parecido al de él para que no se confundieran cuando los fueran a llamar: –Vladimiro, que pase al teléfono... no es para Vladimir, es para Vladimiro. –Pero qué se hace, si Sara se metió con ese y se encariñó, así como era él; manco y todo. Yo tenía mi gustico por Vladimiro, el hijo... cuando Gil se me desaparecía, pero más adulto el asunto de ella... lo mío apenas era calentura de ojo por ese. Yo no quería dejar al flaco por otro.

Cuando Sara conoció a ese señor, ya él tenía el par de muñones por culpa de una electrocutada que se dio y le dejó las manos como carbones, y se las amputaban o se moría.

–Corten que yo quiero vivir como todo el mundo, como cualquier *enmanotado* –me dijo Sara que eso dijo él a los médicos para que lo salvaran. Después de todo y curado, para pasar la desmembrada, se puso a trabajar más duro con vueltas a gente dura y cuando los mataron o los detuvieron, cogió el negocio de los estuches para el control remoto... contra las caídas, sí... así se protege...

Él escogía la esquina y se paraba sin tiempo límite, aguantando el sol, por donde pasaba mucho peatón, a veces por la misma ruta por donde pasaba con mi Iceberg. Le tocaba estar todo el día gritando para que la clientela supiera qué estaba vendiendo. Los estuches los acomodaba encima de los mochos mientras se colgaba, en el hombro, un trapo rojo que servía de señal y de pañuelo para limpiarse el sudor. El precio dependía de la pinta de quien se arrimara... la devuelta, en una mochila que apretaba con la barbilla contra el pecho.

Nunca dejó que le pusieran un garfio o una prótesis; según él, quien lo fuera a querer lo querría así como era, sin lamentos, sin ascos y sin postizos.

Dijeron que la mujer que él tenía antes de amañarse con Sara le manejaba el cheque de la quincena del trabajo, o si no, se le hubiera desvanecido el billete... ¡sí!, y que por eso había progresado. Quién iba a saber, porque la vida da muchas vueltas, que fue Sara la que lo aprendió a querer así, desmanotado y amplio y le ayudó más a su estima... cuando lo despidieron del puesto.

Sara, que nunca se quedaba quieta, iba donde la abuela Aralia para coser con ella esos forros con espuma, tela sintética negra, acetato, bordillos y el cierre de velcro...

Yo oí que una vez él le decía a Sara: –Mire Sarita, el día que yo me gaste mal gastada la plata que gano, me decís y corrijo; punto. –Y ella le hacía carantoñas de contemplación porque él le pasaba más de lo que le quedaba. Ahí es donde voy, que no todas pensamos con el corazón.

Ese manco de novio que se consiguió Sara cuando supo que el *tinieblo* ya no pudo volver, cargaba sobre las piernas, todo confianzudo, al hijo... de Sara, el hermanito de Chiquita, que apenas tenía cuatro años, y le daba trago y ella dejaba, porque así el varoncito aprendía desde temprano a ser bien hombre. Y era que a ella también le convenía que don Vladimir se emborrachara hasta el mocho, para sacarle unos pesos de más cuando se quedara dormido, me contó Chiquita.

Hasta el viejo intentó una vez amañarse conmigo. Le conté a Sara y le dio rabia en vez de defenderme... y no le gustó ni poquito. Dijo que si al hombre se le iba la mano conmigo (¿cuál mano...?), era por algo... ¿Provocar a ese? Y aunque intentó cogerme sin tener con qué, tampoco dije nada más a nadie, para que no se armara un zafarrancho. Recuerdo ese brazo redondo y rosado en la punta como señalándome y después se movía brusco contra su cuerpo y si hubiera tenido mano, se habría agarrado el bulto. Eso pasó cuando Sara no

estaba por ahí, y como no estaba, no supo y si sabe, no cree y si cree... ¡qué fastidio con un tipo así doble y verde!

Un día que descansaba de las correrías, el Mocho llegó donde la abuela con el cuento de preguntar por el Zurdo y además, que tenía que recoger unos estuches... él sabía que Sara no estaba... salió con eso... en un descuido de la abuela que encendió un cigarrillo, me hizo agachar para buscárselos hasta debajo del colchón de la cama y... ¡qué ingenua fui!... ese manco de don Vladimir ahí, con los mochos de carne rosada y brillante listos para los estuches...

Sara no me creyó nada de lo que le dije. Quién sabe ese solapado qué le comentaría después, algún cuento chino, con tal de quedar bien con ella.

Durante un tiempo no se me quitó de la cabeza sentir ese brazo mocho apretujándose el pecho y con ese trapo sudado en el hombro, sobre la camisa recogida, como si se rascara la tetilla y con el otro estrujándose junto a la ingle, por culpa mía. Cruz a veces hacía así cuando se rebelaba. Creo que sí pudo haber sido culpa mía porque ese día andaba estrenando pantalones cortos y así, fui una tentación. Lo supe cuando me volví a poner esa pinta con la blusa apretada del escote en ve y Vladimiro... el hijo, no el don, no me quitaba los ojos de encima y quería disimular, pero se le notaba el azogue. Ya comenzaba a darme cuenta de eso como si antes, cuando era más niña, no tuviera ojos para la piquiña que producía en los hombres. En fin, eso fue antes

de conocer lo que era el deseo: un encalambre bien bueno pero peligroso.

Y con un papá así, yo ni me le acerqué más a Vladimiro, como dicen que de tal palo, tal astilla... mejor seguí con mi flaco Gil y me aburrí ligero de volver a ver a Sara que seguía echándome culpas... y estar en la mirada mojada de ese tipo mocho...

Es que soy modesta, sencilla y humilde pero no boba. No me da pena enfrentar a la gente ni cobrar, como a los mecánicos que no les da pena cobrar sus arreglos a ojo limpio. Yo también aplico mi medicina y les arreglo los genios por falta de combustible. A mis clientes los contemplo porque ellos me dan para sostener a la vieja y unos pesos para morder mejor comida que el hielo. También me preocupa que queden unos pesos para ahorrar, por si algún día Gil se suma a mis intenciones de tener nuestro rincón muy familiar, claro que con Tragedia.

El hielo es una bebida sanísima para la digestión y uno curado del estómago, le provoca soñar. Pero otros dicen que parece que también enfría las ansias. No hay que creer en lo que dicen por ahí. A mí me da por inventar ilusiones si no las tengo, porque de algún sueño hay que agarrarse, ese es mi éxito y eso les ofrezco y vendo: sueños puros; suministro lo más sencillo: agua sólida, hielo para endulzar.

Yo tengo mi técnica de venta porque pongo mis ganas en el aire y mi cuerpo sonoro se va cantando en casi una palabra

larga de muchas, miles de veces dicha, tantas veces oída, y entre tanto, les pongo encima del hielo un chorro dulce, los despacho y me voy sin mostrarles mucho mis defectos que disimulo en la venta. No tienen por qué saber de mi vida con el malcriado de Efe, con la tía-abuela enyerbada, con mi mamá ida y papá Zurdo invisible, con la abuela Aralia, en fin. Yo vendo hielos, no mis cosas. Propongo para que les dé sed de copito, no de mí, y si alguno se equivoca es mejor que mantenga la boca bien callada. No le pase como al mudo, que no volvió ni a llamar.

Nacho Echeverri, el que siempre lleva en la cabeza un pañuelo con nudos en las puntas y pone a rodar cualquier caneca con motor dice que si posara mis labios en un espino, seguro éste florecería, y que dentro de esos pétalos saldría mi lengua de pistilo, jugosa, como las hembras encarnadas de los afiches que pega en su taller. Y asoma esas encías rosadas y carnosas con el aire grosero que tiene también el Mocho.

Yo vendo hielo y algunos pagan con esa candela que no tengo por qué aguantarla. Se van creyendo mucho. Con tambalear esa insinuación engrasada hace que yo lo vea como un atrevido error, porque ¿dónde queda la decencia si te tratan como si estuvieran acalorados por otra parte del cuerpo y no de la garganta? Hasta se les alborotan los pecados calientes. No estoy para que me dejen propinas entre los dientes, para esto hay que tener valor. Les falta carácter

y nobleza, lo que le sobra a mi Tragedia, y eso que apenas aprendo a reconocerle sus ladridos. Ella también conoce, no sé quién se lo enseñó, pero no le gusta el que reclama y exige sin calma. Se pone como una fiera y eso me gusta, que me defienda; esas buenas demostraciones de afecto son parecidas a las que doy a Gil cuando llega a recogerme. Siempre lo recibo con un copo siamés gratis y un pico. A él le doy de probar mis amores y ya lo tengo cebado.

La vida enseña quién es quién mientras vamos rodando en ella.

LA RECOGIDA

CIERRO EL NEGOCIO persignándome. ¿Cuántos dijeron?, ¡que ya me voy! Pregúnteme por lo que no vea, que el sabor lo siente probando y despego como *parrillera* en la moto de Gil, cuidando el arrastre lento del Iceberg con restos del bloque bien puestos en la bandeja de adentro y así remolcamos mi nave amarilla hasta la casa de Aralia. Muchas veces me siento en contravía, mejor dicho, Gil maneja y carga a Tragedia encima del tanque con los brazos amplios como barandas y la perra se chupa el viento, moviendo las orejas. Me pego a Alejo de espaldas a su espalda y así es mejor el equilibrio. Cuando nos vamos, levanto en las cejas una despedida general a la gente que ya me conoce o a los que apenas comienzan a tratarme. No hay ninguna norma de tránsito que diga que la parrillera tenga que estar mirando para el frente, hacia donde va la moto, ni que se prohíba a un perro ser feliz con la velocidad y con el viento. No sólo velando goza mi perra.

La tarde que adoptamos la perra, volvía con Gil a la casa de Aralia. Cuando llueve me escampo y no vendo mucho,

apenas salvo el día que queda en remojo y pocos reaccionan al consumo. Íbamos sin afanes y aguantamos la luz roja del semáforo, entonces una perra *ñatipuntuda* de esas callejeras simpáticas y correlonas, a las que sus reflejos les dicen cuándo puede cruzar la vía, se lanzó a la avenida con un rengo en su paso, distraída y empinada, taconeando lentamente frente a la farola de la moto de Gil.

En los carriles de un lado y otro estábamos inmóviles esperando el cambio de la luz verde para el despegue y al animal no le dio tiempo de pasar hasta el separador central. Se quedó tieso junto a la llanta delantera de la moto. Cuando cambió la luz del semáforo para soltar la carrera de buses y otros vehículos, estuvimos congelados, estorbando en medio, sin saber qué hacer, hasta que la trompa de una buseta destartalada nos acosó; de los *guardachoques* salía un resoplo como una fiera brava que cuidaba su territorio, pitándonos en la nuca, bramando con sus frenos de aire sobre el Iceberg. Le dije al flaco que esperara, que iba a coger esa perra y bajé de la moto en medio del peligro. La Virgen me protege siempre y Aralia dice que su Corazón. Mi flaco Gil se aquietó. Fui una silueta delgada, y envolví a la perra con mi abrazo.

Los envoltijos de trapos sucios, cajas vacías o bolsas tiradas que reptan en el pavimento y se despachurrean contra las llantas, se convierten en visiones aterradoras; termino creyendo que puede ser algo atroz que algún día nos pueda

pasar. Pero esta vez era una vida que necesitaba protección. Allí estaba el animal indefenso, inmóvil y lleno de pánico, atravesado en la ruta, y nosotros no nos movíamos salvando su cuerpo de las bestias acosadoras que alivian los mecánicos.

Los choferes se soltaron como un silbido. Seguimos estancados, estorbando y ellos salieron chirriando los insultos con sus llantas y viraron la dirección de sus vehículos impetuosos, pasaron por el lado de nosotros, que con el remolque y un abrazo protegíamos al animal y así no pasaría lo peor. Resistimos insultos que se asomaron por las ventanillas y se alejaron. Yo estaba deslenguada para engancharme con esos gritos. Aguanté la agresividad que acostumbran tirar los dueños de la vía y seguí con Tragedia en mis brazos. Cuando la acaricié, llevaba una cuerda de cabuya al cuello y estaba temblorosa. La perra tiene derecho a la rabia o al susto cuando la provocan, como nosotros. Es que si uno se pone de buena gente con todo el mundo, saldrá siempre el que confunda las cosas y se quiera aprovechar. Miré alrededor por si ella fuera de alguien. La perra me miró a los ojos para dar las gracias. Algunos hombres no lo hacen; esta perra sí. Y mirándola, escuché su chillido de terror, sonido que me perforó el tímpano como una aguja y lo siguió perforando la noche entera. La llevé cargada y desde ese momento no se separa de mí, se mete en la sombra de mi Iceberg para recorrer juntas por entre la clientela de los talleres.

Pasamos por el atrio de la iglesia y me persigné dando gracias porque los ángeles enviaron esa perrita para mí.

Cuando llegamos a la casa, prendo la veladora a mi Virgen azul, me persigno frente al Corazón de Jesús de la abuela y le sirvo al flaco unas migas revueltas en el chocolate. Él se queda haciéndome la visita o salimos un rato por ahí, solos. Jugamos con un tarro que le tiramos a Tragedia para que lo devuelva y lo volvemos a lanzar. Danger a veces se pega del juego, cuando está animada. Es que le han salido tumores que la ponen tiesa. A la chandosa recogida le dan celos cuando Gil me da besos. Una noche de amor del bueno, hasta le peló los dientes. Apuesto que alguno de esos mecánicos, el Mocho Vladimir o el Nacho Echeverri (o mi primo Tocayo) se pondrían como la perra si me vieran tan amorosa con mi flaco. ¿Para qué me celan tanto si les va a tocar sólo un pedacito de mí, la *raspahielos*, la *tumbased*?

Tengo una voz distinta cuando trabajo, como de otra, pero también esa soy, la que ofrezco el producto y salgo ganando, no siempre mucho, pero algo es algo.

LA CUADRA

MI VOZ VENDEDORA le da compañía a mi perra, porque los perros pueden ser más hogareños que muchos hombres. Me busco este andar, veo a la gente, hablo con la gente, soy de la gente que es como ser sin dueño y con eso, me hago el día. También me arriesgo mucho. La calle no es de azúcar, y para recorrerla hay que tener fe y un Ángel de la Guarda. El ángel protector, en parte, es Gil y creo que la chandosa que adoptamos tiene un aire vigilante. Hace poco que la encontramos y ya forma parte del negocio y hasta de la casa. Bravea si hay que bravear y se deja rascar del que llega con buenas intenciones. Ella sirve como detector de malucos, hasta me cuida metiéndose en mi sombra. Sueño muchas veces que soy silueta para que no me pase nada raro y me arrimo a calmar la sed en las palmas de la mano de mi Virgen azul, tomando luz como una perra cuando bebe agua. Tengo mi estampa de la Virgen y la abuela me dio una estampa del Corazón de Jesús que pegué cerca de los letreros y les pido que me vigilen porque el día no siempre viene con plumas, puede ser de fierro.

Me muevo por la cuadra, paro, paso por el atrio, voy a la avenida, entro en Barrio Triste, voy al parque y a otros barrios decentes, atiendo y repito una y otra vez y más veces: ¿Quiere que se le estanque la sed, atajar la inquietud y darse una bebida calmante? Aplíquese un raspado en la lengua polvorosa, endúlcese la garganta con un baño de jugo y repita la porción. ¿Cuántos copos le preparo? La sed se queda muda como Tragedia en calma y después desaparece.

Cuando hacen el pedido, les pregunto que si crema o copo. Si se deciden por copito de nieve, doy vueltas y vueltas a la manivela que hace girar las cuchillas trituradoras hasta que el hielo quede a punto de nieve fresca. El cliente, que se chupe los dedos mientras sirvo. Recojo el triturado con una cuchara doblada en el mango y meto el contenido en el copito de papel parafinado; redondeo el raspado con la cuchara y derramo los chorros de melaza colorida. Con los hilos blancos y espesos de la leche condensada que pongo al final, olvidan malestares como si se derritieran los recuerdos. Mientras busco las cucharitas de palo, les cuento que quien lame un terrón de hielo, del que sale quebradizo, puede atajar la mudez de sequedad que se estampa haciéndole apretar las muelas. Reviva con uno de mis raspados y si se pone inquieto, si está con sofoco, para eso le traigo el enfriador y digo tres veces que no avive el calor que se tuesta, que no decaiga que se marchita y que no se seque que se arruina. El raspado sirve de refresco y hasta de curación.

Le estanco el calor con el caldo, y si no se le calma, es que usted está prohibido y esa sequedad pegada necesita un remojo de dos copos, por lo menos.

Una tarde estuve muy callada y bajaron las ventas, como si yo fuera transparente; espero que no invisible como papá o como esa vez que intentó reconocermme un viejo de los que atendíamos donde Cruz y rápido volteé la esquina.

Con las campanillas y mi lírica les hago acelerar la sequedad hasta que el sol anuncia que se acuesta y me la juega. Así, el calor se disuelve y sin que les cante mi canto, ya no hay paisaje para la sed y sin sed no hay tarde que se vaya triste.

El sol, antes de irse, se refleja detrás de las vallas de latón silueteando a la gente y es como si entre las formas calientes apareciera algún extraviado. A esas horas, muchos de los mecánicos ya se lavan, se acicalan mirándose en los retrovisores, se peinan y se devuelven para sus casas. Los modales en la calle, hasta los de comer, son muy distintos a los de la casa. Cuando digo a Gil que vamos, antes que la oscuridad enfríe las ganas, veo sus ojos que traen un buen silencio. Lo amo más que a mi chandosa. Esa Tragedia ya le reconoce el chillido de las bandas de los frenos a la moto de mi flaco. Se alborota y sacude el mocho de cola como si estuviera encendida y la moviera para no quemarse de la emoción. Yo creo que la perra descubrió en la velocidad, encaramada en la moto, un placer más que animal con mi flaco. Se apacigua como la dormidera que se encoge cuando un viento fuerte la roza o un dedo.

EL CRUCE

CON MI RASPAHIELOS desembocamos en la avenida atiborrada de tráfico. Las fachadas se mueven veloces y los buses arriman de afán, resoplando junto a mi negocio, y ellos recogen en los paraderos la hemorragia de gente que se estanca esperando. Otras veces acosan para descargar la espuma de los pasajeros. De cuadra en cuadra se repiten las posturas de los incrédulos viéndonos con remolque, hasta que por fin llegamos, algunas veces atravesados para ellos, pero es que así de espaldas es muy práctico para no perder de vista el triciclo y trepar hasta la casa, sin más cansancios. Yo cuño las campanillas para que no suenen solas en el trasteo y no espantar a los otros con la bulla. Con maña es un buen modo de seguir rodando mi Iceberg.

Una tarde, mientras esperábamos en algún cruce, volviendo a la casa, miramos las caras mudas y cansadas que viajaban dentro de sus carros y esas expresiones cambiaron de repente, apuntando hacia algo que les llamaba más la atención que mi remolque. El semáforo estaba colorado y paramos en tropel. Miré la calle para donde muchos miraban

y contra el horizonte perdido detrás del cerro había una silueta larga como la de los sueños, que quería cruzar la calle; era el perfil de un hombre en pelotas. Ese tipo desmontó su cuerpo de la acera y cruzó de esquina a esquina. Andaba desnudo como animal recién parido con la piel limpia y sin cicatrices. El tipo blanco, huesudo y de nalgas pálidas, con los brazos y una “V” llena y más oscura en el pecho, marcadas por el tinte del sol, pasó resplandeciente como una aparición. Llevaba una soga en la mano y la usó para hacer señales de “detente” a los carros. Parecía perdido como Cruz.

Así cruzó la calle con su ritmo canino, lento y descalzo. El tipo andaba en su extravío, con su silencio abierto de par en par y la piel al aire, recorriendo el paso cebra como si la pintura del suelo le ardiera en la planta de los pies. Lo siguieron las miradas curiosas de los pasajeros de buses, los gestos encapsulados en los carros, los del andén y vi que nuestra Tragedia se lanzó desde el tanque de la moto de Gil al pavimento, como a un charco, me miró con ojos afanosos de despedida y salió detrás del tipo desnudo. Ese fin de semana habíamos espulgado la perra y me había encariñado más. Tragedia hasta había aprendido a leer las horas por el largo de mi sombra, mientras velaba, más que hielo, contemplación.

El semáforo cambió y pudimos salir, con la figura de aquel hombre que desaparecía y rompía nuestro cansancio. La llamé pero fue como si el nombre de Tragedia no le sonara

conocido. Todavía viene ese recuerdo de los ojos de mi perra; tenían nostalgia de perra que debe ser como la que nos da a nosotros. Claro, el agradecimiento nunca se borra; ese loco desnudo parece que había sido su amo anterior.

Recuerdo al tipo sin nada puesto encima mientras sirvo y despacho, y digo cosas como si salieran de adentro de los filos del hielo. Es que el hielo también es un ser vivo que se mantiene desnudo, por eso el hielo, tan limpio, les gusta a los mecánicos que mantienen la ropa de trabajo engrasada y mugrosa de hacer muchos arreglos. Recuerdo ese encuentro viendo lo transparente y congelado del bloque mientras lo pongo a un lado del mostrador, lo aprieto con el tornillo y lo agarro con las uñas metálicas. Mirando el cuerpo del hielo veo cosas que me han pasado y hasta aclaro sueños y visiones, pero no es hielo sólo lo que vendo. Disimulo y clavo los ojos al sediento para leer qué tiene por dentro; mientras raspo, hago lo de costumbre y pongo el palito de madera en el helado de colores sin que se dé cuenta que voy a hacerle un milagro o una curación con ese bocado, y cobro, gracias a la Virgen que me ampara. Dese el sorbo que le limpia el sofoco, es como si bebiera de esas nubes que dan buena sombra. Lamiendo la nieve fresca, libando el mejor de los elixires.

EFE

ES MEJOR NO SABER mucho de Efe. Fue un grandísimo bueno para nada, y si se sabe algo de él es porque viene rodando algún chisme de la gente de la calle donde dicen que es mejor olvidarlo y ponen punto final al tema.

Pasó lo mismo que las otras veces: ese miércoles desayunó a las diez con la disculpa de que estaba muy cansado de estudiar en la jornada de la tarde y aprovechó que mi abuela Aralia había salido a la tienda a comprar media barra de salchichón, media libra de arroz para el almuerzo, sus Pielroja, y él se voló por la otra esquina.

Desde entonces, ella se saturó con ese truco repetido de irse y de no estudiar. Se le cayó la imagen distorsionada que tenía de su nieto, el único hombrecito que le quedaba, el futuro bachiller (vago era ese) que ya no estaba tan niño, y yo por ser mujercita parecía arrimada.

La noche del miércoles Efe volvió con el rabo entre las patas, sin cinco, untado de tiza azul de los billares y tomado, sin hacer mucha bulla para no despertar a nadie. Ella se enteró por el aleteo de los pájaros en el solar que el hombre

volvió al redil oliendo a calle, pero no le dijo nada. Resignada, se dio una bendición disimuladamente frente al Corazón de Jesús y se volteó en el colchón contra el chifonier para seguir durmiendo, dándole la espalda al problema que se estaba enconando.

Al otro día, la abuela Aralia se levantó como si nada, pero Efe después de no volver a la carnicería Santa Fe se estaba volviendo un mugroso y no se quería bañar, hasta que ella lo paró en seco: lo estrujó, lo sacó de la cama para gritarme que yo fuera a tenderla y le hizo levantar los pies sobre los muebles de la sala, mientras me ordenó que barriera y trapeara y le diera la segunda:

–Ve Efe, se compone o se va. Yo no voy a cargar más con otra Cruz. Se arregla o lo mando para la finca por donde anda el Zurdo, su papá; él sí lo pone al derecho. Y baje esos pies que va a ensuciar el cojín.

–¿Quién la entiende, que los suba o que los baje?

–Que se mueva ¡caramba! que no hace sino estorbar.

Y fue hasta que lo echaron del colegio, pero por inasistencia, porque no se trataba de materias perdidas, ya que él era fácil para entender. Lo sacaron por incumplido. Entonces Efe sin poder volver a las clases, se las dio de rebelde, alborotó el avispero y se largó ese mismo jueves por la mañana pisándome la segunda trapeada, diciéndole que a él nadie le iba a poner condiciones, y menos, en su casa: –¡No faltaba más...!

Se perdía por ahí donde no se dejara ver de nosotros, armando fechorías como para mantenerse ocupado en algo. Yo le cogí algo de fastidio a mi hermanito pues no me gustaron las vulgaridades de sus amigotes cuando yo pasaba a la tienda de don Cancio a comprar leche o iba a la legumbtería de la vuelta a ver cuáles frutas traía para hacer las cremas.

Supe que antes de que volviera Efe, Aralia lloró del susto y la pena moral le hizo alborotar esos dolores de cabeza que la ponían de mal genio con nosotros y que no se le quitaban ni con rodajas de papa cruda en la frente y no la dejaban hacer los zurcidos y los ruedos. Ese jueves ella ni pudo salir después del medio día a la tienda de Cancio ni recibió a Sara para hacerse la manicura.

La noche del viernes no le dijo nada porque Efe no estuvo manso; se le notaba en la cara el aburrimiento y así podía reventar, de sopetón, con sus groserías. Peor Efe con silencios dolidos que con bullas.

El sábado, lo mismo. Ese día, la abuela se levantó, le dio la pastilla a Cruz y mientras barría los tenis lanzados debajo del catre, cerca del baúl intocable con candado (¿qué guardaría allí?), supo que Efe no tenía arreglo. El desocupado no se había levantado y mi abuela le sacudió la cobija con ese calor que hacía, y esta vez, ofuscada, lo puso a raya:

—Ya te dije y te lo digo por última vez, señorito: te componés o te vas.

–Si eso es lo que querés, abuela... –dijo Efe con voz entre-dormida.

Ella me arrebató el trapero como si recuperara una energía acumulada hacía meses y siguió pasando agua sobre las baldosas; cuando fue a dar la segunda pasada junto al catre, Efe estaba otra vez enrollado en la cobija, tapándose la cabeza con la almohada por si ella seguía lanzando una sarta de cantaleta. Aralia se mordió la lengua de la rabia y sin más pleito, se quedó callada y fue a bañar a Cruz.

El sábado, con cualquier disculpa, Efe desayunó como a las once; ya no le valía decir que estaba muy cansado de estudiar en la jornada de la tarde y dijo que se iba a ir de la casa porque no dejaban dormir ni los fines de semana. El altanero salió con una chaqueta oscura que no parecía de él sino de su amigote Nacho.

Ese mismo sábado Efe fue a parar a una inspección y me llamó por la tarde, con una voz medio enredada:

–Vení Blanca para la inspección de San Antonio antes que me metan en la trinchera y traé algo de comer, pero cuidado le decís algo a la fiera, ¿entendés?

No pude guardarme esa noticia mientras le preparaba alguna cosa que lo alimentara, así que, por el chirriado de la puerta de la nevera que abría y cerraba para buscarle algo que pudiera llevarle, y por el sonido metálico de la sandwichera encima del fogón, a las siete, ya la abuela supo lo que pasaba con Efe. Furiosa como una leona conmigo y con mi

hermano, dijo que iba por él ahora mismo; yo no quería que ella fuera donde los policías y llamé a Sara para que me ayudara. No me dejó ir y salió sin cargar el sánduche de mortadela y quesito que le hice, más bien se llevó unos ahorros que sacó de entre un atado de calcetines en el chifonier. Sara la acompañó con una blusa apretada y escotada que se puso y aunque dijeron que tenía algo por allá sin solucionar de no sé qué en la carnicería, lo soltaron pronto.

Volvió avergonzado, con la cabeza gacha y los ojos rojos.

Cuando llegaron a la casa, la abuela abrió la puerta, se paró en el quicio para estorbar la entrada y después que Efe me vio en el fondo esperando su reacción y me tachara de sapa, ella le dijo:

–¿No era que te ibas a ir? –Le dijo eso secamente como si no tuviera corazón de abuela, pero Efe arrepentido le contestó que quería volver a la casa, que le hacía falta su cama propia. Entonces la abuela le dijo que a la casa de nosotros podía volver cuando quisiera pero si hacía escala donde mi papá y que era mejor así para no alborotar el avispero de los policías. Y dijo que yo hasta había resultado mejor hija y nieta que él. Esa comparación sí que le dolió a él:

–¿Esta heladera, mejor que yo? Vos lo que querés es cambiarme por esta sapa.

Aquello me ofendió pero a la vez supe la estima que me tenía la abuela.

Esa misma noche que soltaron a Efe, la abuela, por reco-

mendación de Sara, que se enteró de algunos enredos que la policía apenas estaba investigando, no lo dejó bañarse, le empacó unos chiros y un mercadito mientras él me seguía ofendiendo:

–*Chupamedias*, metida, paleta, rémora, recostada...

Después, lo que yo le había hecho de comer para llevarselo a la inspección, ella se lo ordenó en una bolsa como un fiambre, fue donde Cancio e hizo unas llamadas de larga distancia. Efe se comió una parva vieja diciendo que era yo la que me debería ir de su casa, que le estorbaba, que tenía enredos con el primo Tocayo y que yo era una entrometida. Gracias a Dios la abuela no lo escuchó con cuidado.

Esa noche tuve pesadillas, oí a Cruz moqueando y creí que mientras dormía, él me iba a acabar, pero él estaba tan rendido y atolondrado que hasta se durmió en el sofá de la sala donde papá acostumbraba hacer pereza y ahí lo dejó ella, para que aprendiera a dormir tallado.

EL ENCARGADO

ARALIA LO DESPERTÓ a las cuatro de la mañana, encendió la veladora y un cigarrillo y con Sara se lo llevó a la flota. Le dio el encargo a Carevieja, el pato de la línea de Cristóbal, para que bajara a ese muchacho en la curva del Bosque, en las partidas con Tapartó. Le dio propina y también la orden a Efe para que esperara allá en el puente, que alguien bajaba por él en mula para subirlo a esa finca donde estaba el Zurdo. Para allá lo mandó y lo regañó:

–No vaya a creer que va de paseo a sentarse en una piedra a comer guayabas, sino a trabajar en la molienda o a arrancar yuca o a coger grano para que se componga.

La vi llorando y fumando; lágrimas y humo durante toda esa semana.

Aralia le mandaba cada quince días, religiosamente, un atado con provisiones y algún *mecato* para que comiera bien.

Un día le dio por ir a Tapartó para ver cómo andaban el Zurdo y Efe y no la dejé hacer ese viaje. Le encargué unos ruedos para mantenerla ocupada y me fui.

Me enteré, sobre el terreno, que ya papá no estaba en esa finca y que a él lo estaban negando, que a Efe lo habían puesto a hacer trabajos de arriería como una mula y que no aguantaba y se rodaba, y no servía para eso. Lo encontré mugroso; llevaba como una semana sin bañarse y me dolió verlo así. Ver a un hermano en esas condiciones, peludo y zarrapastroso, no se lo deseo a nadie.

Almorzamos lo que llevaba en el atado y le dije que se diera un baño.

–Para qué, si aquí no hace falta –me dijo Efe como si se hubiera acostumbrado a vivir en el chiquero de las marranas. Pero hice de tripas corazón y le dije:

–¿Nos vamos?

Y antes que respondiera algo le recalqué:

–Pero... sabés cómo es el asunto. ¿Verdad? Es para manejarse bien.

–Si querés, dejame aquí –dijo Efe. Era para tantearme cómo andábamos mi abuela y yo de orgullo o de arrepentimiento y le dije con voz firme y corazón enjuagado:

–Eso es cosa tuya, vos verás. Ya sabés la condición que pide la abuela Aralia.

Sólo como faltando media hora para que me devolviera a tomar la última línea (el carro vejestorio de Cristóbal), mi hermano me dijo que mejor se venía conmigo. Entonces le insistí:

–¡Ojo!, yo te llevo para la casa de la abuela que también

es tu casa y la mía, y nos respetás a todas, pero que conste que a mí no me gustan las promesas en vano.

–Está bien –respondió Efe.

Lo ayudé a bañarse y a estregarse con estropajo como si fuera la perrita recogida Tragedia. Él venció la vergüenza y se dejó. No empacó porque la poca ropa que tenía estaba vuelta una cochinateda y la dejó a los de por allá. Lo traje, achantado. Pero esa misma noche, y ya en la casa, Efe con su buena pinta limpia oliendo a jabón y champú se voló para el billar con Nacho y allá fue a dar la abuela con una correa en la mano delante de todo el mundo, ¡qué pena!, a darle y él ya andaba con tragos. Se lo trajo arriado para la casa dando espectáculo por toda la cuadra, él haciéndose el gracioso por el tembleque de la abuela que ya no estaba para esos espectáculos.

–Ya no más, hasta aquí fue, ya no te cargo más –le decía y fumaba como loca.

Le empacó todo lo que tenía en un morral y se lo puso en la puerta. Abrió con un cigarrillo ladeado en la boca y le dijo:

–Sabés que te largás del todo o te comportás decentemente.

Entonces su nieto, el bendito Efe, ya sin burlas y apenas vio los ojos encharcados de la abuela, le dijo:

–¿Cierto que yo soy un güevón, abuela?

Y ella se ablandó, no dijo más y expulsó humo. El mismo

Efe entró el morral, la abrazó y se quedó callado, esta vez sin rabias.

–Yo no sé qué afán te gastás si sos tranquilo –dijo ella.

Era como si llevara un niño mudo y peleador por fuera, ese que era mejor dejarlo en la casa, o meterlo en el cajón de cosas inservibles o dejarlo como paloma de mago en su baúl.

–Por enredado que soy –le dijo– y por acelerado, con ganas de querer y que me quieran, como si fuera un vicioso del cariño.

–Esa era una forma de ver las cosas –dijo la abuela.

–Soy un ingenuo –y bajó la mirada al piso, entonces entré a apaciguar las palabras y le pregunté que si a él como a mí, la intuición siempre le advertía cosas, y dijo que sí, pero que no siempre sabía leerlas, y que tarde o temprano daban en el centro como si fueran dardos y dolían por no haber creído en eso. Dijo que cada rato lo asaltaban. ¿Quién? –Ese otro indeciso, pero se las tiene que ver con este –como si hablara de otra persona y era de él mismo. Siguió señalándose y parecía una de esas señoras que van a las misas con la abuela y se dan golpes de pecho y se dicen a ellas mismas muchas *mea culpas* y dijo, creo que porque tenía unos tragos encima–: Al otro le callo la boca y le digo que deje de jugar así conmigo al tira y afloje. Entonces me mojo la cara y se va y yo quedo limpio y tranquilo. La abuela no oyó más el discurso que me decía Efe y se fue a coser, incrédula y triste.

Vos debés tener mucha fuerza con el de adentro, que por fuera te cubrís de ofuscaciones como era mamá, te llenás de dramas, y el de adentro es muy tranquilón. Eso lo entendió bien y se puso bien tímido, como cuando el Zurdo reconocía sus errores que lo llevaron lejos. La sangre no se pierde.

SEMIPRESENCIAL

DESDE AHÍ, LA COSA no es que haya cambiado mucho porque Efe siguió saliendo al escondido y no hacía nada por cambiar. A mí, ni me hablaba de viejas, su tema. Y no le valían los ruegos ni las cantaletas para que al menos acabara el bachillerato en una de esas partes donde revalidan materias, un instituto de educación semipresencial.

Un día, así de sorpresa, Efe le salió a la abuela con el cuento:

—¿Usted no me va a matricular como hacía con Blanca?

Pero nadie le daba un cupo en un colegio; lo habían echado del último donde estuvo y eso hacía ya un año largo. Este sí que se había vuelto un inútil tamaño familiar.

Pasó ese año en las mismas vueltas por ahí, descompuesto, y la abuela fumó y rezó más y más a su Corazón y al Ecce Homo de la iglesia y hasta el tiempo se encargó de volverla una desentendida sobre el tema de las andanzas de Efe. Pero no se supo por qué, mi hermano reaccionó, claro que yo creo que fue porque le daba pena de esa muchacha que se consiguió de novia oficial. Un día, así no más, dijo que ya

sí quería estudiar y vi que no se estaba comiendo más las uñas. Entonces él mismo averiguó y se metió por las noches a validar el bachillerato. No supimos cómo pagaba el estudio pero lo importante era que ahí estaba ajuiciándose y hasta le rindió porque resultó buen estudiante y se graduó sin muchos problemas.

Una tarde le oí que le dijo a Aralia:

–Vos abuela, como fuiste de cruel conmigo –y ella le dijo que no había sido crueldad:

–Yo como familiar tuya (aspira), aunque vieja y olvidadiza (suspira), hice lo que debía hacer para enderezar a un nieto (espira), ya que con tu papá no pude y además, lo volvería a hacer (fuma).

En ese tiempo de calenturas en la calle con matanzas discriminadas, mi hermano se compuso y fue buen muchacho, hasta tendía la cama (¡milagro!) cuando se levantaba y no dejaba la toalla mojada por ahí, como antes.

Un día llegó Efe con la noticia de que se iba regalado para el ejército y la abuela lo apoyó sin consentimiento de mi papá, que no pudo saber dónde andaba.

–No ves que los muchachos de tu edad no saben controlar los vicios hasta que se dejan coger ventaja y se pierden –y le soltó una puya–: Es mejor carrera servirle a la patria y aprender disciplina, que quedarte en una esquina gastándote para nada o que te borren.

EL LANZA

CUANDO EL LANZA Efe Santa venía por franquicia a la casa, parecía como si llegara a un hotel. El grandulón de Efe, al que le decían Toro en el cuartel, silbaba cada vez que necesitaba algo y cuando la pereza no lo dejaba ni moverse, ahí estaba su abuela que le corría, a pesar de lo vieja, para pasarle las medias, para servirle un café, para todo... porque él traía alguna plata que le daba para que ella se comprara unas veladoras para su Corazón de Jesús y unos retazos para hacerse una bata. Ya Efe había perdido lo hacendoso que comenzó a ser. No me explico cómo lo volvieron a torcer en el glorioso Ejército. Él podía estirar la mano para alcanzar las llaves, pero ¡qué va!, tenía su silbido de mando y su perrita mandadera. Casi nos teníamos que salir (hasta la enferma de Cruz), e irnos para la calle porque siempre tenía algo muy importante que decirles a sus amigas, novias o pasabocas, como le decía a la abuela que eran estas muchachas, porque no entraba con la misma siempre, sino que después iba entrando unas sardinas raras. Una vez dejó entrar a Nacho, el vecino y lo escondió para que lo viera en acción, como

premio porque le cuidaba la puerta, campaneando afuera, por si Aralia venía asomándose por la esquina.

Yo no sé pero esas risas y esos afanes no me gustaban mucho. No ve que venía otra vez sembrando la desconfianza en la casa.

–¡Oé Blanca!, dejanos solos –decía, me sacaba y una vez le cerró la puerta a Cruz para que no saliera de su pieza. Parecía que Efe aprendió a amar con los músculos, mientras yo, parecía que pensara con el corazón–. Prendé la luz de adentro, pero no esa llama de la estatua de la abuela, que uno en lo oscuro de la casa ni se entera de lo que está pasando afuera.

Después de volver a la guarnición y hacer el servicio militar, a Efe lo mandaron para el Sinaí, envió una foto con turbante y no se supo más cuándo volvería, que lo habían enrolado en la Inteligencia, decían unos, otros que era un duro en contraguerrilla, otros que lo tenían desaparecido y la abuela fue un miércoles con su foto donde las madres de La Candelaria y nadie supo nada de nada.

DETENTE

YO SENTÍ UN DOLOR por mi tía-abuela Cruz que me fue sanando cuando vi que ella, como si la hubieran enyerbado sin saber hacer la triaca, había dejado el negocio de sobadera y nos tocó a mí y a la abuela Aralia recibirla en la casa hasta que ya perdió su memoria. Sé que se pone a hablar sola de la sed de la muerte y se queda dormida por ahí pero no se va, sino que sigue respirando, con angustia, por la boca sin dientes, hasta que pone cara de niña dormilona como si soñara con el Corazón de Jesús en el Cielo.

–En el Cielo sólo hay lodo y muecos –me decía cuando despertaba frente al televisor para comer la papilla, y no recordaba más.

Después hasta perdí la lástima, porque, como un milagro, ella descansaba con los ojos abiertos, callada, casi todo el día medio dormida, sin sufrimientos y sin dar dificultades.

Pero ayer en la mañana, la vieja Cruz salió de su estancamiento y no quiso bañarse; se escapó de la casa mostrando el torso desnudo y oliendo a diablo desamarrado, como de costumbre. Yo trabajaba en los raspados.

–¡Que no y que no! –pataleó–, la Danger me va a morder –y con la blusa lanzó latigazos al aire mientras corría torpemente, calle abajo, alejándose de su hermana Aralia. Como de costumbre, Cancio el tendero de la esquina la atrapó al pie de la loma antes de cruzar el atrio de la iglesia y llegar a la avenida. La volvió a llevar cuesta arriba hasta la casa, sentada, cubriéndola y atándola a un taburete que al ponerle rodachines y tirantes amarrados al espaldar, lo volvió un cachivache que funcionaba igual que una silla de ruedas. Así, Aralia la domaba siempre. Todos en la cuadra ya se habían acostumbrado a esos espectáculos y a otros más olorosos.

–La maliciosa siempre se fuga por conveniencia, como la chandosa –le decía Aralia a Cancio mientras le pedía un paquete de cigarrillos y el tendero no comentaba nada pero sonreía entregándole sus Pielroja. Danger se enloquecía por ver la calle, entonces el animal con tumores entraba hasta la pieza donde no volvió papá, la del fondo, tomaba impulso para salir y se rastrillaba para golpearse (tun-tun) contra la puerta del zaguán que Sara ajustaba al salir después de visitar a las viejas. Y buscando salirse para jugar, lo que hacía la perra negra era cerrar la puerta de escape con un golpe y un estruendo y aporrear su dolencia.

Hacía meses que a Cruz se le había comenzado a notar el descuido y a verse más acabada por la enfermedad. Su piel estaba más porosa como la textura de las piedras a la

intemperie durante tanto tiempo; eso que ella no fumaba como su hermana.

Después del espectáculo exhibicionista, Aralia bañó a Cruz en el patio enrejado de adelante con una manguera y sin necesidad de que la atrapada se levantara del asiento, le lanzó chorros de agua fría, la enjabonó, la secó y cuando la vistió con ropa limpia de calle, más aparente, salieron al supermercado para comprar las pechugas de pollo que estaban en promoción, más baratas que donde Cancio. No podía dejarla sola; era un riesgo para ella misma cuando se alborotaba de esa manera.

El pasillo con los materos, el que correteaba la perra cuando llegaba Sara, una vez a la semana, exhala el aburrimiento diario. Ella iba a dejarle a Aralia algunas bases, uno que otro encarguito de unas cuchillas para soltar en una pretina y llevaba, además, un poco de comida fácil para calentar, ah, y los cigarrillos. Les ayudaba a lavar la ropa y la estregaba antes de retorcerla y ponerla a secar en el solar de atrás, en los cables donde se balanceaba la lora Sol antes que la envenenaran y cerca de las plantas de aroma y yerba buena, cogía unos tomates para hacerles un picadillo y más tarde se dedicaba a planchar.

Cuando estaban saliendo por el zaguán de la casa, la abuela miró que la puerta del solar estuviera cerrada y en la sala vio los cojines del sofá ya sin el Zurdo lanzado, descansando o sin Efe, vagando o dándoselas de capitán con sus muchachas.

Aralia metió la mano dentro de la blusa de Cruz, su cruz, y esta vez no encontró la estampita del *detente* que siempre le hacía llevar con ella, prendido con un gancho a la tira del sostén, por costumbre y devoción, sin que la enferma fuera piadosa o creyera en agüeros. La estampa protectora se le había perdido en la escapada, calle abajo.

Aralia se devolvió por el *detente* suyo que lo había olvidado, como si la enfermedad de la desmemoria fuera contagiosa. Entró en su pieza de cama ancha, miró entre la ropa en el chifonier de comino crespo, buscó en la mesa de noche sin desordenar el escenario diminuto o altar que tenía, cruzó el primer patio por donde salían porros tarareados de un radio encendido en la casa de los Echeverri, y el silbido de la olla a presión, vio una gardenia seca y el anturio abriéndose, entró en la oscuridad del cuarto de Blanca que ya sólo tenía una cama, buscó en el tocador: nada; en el bufé, nada. Pasó a la cocina y el Corazón de Jesús tenía la llama eléctrica que no iluminó a dónde podía estar esa estampita, pasó debajo del patio enrejado y con teja plástica, cruzó por la máquina de coser y no vio entre hilos, bases, ensartadores de agujas y un cenicero la imagen que buscaba; abrió las tijeras para espantar brujas burleteras por si ellas habían ocultado el *detente*, revisó junto al silbato que mantenía bajo la almohada en la cama que era del Zurdo y ahora ocupaba Cruz: nada. Hasta que del bolsillo del *slack* que se había quitado y estaba doblado encima de un taburete sacó su estampa. Se devolvió

por el pasillo, espantó una tórtola que se había entrado y arrancó la flor, oyó a Danger rasguñando la puerta del solar y sin hacer caso al ruego canino, fijó la estampa en la blusa de Cruz y salieron tranquilas y protegidas, andando sin afán para que nada malo pudiera sucederles. Las hermanas se mantenían juntas como si sus trajes estuvieran cosidos uno al otro.

Jesús el del corazón encendido, desde la cocina ondea el pelo rubio, su capa azul y su vestido rojo (los colores de la bandera), y mientras vigila con los ojos zarcos el corte del viento y la soledad encima de los muebles. El sonido del viento sacude la hojarasca en el solar y espanta a Danger que calla su tristeza cerca de la poceta.

Saludaron a Cancio que ya había abierto su tienda y pasaron de largo frente a las puertas cerradas de la iglesia sobre la ruta hacia el supermercado. Aralia se persignó mirando las palomas posadas en el campanario y les suplicó a los ángeles muecos que no hicieran sufrir más a su hermana con esas oleadas de demencia senil, y les imploró que ESO no fuera contagioso ni una herencia familiar. Después hizo un rezo rápido por Cruz y por su alma que seguía evadida. Fumó.

A cuadra y media de la iglesia, donde se habían persignado, ellas pararon debajo de la luz verde del semáforo para cruzar la avenida. Los carros seguían bajando rápido. El semáforo cambió a luz amarilla, un taxi frenó, apareció de nuevo el tipo desnudo que había visto una vez Blanca y

estaba con Tragedia, les llamó la atención la perrita renga, la perrita miró a Aralia, le boleó el rabo mocho, se encendió la luz roja y ellas comenzaron a cruzar delante de la trompa del *Suavetax*. Al pasar hacia el otro carril, Aralia se fue enganchada en el parachoques de un camión azul que no paró, mientras que Cruz, por instinto, dio un paso más corto y apenas fue golpeada y lanzada hacia atrás por la ráfaga de viento de ese vehículo endemoniado que se tragó imprudentemente el semáforo.

Cuando el chofer sintió que había chocado contra alguien, contra cualquiera, escuchó: –¡Detente!–, hundió el freno hasta el fondo y las llantas chillaron con ese eco terrible que anunciaba lo peor.

La olvidadiza Cruz no pudo hacer nada por su hermana de pelo cano que cayó.

En la noche tuvo pesadillas viendo cómo la llanta del camión azul se iba acercando más y más al cuerpo indefenso de Aralia, que con mirada impotente, permanecía en el pavimento como si la vida se lanzara igual que la inutilidad de un instrumento desconocido o un pedazo de algo estorboso.

El azar de la realidad hizo una pausa en el tiempo, sin aviso y con descuido, sobre la postura indefensa de la abuela Aralia, tendida en la avenida. La llanta se detuvo al fin, pisándole el bordillo de la falda. La perrita Tragedia se acercó y le lamió el tobillo raspado mientras los curiosos vieron aquello con la lentitud del asombro.

El conductor del camión ladrillero se bajó con el ayudante de trapo rojo en la cabeza y espantó la perra que huyó. Ya el tipo desnudo no estaba por ahí. A Cruz sólo se le raspó el codo. Peor suerte corrió Aralia. Esta vez Cruz no estaba tan aturdida como siempre. Se sacudió volviendo en sí con gesto de tensión y una angustia que le mordía la boca sin palabras –si hubieran sonado serían como gemidos– y vio la impotencia de su hermana cuidandera, y se fue aterrada para la tienda de Cancio, queriendo arrancarse la blusa.

GUSTOS DE HOMBRES

ESA SARA QUE ya no estaba saliendo o entrando con el Mocho Vladimir, mujer alta a la que le cuelga un cuerpazo desde los hombros, con cara pulida y boca grande, no le parece atractiva a Cancio; peor, le parece que le heredó la posición suelta de los huesos a su hija Chiquita que esa sí se había vuelto una mujerzota, toda. Debe de ser que no la ve con los ojos sino con una actitud que le quiere nublar las pupilas.

A Cancio le parece que la hija de Sara, esa mujer pulida, natural y sencilla sonrío apenas con la boca mientras que con los ojos niega la dicha y acusa un no-sé-qué oculto al que cae en la trampa de sus gestos. Y recalca que desde que Sara anduviera con un manco, es que le falta tacto para manejar a esa muchacha... Dice que es tan preciosa como una muñeca vacía, que los senos altivos hasta tendrán implantes de silicona.

Cancio, por ser tendero hace tiempos y no quitar los ojos a todo tipo de gente que va y que pasa, dice saber ver quién es sincera con sólo tratarla quince segundos, por la combinación de la expresión facial, el agite de las manos, el giro de

los ojos y las palabras dichas. Esa mujercita seduce en un santiamén al desprevenido; es como si lo atrapara en un encanto de los que despiertan el deseo que se esconde.

Cancio dice que la carne es la tentación y que esta Sara, mujer escultural, sólo tiene huesos y posturas blandas, no como la hija. Cancio no se deleita mirando a Sara porque le parece repulsiva cuando hace carrizo, cuando se agacha, cuando juguetea con su pelo y gira su cuello de Nefertiti, cuando junta y engarza los dedos de pianista y no se mete con ella porque el Mocho nunca le gustó. Y como ya sólo la observa sin contemplarla, cada día Cancio se inventa que esa mujer está más fea que nunca y que gracias a Dios, su Chiquita sí se puso como una reina.

Si los otros vecinos supieran que Cancio no mira con ojos realistas lo que todos creen ver con miradas lujuriosas a Sara y su hija, no dirían que Cancio es un ventero cegato, sino otro iluminado por las ombligueras que se pone la amiga de Blanca (ya no tan Chiquita).

SUEÑO APORREADO

CRUZ QUISO DAR el aviso a Cancio que no quitaba los ojos del cuerpazo de Sara, atendiéndola, pero el susto la aturdió y le salió un sonido gago, lento, en suspenso y corto, como si esperara que otra voz interior con buena vocalización relataste lo que tenía para decir. Sólo se le oyó un *juntapalabras* acústico que no se entendía pero los gestos asustados fueron suficientes para anunciar que no eran de malicia, sino que había ocurrido algo malo, tal vez lo peor.

Cancio dejó de atender a su cliente, dejó al cojo y con el del trapo rojo en la cabeza fue a la avenida, vio lo que pasó y montó a la herida en la cabina del mismo camión que la atropelló. Cruz se quedó en la tienda, atontada con Sara muy nerviosa arañando el paquete que Cancio le vendió, sin saber nada más, y la vieja Cruz jalándose la manga de la blusa para disimular el raspón en el codo. Llevaron a la abuela Aralia a un centro asistencial a tres cuadras del sitio, con tan mala suerte que no la atendieron; sólo había un médico y otros pacientes en peor estado, esperando el turno. El agente de tránsito que siempre vigila casos de accidentes irrumpió

enfático con una orden: –Nos vamos para otro lado, ¡pero ya! –y salió con ellos para una clínica del barrio vecino, con Aralia sobre el regazo de Cancio, boqueando y soltando un hilo de sangre por la cabeza, con ojos huecos y casi sin luz.

–Denme un cigarrillo, el último –era lo único que decía la mujer herida.

Allá sí la revisaron de urgencia, le tomaron radiografías e hicieron análisis. Aralia tenía hinchazones y moretones en la piel; ninguna fractura que se notara. Suturaron una herida pequeña que se hizo en la frente, escandalosa por la sangre que venía derramando.

–Sólo está cansada y le va a dar más sueño –dijo el médico–. Cuando se duerma, la despiertan cada hora por si tiene algo en la cabeza y no vaya a entrar en *shock*. Y ese cigarrillo la va a acabar.

Sonaron sirenas, indicios de que algo grave podía estar pasando afuera. En el corredor de la clínica rebotaba el eco de las disculpas nerviosas del conductor y el ruido de los muebles que estrujaban para entrar a un herido sin ropa; ¡se le pareció tanto al Zurdo, al hijo que no veía hacía tiempos!

Se sacudieron solas la olla del agua de panela en la cocina de la casa de Cruz y Aralia y los materos del patio, se encendió solo el televisor y cayó una foto del bufé, y del cenicero resucitó una mosca polvorosa, salió volando dándose golpes en un vidrio y se pegó al pabito eléctrico que simulaba una llama debajo del Corazón de Jesús.

Ese mismo día la devolvieron a la casa con un esparadrupo en la cortada de la frente, un hombro amoratado, ojos semicerrados con los párpados rojos, maxilar y labios con hinchazones, gasas apretándole las canas más hirsutas, sin hemorragias internas ni fracturas, y al parecer, sin lesiones dentro de su cabeza y un ardor en el tobillo. Parece que el hombro fue la parte del cuerpo que recibió el golpe del camión y lo demás se lo hizo en la caída contra el asfalto.

Cuando volvió Aralia del hospital con la boca hinchada, lo primero que hizo fue un rezo a la figura de su devoción: “Con mis ojos atravieso toda la luz de tu cuerpo y tu magia toda, y tu alma toda, que brillan”, encendió la veladora y espantó la mosca que salió rauda antes de irse a quemar en la llama de verdad. Aralia encendió en la lengua de fuego un cigarrillo Pielroja y fumó, seguidas, dos cajetillas de cigarrillos, encendiendo uno después del otro con la brasa del anterior como si se fuera a acabar el tabaco negro en el mundo.

Aralia aporreada, tosiendo y escupiendo sangre, le dijo a Sara:

–A Cruz la salvó la estampita del *detente* que le puse al salir. –Luego le preguntó que si todavía la tenía dentro de su blusa, que si en la caída no la había perdido, si todavía seguía ahí protegiéndola.

–¿Ésta? –interrogó Sara.

Metió la mano al escote y mostró la lámina oval en color

y plastificada, con las imágenes de un Corazón de Jesús al lado de una Virgen también con el corazón resplandeciente, que ataja, según la creencia, a la muerte y al demonio, con la oración de San Ignacio de Loyola que dice: “Al Demonio y a la Muerte: ¡no entren ni me lleven! Tuvo este santo un gran imperio sobre el mal, por lo cual es costumbre poner detrás de las puertas o cargar contigo esta cédula que te protegerá. Es aconsejable contra el enemigo”.

Sara y Aurora, las vecinas que fueron a ayudar a las hermanas no dejaron dormir a la accidentada Aralia durante la tarde, despertándola cada hora como había ordenado el médico y ella aprovechaba y se fumaba un cigarrillo para calmar el dolor. Cruz se durmió temprano viendo televisión, como de costumbre y roncó y pataleó un mal sueño.

Los ángeles protectores que Aralia se imaginó en su sueño aporreado, de esa noche, hora tras hora, eran como los que veía Cruz en sus pesadillas desde que le empezó esa enfermedad del olvido. Decía que la visitaban unos seres parecidos a los pensamientos de Dios:

–Ellos tienen forma humana, sin alas, con manos y pies como nosotros. –También decía que los podía reconocer porque en sus bocas no tenían dientes.

–¿Para qué dientes? Si son ángeles muecos que se alimentan del fruto del Paraíso –decía una y otra vez, sacándose la prótesis dental y dándoles migas a los pájaros. Las samaritanas salieron a las siete cuando llegó Blanca (como de

costumbre) con el carrito de los copos de nieve y no le dijeron mucho de lo sucedido a sus familiares, para no preocuparla.

Hoy al amanecer, como de costumbre, Aralia fue la primera que se levantó. Casi no lo hace, y aunque estuviera magullada, la obligación le dictó que debía llevarle una taza de limón en agua de panela caliente a Cruz. Llegó al mesón, prendió el fogón de gas, levantó los ojos hasta encima de la repisa y encendió a Radio Compañía y la veladora al Señor, se persignó y agradeció a su Jesús de cemento y yeso que siquiera amaneció otro día. Prendió un cigarrillo, abrió el chorro del lavamanos al entrar en el baño, vio sus tareas sin terminar encima de su máquina de coser recostada en el pasillo y contempló el anturio erecto y las matas del patio de adelante. Abrió la puerta del solar para la perra, le puso agua y dio migajas a los pájaros, y se dio su baño acostumbrado de cada día para borrar el sudor. La ducha la baña con agua fría; y detrás del baño se oye una ronca burbuja en la tubería que no se calma sino cuando se abre poco el chorro, o se cierra el de la cocina. Danger se echó recostando la cabeza en las chanclas y esperó que Aralia saliera del baño. La vieja se depiló unos pelos en la barbilla. A Aralia le dolían todos los morados y las magulladuras. Fue un martirio entrar en la cocina otra vez apoyando el cuerpo sufrido sobre el mesón que olía a dulce hervor. Hizo la bebida con mucho sacrificio y sintió hasta en los huesos la pesadez del daño que sufrió.

Así sería un tormento atender a su hermana tan frágil y sin memoria.

Dolida, Aralia lanzando humo cruzó el patio enrejado, vio un brote nuevo de gardenia escondido entre las hojas, tomó la regadera que llenó con dificultad en el lavamanos cerca del comedor, le puso de abono la ceniza del cigarrillo, remojó la tierra y se alegró, entró en la última pieza llena de láminas de color en la pared, con la taza humeante y Cruz tenía un gesto ido que parecía el de los ángeles soñados: estaba más fría, pálida, silenciosa y mueca, y más desamparada, inmóvil y desolada que la muerte misma.

Cruz, con el abandono natural de un cuerpo con Alzheimer enfrentando la eternidad, había pasado a mejor vida.

LA SOMBRA AZUL DE ARALIA

ARALIA ESTÁ SOLA sentada en su Singer, cose frente al espejo, fuma, se ve el pabilo encendido y se dice cosas, se escucha y se mira fumando y escuchando lo que se habla entre humos. Echa mano de los gastados despojos de lo que era antes cuando Cruz vivía y se cuela frente al taburete de la máquina de coser, deshaciéndose en la luz tenue que se perfora de sombras azulosas y caladas por los adornos de flores de hierro de la base de la máquina que palpan, parpadean y palpitan sobre la chancla de tela de toalla, el pedal y las baldosas amarillas yema y rojas de la casa.

Lo que se dice “se casa mi Blanca, ¿y yo dónde voy a parar?”, es como la espuma que lava el reflujo de las olas y no termina nunca de responderse. Aspira. Y ya no recuerda que guarda tantos asuntos detrás de las palabras que las ocultan, así como escondiéndolas. Cose y no deja de coser cuando se mira para hablarse. Cose sola sus recuerdos.

Ella termina un zurcido, tres dobladillos, el sesgo de una falda y un ruedo. Se demora lo que quiere cosiendo telas con el estampado de su sombra. También se la pasa en el patio

enrejado asomando la cabeza entre unas plantas, husmeando las cosas de afuera por la ventana, como Aurora, o en el zaguán abierto, callando.

Para aceptar la tarde irrefrenable, sin adormilarse, somete a ebullición un poco de agua de panela con café tostado, lo cuele y espera que entibie su dulzón. En la cocina y debajo de la mirada fija del Corazón de Jesús, ella enfría el café soltando el chorro caliente en la ollita y sopla, luego, con agua fría riega por fuera la taza y vacía de nuevo en la ollita el tinto, estirando el chorro y soplando como si así cubriera las ganas de sentirse mejor y que menguaba con rezos (Corazón de Jesús: en Vos confío); y después hacía lo mismo con la ollita, la enfriaba por fuera con agua, vaciaba el café caliente a la taza, de la taza a la ollita y cada vez lo mismo, soplando el chorro estirado y vaciando una vez y otra vez y una vez y otra hasta que se enfriara por fin el café. Después, se toma el tinto a pequeños y lentos sorbos que no quemaran acompañando un cigarrillo que fuma. Repasa cómo crecen los brotes nuevos de gardenias escondidos entre las hojas, ama su anturio, sale y se para en el umbral de la puerta de su casa para descansar de tanto encorvar la columna en la máquina de coser y pedalear, y se pone a ver un poco la vida callejera: ausentes que vienen o van para sus domicilios.

La casa se empina contra el cerro, al frente se abre el valle y el aire del poniente ilumina con luz de tiza que enceguecía. Aralia quedó con la sombra azul y un consuelo descomunal.

Su sombra está en vigilia mientras parece dormida, oscurecida y profunda. Ella como si esperara a alguien y ese alguien no apareciese. Detrás de ella, el barrio. En el barrio, a menudo grupos de casas con colorinches. La de ella, por dentro: penumbras.

Es fugaz el día. Es fugaz la hora gris que se mete bajo las uñas de la noche. Ella se quiere alargar, estirar como los que sueñan con la eternidad en el vértigo de la noche, entonces cada día sale a la puerta a despedirse del cansancio; al rato, según su costumbre, se entra, cierra la ventana y se hunde en la opacidad para ir a la cocina. La luz del televisor no tenía su acalambramiento vivo y el radio hablaba solo. Esta vez, cuando los trapos secos que sacude el atardecer azotan las terrazas y los solares, el viento intruso hace una jugada con la puerta de la casa de Aralia: la empuja, arrastra el caracol pesado que sirve de cuña y la cierra de golpe. Entonces la vieja costurera se queda afuera y sin llaves para abrir la puerta.

Del pasillo estrecho se desprende el primer patio con rejas, la sala y las piezas. La sala da hacia la calle y absorbe el último rayo de sol, la bulla de la tarde y el taconeo ajeno en la acera. Aralia mira hacia adentro por la ventana mientras piensa qué hacer. Por las hendidias de la puerta entran los fillos translúcidos de la luz del poniente hacia el zaguán.

Pasa gente que teje, descose o repone la red que atrapa sus propias vidas. Casi todos son desconocidos y nadie se da cuenta de que ella vive sola detrás de la puerta cerrada,

sosegada como si tuviera una compañía serena. Entre todos, acaso Aurora, la vecina que la cuidaba y hastiada con su suerte, apenas saluda por la ventana para refregar el olvido que huele a agua de panela, pero nada hace por superar su negligente apatía. Sumergida en la garganta, Aralia le dejaba el resto de algunas de sus historias que venían cargadas de injuria, de una indelicada falta de respeto y con alto grado de entrometimiento y de chisme fresco. Ni le contestaba cuando pretendía envolver con su destructivo tono salvaje a alguien, porque sí o porque no, y esto o lo otro. Aurora ponía los talones debajo del taburete, una axila la trepaba al espaldar desgarrando el brazo con aburrimiento y sobre el hombro acomodaba el mentón para lanzar fijamente hacia un rincón su mirada que era materia vital y esquiva. Cambió tanto esa vecina desde que descubrieron que un hijo policía resultó un grandísimo ladrón. Se apena y parece huraña.

Hoy la costurera se queda afuera y no espera a nadie.

Aralia nunca se aleja de la casa, parece un monumento a la inutilidad de los silencios gastados. Ella se quedaba ahí largos ratos con la mirada perdida y fumando los Pielroja; parece esperando a su Blanca como esperaba al Zurdo.

En los disgustos con ella, y en esa suma de pecados que le asignaba a la nieta que armaba su destino, y que no se borraban con las oraciones, ella no se fortaleció sino que se apocó; no avanzó sino que retrocedió; no alegró su vida sino que se mortificó hasta que la subjetividad que gritaba en las

discusiones se volvieron silencios duros, golpes de la chancla en otro tono, platos sonando, el desespero por una gotera mal cerrada en el grifo, venganzas débiles y egoístas que no dejaban sacar la basura y hacían crecer el rastrojo alrededor de las matas de aromo y yerbabuena, la tomatera, la cebolla junca y el orégano del solar, olvidando la comida de los pájaros, esos que había acostumbrado a cebar con migas.

Si ella pudiera gritar su llanto, su pena, se oiría un sonido doblado y arrinconado porque las palabras para el consuelo se acumulaban como el polvo de los rincones. Así aprendió a vivir con ella, callada.

Una madrugada malva salió creyéndose muy fuerte y las piernas le flaquearon, el frío no la dejó doblarse más que tres veces cada una de las cuadras largas que la separaban del templo. Entró por el ala derecha y se persignó. Se quedó sentada en una banca cercana a la estación siete del vía crucis donde Jesús cae por segunda vez hasta que vio la luz de un vitral que daba al Nazareno una forma verde junto a su tella lacerada a latigazos. Mientras el Señor arrastraba los codos en su posición de yeso, de un confesionario salió un suspiro. Después se fue para la casa muy apoyada en otra de esas viejas pálidas, casi siempre era Aurora la vecina, la que usaba de bastón de carne. La vieja le contaba cómo creía que vivía la gente y ella no podía. Era amargada. Y volvía a su pose que se conocía, haciendo las mismas comidas por días, viendo los idiotas concursos televisados y enmudeciendo en

el tiempo laxo frente a la ventana, sin saber coger otro oficio que ese muy suyo.

Nadie queda dentro de la casa más que el Señor con el color rosado artificial de la piel y su manto azul alumbrado por una veladora envuelta en celofán rojo, y la llamita eléctrica de otra veladora falsa frente a un jarrón con flores amarillas en agua semipodrida: su Corazón oloroso de los poderes, su pequeña compañía, su figura del Corazón de Jesús, su fe impresa.

De vez en cuando, Danger echada a los pies santos de las llamas se quedaba mirando la ranura de luz de la noche que alcanza a resbalar por la baldosa debajo de las puertas cerradas; le temblaban las patas, le brillaban los ojos, y fue hasta que no movió más el mocho de cola.

Todo duerme menos las llamas.

Danger creía que ese parpadeo amarillo la calentaba: puro efecto visual. Estaría en el solar rasguñando la puerta con aldaba. Mejor esa luz estampada en el corazón que la bendice y la veladora que la ilumina, pero la efigie no tiene el poder de abrir estas puertas antiguas. Eso lo ven, desde la quietud, las fotos con caras empolvadas sobre el bufé del comedor.

La casa quiere respirar por los dos patios y el solar y también exhala por el corredor que correteaba la perra (eso era antes, iba de la puerta del zaguán hasta la última pieza llena de láminas y volvía a salir y así, hasta el cansancio). Allí se duermen los sueños y se tapan los recuerdos debajo de las

almohadas, surgen reflejos de las fotografías, se reza intentando borrar culpas y pedir favores en el silencio de las veladoras y los retratos.

El baño es limpio, huele a jabón. Los cuadritos de punto de cruz están por ahí tapando clavos viejos y por el humo dejan huellas en las paredes.

Aralia aprendió sola a soportar el discurrir de las cosas comunes con resignada paciencia. El cigarrillo le hace compañía.

Algunos buenos vecinos como Cancio se ofrecen para ayudarla. El filo del tiempo la atravesó y su sombra la sujetaba a la fachada. Con piel de lima y ojos de roca gris, al calor del poniente parecía una lámina con el magenta diluido.

Sabe que la puerta del solar donde tiene el cebadero de los pájaros, para que la visiten, está cerrada por dentro con aldaba. El viento seco que venía entrando desde atrás de las matas de aramo, de la tomatera, los juncos de cebolla y las matas de orégano quería elevar los trapos y los moldes de papel *kraft* que acumula cerca de la máquina de coser, como si fueran ramilletes de flores secas. Ese viento también apagaba con insistencia la llama del mechero para el Corazón de Jesús. La fe puesta en ella merecía la suerte de llamear el día entero. En el solar hay un tendedero de ropas enorme, largo y los trapos de casa juegan con el viento, como los manteles del comedor que se engrasan, la ropa sucia que se encoge y se destiñe en cada lavada, las toallas y los limpiones de cocina también.

EL FONDO OSCURO

LLAMARON A CANCIO y vino con las palabras y los gestos de las manos del tendero que explicaban distancias, tamaños, proporciones; movimientos que narraban (demasiado aburrido descifrar aquellos movimientos lentos de palabras y manos mientras clavaba los ojos en los ojos de ella que no escuchaba cómo la iba a sacar de ese problema).

–¿Y de pronto no será mejor esperar que aparezca Blanca?

–Ya no está volviendo –dijo Aralia con voz diminuta a Cancio.

Desde la azotea de la vivienda de encima, la de los Echeverri (que casi no deja entrar a nadie, ¡qué desorden donde don Tulio!), por entre la garganta de adobes que da al primer patio de la casa de Aralia y entre el convite de algunos otros vecinos voluntarios que Cancio reunió, bajan con una soga y con maña al atrevido Geranio. Muy despacio descargan desde la terraza al liviano... El día se descuelga con el niño negro por entre la reja de hierro que cubre ese patio y protege la propiedad privada. Poco a poco lo van soltando... Con la pausa de varios brazos descuelgan el valor y el sentido de

obediencia del crío. Para no enredarse, bajan lentamente al muchacho sin camisa hasta la reja que evita la entrada de los ladrones a la casa. Pero la cuadrícula es insegura porque no ataja a los niños menudos y envalentonados como Geranio, que estira su flacura para pasar como lo hace un león famélico que se atraviesa por un aro flameando en un circo. El flacucho cabe por un hueco de la reja con algo de esfuerzo y toca el primer piso cuando le parte la hoja a un anturio y casi aplasta los brotes de las gardenias.

–¡Cuidado mocoso me hace daños! –grita Aralia con el cigarrillo en la boca.

Al moreno sólo le queda la tarea de abrir la puerta desde adentro.

Un haz de luz se filtra por la ventana y las sombras caseras fluyen lentamente desde el patio y se estampan en el corredor, a un palmo del zócalo, donde se marcan las horas de la tarde. Las baldosas que se han levantado cerca del lavamanos del patio dan la medición precisa del tiempo como un reloj arcaico de sol. La soledad de la casa se siembra en los materos y en el baño donde está el jabón sin espuma, un espejo con cepillos de dientes enmarañados, una peinilla negra y un lavamanos para lavar boca, dientes, caras y manos. Adentro, el radio sigue en su parloteo: “En Radio Compañía son las 5:15 de la tarde”.

Antes que se pierda en lo desconocido y el ambiente se oscurezca más, Geranio mira la anchura de arriba, la inmen-

sidad del firmamento azafranado atravesado por las rejas del patio, como si mirara un ojo del zarco divino para pedirle un deseo. El caldo opaco del fin del día atraviesa las rejas de hierro y las nubes se cortan en trozos geométricos; tal vez Geranio pudiera coger pedazos de aquella tranquilidad y unirlos para armar una camisa a cuadros. Desde el primer piso dice a lo alto de las cabezas oscuras asomadas por el muro de la terraza:

–Suelten. Ya pueden soltar.

A las 5:20 minutos, según el locutor de Radio Compañía, Aralia insegura y dependiente grita al niño para que le abran su puerta:

–Tenés que abrir por dentro. La chapa de la puerta está sin llaves.

La confianza obligada entra con las sombras de las cabezas de los noveleros asomadas por el patio.

Geranio está en el patio de adelante de la casa sentado en la baldosa al lado del corredor amplio y brillante. La puerta del zaguán también se encuentra cerrada. Él ve el mundo inmenso desde el piso: los taburetes del comedor, la mesa por debajo y las patas del bufé son construcciones interesantes, amables, acogedoras. Por allá se oye un locutor en la radio, con su voz anuncia una canción y el silencio se va llenando.

La luz de la tarde se deposita como polvo en la sala. Por la puerta principal se cuela a los oídos del niño abre-puertas el

ruido de la calle que desemboca en la avenida congestionada con separador pelado, donde Aralia fue embestida por un carro y por esa vía, van y vienen los buses coloridos del barrio, la mancha amarilla de los taxis y las carrozas con mulas cargando escombros y dejando sus cagajones aplastados, haciendo acarreos o moviendo arena, oliendo a miaos, y los carros y las motos van por ahí hacia otro lado de la ciudad, escupiendo sus bullas y sus venenos.

Desde la calle se ve el vacío de la casa. Hay muchos actos tristes y muchos gestos huecos en las pantallas, en las ventanas, en las miradas en un espejo, al fondo de la propia boca diciéndose cosas y que nadie más que ella puede escuchar.

Al fondo del pasillo hay una mesa vieja forrada con una cobija gastada donde se remoja y se plancha y Geranio oye un zureo. Dentro de la casa ennegrecida sólo hay dos luces titilando. Lo que palpita son las llamas que avivan la figura del Corazón de Jesús, al que Aralia siempre le reza *mea culpas* y le pide favores. Detrás del monte se asomará la noche oscura. Con uniformidad espabila el color rojo en las ventanas, y luego el azul, y brinca el brillo. Detrás de la fachada, el monte se alarga hacia el cielo y lo perforan las luces diminutas, por la distancia, de más y más ventanas y adentro hay gente conviviendo con otra gente o ven el televisor que habla sin tener que responderle, que muestra pedazos del mundo sin tener que moverse, que imita la vida.

¿Cuántas veces Aralia ha visto la misma y la misma cosa, y la misma propaganda mala y los mismos chistes baratos y la repetición de la repetidora en las películas lamentosas y en los concursos esos, iguales? Infinidad...

Algunas veces, en diciembre, caen globos de papel de seda sobre la reja del patio y quedan atrapados allí hasta arder. Aralia decía que así se le revelaba una visión, un mensaje del Cielo, porque con el corazón de los ángeles se hacen los globos de las fiestas.

Geranio anda con cautela. Por dentro de la casa ajena, el orden de las cosas prácticas se oscurece. Le gritan desde arriba que abra.

Hay que cruzar sólo un pasillo corto y el zaguán para abrir la puerta, pero Geranio el escurridizo se mete hacia el otro lado buscando las señales.

A las 5:25 minutos, según el locutor de Radio Compañía, la costurera pone gesto de tensión y una angustia le muerde la boca:

–Oiga Geranio, ábrame la puerta no más –grita y fuma–.
¿Para dónde va, mocososo?

La hora gris se va agotando en la penumbra cuando el negro se entra. Él no responde.

–Cuidado con esculcar. Es por aquí...

Al niño lo lame la oscuridad como si lo desapareciera.

–No es para allá, es para el otro lado –grita alguno desde la terraza. La mirada se pierde, se mete... Geranio está

desentendido. El fondo de la pieza de Aralia con la cama tendida está sombrío y se anula el espacio...

-¡Asomate... carajo!

EL PATIO TECHADO

DESPUÉS DE LA COCINA está la pieza donde dormía Cruz (y antes, el Zurdo) y allí se ordenan unos libros viejos que han quedado en un anaquel sobre el camastro en el que se duerme la siesta de vez en cuando. Los domingos esa pieza es utilizada para hacer pereza de domingo. Está lo que fue un patio, también enrejado, con un techo de tejas plásticas y traslúcidas que dan una sensación de infinito desteñido. Es como si el cielo pesado que se cuelga por allí le perteneciera sólo al niño intruso. Este lugar se había adaptado para habitarlo como una sala de trabajo y ella pasaba con un chancleteo repetitivo y arrastraba el sonido mientras iba al solar y colgaba la ropa y la descolgaba, dedicada a su oficio, y regaba las matas de aromo, la tomatera y las demás, y le daba comida a esos pájaros para no sentir tristeza por su hijo calavera, su hermana muerta, su nieta ennoviada, su nieto perdido o desaparecido... Así, ella en sus actos rutinarios se había instalado en los nudos de sus propias redes que la habían atrapado, y su destino estaba inacabado.

Allí, Aralia trabaja las costuras en su máquina Singer y escucha las voces del radio entre humos (y a veces las del televisor) para acompañarse, antes de tomarse el tinto y de que la puerta se hubiera cerrado de golpe.

Al fondo del solar trasero está la poceta con un atado lleno de restos de jabón de chumbimba y de sebo. Ya no hay perra que aülle ni rasguñe la puerta con aldaba. Los tumores crecieron. En el solar hay unas pitas del tendedero de las ropas de casa que lava Sara y pone a secar con el viento tibio; tintinean. A ese lamento le aullaba la chandosa (era su costumbre desde que estaba la lora Sol) y no se detenía.

En toda la casa se estanca la ausencia. Queda, por debajo de la puerta, el brillo afilado del resto del día que corta la lentitud del encierro. Geranio husmea callado. Suena un bolero y “en Radio Compañía son las cinco y media de la tarde”.

A veces ella, con optimismo, tiene la costumbre de abrir la puerta del solar de día para que toda la casa (que huele a humo de cigarrillo) respire aire nuevo y luminoso, aire que limpia los rombos amarillos yema y rojos de las baldosas y colma el vacío de la privacidad mientras unas corrientes rastreras barren los retazos de tela hasta arrinconarlos, como recuerdos o bichos inútiles. Pero esos días abiertos no le gustan mucho a la costurera; los colores de su televisor se ven muy claros y con poco brillo por culpa de la luz tan fuerte que entra por el techado y deja pasar una luz azul velada. Desde el medio día canicular, la costurera busca ganarse

más oscuridad en la sala cerrando la puerta del solar para que el resplandor de afuera no se robe la imagen de las telenovelas y le dañe más los ojos zarcos y cansados. Muchas veces ha visto las mismas propagandas desteñidas, los concursos, las noticias malas y el lamento de las telenovelas con ese virado azul.

El último rayo de sol se cayó con su silbido de luz detrás de los árboles rotos y nacieron las siluetas malvas que estamparon sus cansancios estirados en el piso.

La edad la ha encogido fumando y hasta las gafas le quedan grandes. Su pelo con tinte morado se aprieta a su cabeza reseca. Aralia había envuelto su tardía edad en un vestido de tela de flores enormes como vulvas estampadas y le queda estrambótico. Las medias veladas se aprietan a sus várices enraizadas. En la cartera de retazos coloridos de cuero guarda papelitos, tal vez alguna foto, la que no pone encima del bifé junto a las otras.

Cuando se queda la casa sola por culpa de la misa y el mercado, o cuando Aralia se acuesta a dormir, deja cubiertos los muebles que tiene debajo del patio techado con el plástico de una cortina vieja de baño. También cubre el cabezote de la máquina, la mesa de planchar y el televisor desconectado, así no se desgasta más de la cuenta ni se daña por el chorreado de esos aguaceros que no avisan. Y cuando se vierten tormentas, pone un balde y hasta poncheras para recibir los chorros que caen mientras enciende un velón en

nombre de Santa Bárbara al lado del mechero eléctrico y de la veladora roja de su Corazón de Jesús, como si el fuego de la devoción tonificara y purificara las nubes y sirviera de pararrayos.

Somos esferas forrando con un trapo sucio nuestros particulares desórdenes subjetivos y con un velo claro envolviendo nuestras públicas actuaciones en orden, transparentes o sucias, tan humanamente balanceadas, que a veces se van rodando a pique.

Ya la noche cae sin contenerse, y eso preocupa, como aquella vez cuando se desplomó una granizada tan potente que perforó la teja del segundo patio de Aralia y nunca pudieron taponar bien los huecos. Esa vez, Tulio Echeverri, el vecino inútil de arriba, hermano del dueño de la casa, puso parches de neumáticos y cintas de las que se usan para cerrar cajas de cartón, pero la lluvia se siguió filtrando por los cuatro agujeros mal tapados.

Por insistencia de Aralia, la inquilina, quien decía que se iba a dañar la máquina de coser y a pudrir los muebles comprados de segunda, el dueño le había puesto encima del techado con agujeros, otra teja azul. Era un recorte barato que le daba un color aburrido al aire y triste al rostro de quien se sentara a leer, o como Sara a conversar, ver televisión, comer en las sillas o fumar porque Aralia no se podía perder un programa, debía, aunque dijera siempre que tenía que trabajar en las costuras y hasta servía para descansar.

Y a los de las fotos del bifé en el comedor les daba un tono cianótico y plomizo.

El Corazón de Jesús, las fotos y ella permanecen iluminadas muchas horas al día por aquel empalagoso techado mientras que por el patio se ventila la casa.

Geranio ha enmudecido. Es sombra azulgris en casa ajena. No valen los ruegos desde afuera para que abra; ni las amenazas.

Bajo la superficie de lo que está siempre ahí, como inmóvil, estable, hay una red que soporta las voces de los espacios y el televisor casi siempre encendido, presente y eterno. Llegan gemidos extraños (los Echeverri...) que se cuelan por entre los materiales de la construcción que se resisten al tiempo de sus desgastes, al clima que los expande o los encoge, y de nuevo Radio Compañía y su bullita nasal.

TÓRTOLAS DESGRACIADAS

GERANIO, DESPUÉS DE entretenerse viendo las estampas pegadas en la pieza de atrás, vio muchas tórtolas atrapadas que se posaban sobre el silencio devoto de la santa figura de yeso, vestida de azul y rojo, del tamaño de un niño de año y medio. Los sonidos de los pájaros de adentro, esos que se sostenían más que los calendarios, gimiendo, exasperando, cansando, desbarataban su concentración y lo volvían añicos. El locutor de la emisora, a las 5:50, anuncia un son. Un viento sacude un móvil de barro cocido que golpea en los vidrios flojos de una ventana de los Echeverri; todo está allí con vida mientras la gente hace algo.

Geranio no puede ver el rostro de la figura como si la bandada de animales picoteara con hambre una estatua de pan. El niño todavía no sabía contar cuántas tórtolas que habían entrado se asentaban, cuántas revoloteaban y se desesperaban por querer salir por aquel patio techado. Las aves sabían llegar por el solar, habían cruzado torpemente el umbral de la puerta, antes de cerrarla y pasado por detrás de Aralia cuando cosía. Correteaban por aquel espacio dando saltos

en las baldosas, buscando algo. A la vieja ya no la espantaban. Cuando los pájaros se sentían en lo oscuro del pasillo o en la cocina, perdían la orientación en ese laberinto del espacio humano, entonces buscaban salida por el hueco de la luz del día. Se iban para el patio techado de azul y creyendo poder escapar por la claridad que hipnotizaba, intentaban salir pero quedaban atrapadas golpeándose muchas veces contra las tejas, y no había en ese claustro ningún saliente para descansar, entonces bajaban a la reja para aguantar equilibrio temerario en el cansancio de muchas estrelladas sonoras y dolores rotos. Parecían enjauladas y se pegaban durísimo con los aleteos queriendo escapar siempre hacia arriba, escapar por la última claridad del día colada por la teja traslúcida. Y entre la reja y las tejas con remiendos, las tórtolas metidas se quedaban atrapadas como un mal presagio. Eso comenzó a suceder después de matar, por vieja, a la perra Danger, que había rasguñado del desespero o del dolor de sus tumores, la puerta de madera del solar, haciéndole un boquete; unos dicen que era de furia, otros que de hambre.

Pero estas tórtolas hambrientas y sansas parecía que llevaban más de un día revoloteando y dejando excrementos encima de la mesa de planchar y en las sillas auxiliares y en el televisor, desplumándose en el desespero, sin poder liberarse de aquel encierro.

Entre los vecinos, Sara decidió ir por un cerrajero para no

tener que quebrar un vidrio, de tanto esperar que Geranio cumpliera con su tarea y que no diera razón de por qué no salía.

Se oyó: “En Radio Compañía son las 6:50; faltan diez minutos para las 7:00”, momento en el cual los cuerpos se comienzan a disolver limpiamente. A esa hora, muchos trabajadores habían vuelto a sus refugios (sus casas), cubiertos de cenizas, para buscar algo qué comer y descansar de las monotonías, para reponer las fuerzas y volver a trabajar en lo mismo al otro día.

La noche busca la manera de calmar la sed que se alborota durante el día y hace adormecer muchos sueños. Adentro, el tiempo encerrado para Aralia seguía marcando las horas con su privacidad perezosa y subjetiva, con sus pecados sanados y su sombra azul, con el silbato de plástico bajo la almohada para avisar que llegaba un desconocido, acaso un ladrón, y la bacinilla cerca de las chanclas de tela de toalla bajo las tablas de la cama.

Llegan ecos de los rincones donde reposaron los vicios, golpes de puertas mal cerradas o ajustadas, el taconeo en los corredores, el supuesto andar de gatos o chuchas, el silbo penetrante de murciélagos, el tic-tac de la gotera de una canilla llorona, los empaques gastados, el golpeteo en el tubo del agua empujando burbujas de aire, el zureo de las tórtolas.

Cuando el cerrajero pudo abrir la puerta de la casa de Aralia, olía a chamusque.

Geranio dijo que desde que tocó el piso de esa casa oyó a alguien diciendo “tórtolas desgraciadas” y creyó que había alguien allí adentro, y que por eso buscó en la pieza de atrás. Dijo que siguió oyendo esa voz por ahí suelta de un cuerpo y el sonido espantó a los pájaros que estaban sobre la figura de yeso y que se desperdigaron hacia la reja, y así, la estatua se destapó como si se hubiera desnudado por una explosión de plumas o un ventarrón, echando a las pájaras sobre la capa azul del Corazón de Jesús. Y luego comenzó la candela. No salió del mechero, no... Del corazón salían rosas de luz que titilaban.

–La imagen se estaba quemando sola –eso dijo él–. Yo vi que le salía candela por la mitad.

Las tórtolas (¿ángeles?) revolotearon con la ilusión de la luz hasta la retícula. Por suerte, las llamas no alcanzaron otros objetos y quedó el tizón de un Corazón de Jesús moreno con el meollo entre el pecho negro por el humo.

–Una aparición... Un milagro bendito –dijeron después porque la fogosa imagen dejó en la pared una huella ahumada, un indicio raro, dicen que un rostro moreno o en negativo que llora y ese rostro es como conocido.

Lo cierto, según los crédulos, fue que los ángeles (las tórtolas) acompañantes del prodigio quedaron atrapados entre las rejas del patio techado de Aralia. Dijeron que después de ensuciar los muebles, la mesa de planchar, la baldosa, el radio que seguía encendido en Radio Compañía con un tango,

la Singer de pedal, las caras empolvadas de las fotos sobre el bife y el televisor, las aves no bajaron hasta que se saturó el vano con humo y cayeron asfixiadas sobre la cortina de plástico donde dijo Geranio que se había recostado a ver las apariciones emplumadas y se quedó profundo.

Cuando la noche entró por los patios enrejados sacaron a Geranio tizado y abrieron la aldaba de la puerta del solar, y con una ráfaga de viento se entró al pasillo y hasta las piezas: el plumero asqueroso, la humareda, la rila restregada y los retazos esparcidos por las baldosas. Algunas tórtolas yacían con las puntas de las alas rotas, las colas chamuscadas y los picos quebrados.

El ruido de las lenguas chismosas entran y salen, entran y salen y se van los comentarios a un espacio vacante, a la nada.

Alas de tórtolas color pavesas juegan en un remolino de tiempo que borrará el olvido.

Fin.

